UN THRILLER DE APOCALIPSIS ZOMBIE

CADÁVER

LIBRO 2

NICK CLAUSEN

CONTENIDO

LIBRO GRATIS

¿Quieres saber cómo empezó todo?

Todas las respuestas están en la precuela gratuita, Draug, que recibirás cuando te unas a mi boletín gratuito en:

nick-clausen.com/draug-es

1

Aunque lo ha intentado varias veces ya, nunca se acostumbra a esa intensa sensación de caer al vacío.

Es como si las tripas se le subieran al pecho, mientras una breve corriente eléctrica recorre sus extremidades, probablemente la manera en que el cerebro le dice al cuerpo que se prepare para el impacto.

Aksel no tiene pensado estrellarse contra el suelo, claro. Con un salto tan corto, sabe que debe abrir el paracaídas prácticamente de inmediato, y eso es lo que hace.

Lo escucha desplegarse con un reconfortante sonido de aleteo de tela, luego viene el frenazo abrupto cuando atrapa el aire, y las piernas de Aksel se balancean hacia abajo.

De inmediato se da cuenta de que varias cosas van mal. En primer lugar, está demasiado cerca del edificio del hospital. Tan cerca que hay un alto riesgo de que el paracaídas sea atraído hacia él y se colapse. Segundo, va demasiado rápido. La calle se aproxima velozmente. Hay muchos coches aparcados, la mayoría de la policía, ambulancias o militares. Existe una buena probabilidad de que aterrice sobre uno de ellos, lo que resultaría en un aterrizaje forzoso y un par de piernas rotas.

Aksel grita fruto del pánico, tirando de la palanca derecha. Logra girar lo suficiente como para no rozar el edificio. El giro también hace que reduzca la velocidad, y ahora se dirige a una calle libre de vehículos.

«Esto va a doler», es su último pensamiento mientras recoge las piernas, tirando de ambas palancas con toda su fuerza.

El aterrizaje no es para nada elegante. Pero no lo mata.

Amortigua el golpe lo mejor que puede, desplomándose y rodando. Se golpea fuerte el hombro contra el bordillo, luego el paracaídas lo recubre. Rodando unas veces más, Aksel termina de espaldas, enredado en la tela blanca.

Se queda allí un momento, jadeando y escaneando internamente su cuerpo. Le duelen las rodillas, el hombro y las caderas como el

infierno, pero todo parece estar bien.

«Joder, lo logré. No puedo creer que lo haya logrado».

Entonces gritos, voces distorsionadas, se acercan. Siente que alguien tira del paracaídas, comenzando a desenredarlo. Aksel intenta ayudar, pero no sabe qué está arriba y qué abajo. Finalmente, le apartan la cobertura, y parpadea mientras mira alrededor de la calle.

Parece una escena de película de acción. Todos los vehículos de emergencia, soldados armados, barreras, luces parpadeantes, paramédicos con trajes de protección completa. Y, por supuesto, una multitud de espectadores. Los más cercanos están todos mirando a Aksel, con rostros de shock y alivio. Un par de ellos incluso aplauden y vitorean.

Aksel siente un impulso insano de levantarse y hacer una reverencia. Sin embargo, antes de que pueda hacerlo, un soldado con una máscara de gas se coloca frente a él, cortándole la visión, gritándole algo. Los oídos de Aksel zumban, y trata de decirle al soldado que está bien, que no hace falta preocuparse.

Pronto se da cuenta, de que al soldado no le importa si Aksel está herido o no. Después de haberle gritado un rato, el hombre simplemente pasa por encima, lo agarra con fuerza y lo pone de pie. Luego retrocede, apuntando con el arma al pecho de Aksel. Otro soldado, a quien Aksel no había visto hasta ese momento, aparece por detrás, y con unos rápidos movimientos, desabrocha el paracaídas y lo tira a un lado.

—¡Gira a la izquierda! —ruge el primer soldado, gesticulando con su arma—. ¡Izquierda! ¡Ahora! ¡Empieza a caminar!

Con un arma apuntándole, Aksel automáticamente levanta las manos. —Mira, no estoy infectado —empieza—. Puedes revisar mi…

Estos soldados son menos habladores que el de la azotea. Habiendo perdido la paciencia, lo agarran de cada lado, casi levantándolo del suelo. Lo arrastran por la calle, luego hacia el lado norte del hospital, el opuesto a la entrada principal.

Aksel se encuentra de repente resistiéndose. No quiere ir por este

camino, aunque no puede decir inmediatamente por qué. Los soldados prestan poca atención a sus intentos de detenerse.

—Por favor, no —escucha Aksel que dice—. Por favor, no quiero verlo…

Y es entonces cuando se da cuenta de dónde viene su pánico y aversión. Los soldados lo están llevando directamente hacia el lugar donde cayó Jakob.

No quiere mirar, pero no puede evitarlo.

No puede ver a su hermano pequeño, lo cual agradece, porque dos paramédicos con trajes de materiales peligrosos están agachados junto a él, bloqueando todo de la vista. Excepto por un pie.

Entonces pasan de largo, y Aksel inhala grandes bocanadas de aire, sin estar seguro de si va a llorar o a vomitar o ambas cosas. Una horrible película comienza a proyectarse en su mente. Jakob cayendo, descendiendo por el aire, sus ojos enormes y aterrorizados.

Aksel tiene arcadas. No tiene nada en el estómago, así que solo salen bilis y saliva. Los soldados no disminuyen la marcha ni intentan ayudarlo de ninguna manera, y Aksel tropieza mientras sigue vomitando.

Cuando finalmente cesa, los soldados se detienen, y Aksel levanta la vista entre lágrimas para encontrarse frente a una valla metálica. Parece un corral. Excepto que es para personas. Al menos cincuenta están dentro, de pie o sentadas alrededor. Es una mezcla de civiles, personal del hospital y pacientes. Algunos llevan chaquetas y gorros, pero la mayoría está en ropa normal y, obviamente, pasando frío. Han repartido mantas y botellas de agua.

Fuera del cercado hay tiendas, y Aksel observa a los paramédicos trabajando dentro, revisando a la gente antes de enviarlos a las ambulancias. No ve ningún zombi, lo cual es un alivio.

Toda la escena está iluminada por focos colocados alrededor de la valla. Los proyectores son cegadores, y más allá de ellos, Aksel no puede ver nada más que oscuridad. Supone que así es como se siente rodar una película de noche.

Un paramédico enmascarado aparece frente a él, apuntando con una luz brillante a sus ojos, luego uno de esos termómetros láser a su frente mientras le dice que se quede quieto. Aksel intenta cumplir, pero tiembla como una hoja. No está seguro de si es por el shock o el frío o ambos.

—¡Limpio! —grita el paramédico—. ¡Abran!

Dos guardias armados abren una puerta. Alguien le da una manta doblada en los brazos, y lo empujan dentro. Cierran la puerta de inmediato detrás de él. Aksel mira a las otras personas en el cercado. No muchos se molestan en mirarlo. Todos parecen conmocionados, asustados o deprimidos. Muchos de ellos están hablando por teléfono móvil.

Aksel revisa su bolsillo. Su teléfono sigue allí, y por un segundo está a punto de llamar a Jakob.

Entonces el recuerdo lo golpea como un puñetazo en el estómago. Jadea, esperando que nadie lo haya oído.

Aksel despliega la manta con manos temblorosas, la envuelve alrededor de sus hombros y se dirige a la esquina más cercana al hospital, donde nadie más parece querer quedarse. Hay unos pocos pies entre la valla y el edificio. Algunas de las ventanas están oscuras, otras iluminadas. En dos de ellas, Aksel puede ver a personas muertas rascando el vidrio. Al menos diez de ellos. Entiende por qué los demás no quieren estar aquí. Se siente como un ciervo con depredadores mirándolo hambrientos, y no puede evitar estremecerse.

Al menos los han contenido.

—¿Axe? —Una voz familiar le motiva a volverse.

2

—Más de cuatrocientas personas infectadas. Dios mío, ¿puedes creerlo?

Una chica llamada Ella mira hacia atrás para ver a su tía Greta, que acaba de entrar en la sala. Lleva una taza de té, mirando fijamente la televisión. El canal de noticias está puesto, pero con un volumen muy bajo, mostrando escenas aéreas del hospital en Torik. El titular actual en la parte inferior dice: Brote en Torik: 421 personas infectadas, 98 muertas hasta ahora.

—Sí, es una locura —responde Ella, cambiando de posición en el sofá—. Acaban de decir que es el peor desastre en la historia moderna. Incluso peor que los ataques de Utøya en 2011.

La toma cambia para mostrar al personal médico en el suelo. Todos llevan trajes de protección pesada y trabajan dentro de un perímetro marcado por vallas de acero. Hay soldados armados apostados cada seis metros, dándole la espalda al hospital. La escena está iluminada por focos brillantes. A medida que la cámara gira, revela docenas de rostros, todos con mascarillas.

—No lo entiendo —sigue Greta—. Mira a toda esa gente ahí sin hacer nada. ¿Por qué no están en sus casas? Si yo viviera en Torik, me mantendría lo más lejos posible del hospital. Quiero decir, ¿por qué les permiten estar tan cerca de la escena? ¿Y si se transmite por el aire?

—No funciona así—dice Ella—. Acababan de entrevistar a un doctor hace dos minutos. Dijo que ahora saben que es como el SIDA. Tiene que transferirse por la sangre o la saliva.

—Vale, eso es lo que saben, pero todavía no tienen idea de lo que es.

—Es una nueva cepa de virus, dijo. Pero no es inusual. Los virus mutan, se crean nuevos todos los días. Es como con el Covid.

Greta se estremece. —Si no te importa que lo diga, no recuerdo a la gente saltando voluntariamente a su muerte por haber contraído Covid... —Asiente hacia la pantalla, donde ahora muestran personas

cayendo desde el techo del hospital. Parece que la mayoría de ellos no están infectados, sino que intentan escapar de los ya infectados.

—Madre mía —murmura Ella, sintiendo náuseas.

Una vez más, se alegra de estar a varias millas de Torik, y de que su madre esté aún más lejos, en Trondheim. La llamó antes, preguntándole si estaba viendo las noticias. También le insinuó discretamente si quería acortar su estancia en casa de su prima antes de lo previsto, y que estaría encantada de ir a buscarla. Ella le dijo que estaba bien; que podía quedarse la noche aquí. Sabía que su madre tenía que trabajar temprano y no quería que condujera hasta allí en medio de la noche.

—Realmente no deberíamos estar viendo esto —dice Greta, cogiendo el mando justo en el momento que Marit vuelve del baño.

Lleva puesta su camiseta de dormir. Sus ojos van inmediatamente a la pantalla. —¿Alguna noticia de papá?

—No, pero estoy segura de que está bien —dice Greta, forzando una sonrisa mientras apaga el televisor—. Las dos a la cama ahora. Ya es pasada la medianoche.

—Mamá, en serio —dice Marit—. Dijiste que me quedaría hasta que papá llegara a casa.

—Sí, pero podría tardar un rato.

—No lo entiendo —insiste Marit, mientras su madre la guía suavemente hacia las escaleras—. Su turno terminó a las seis, debería haber salido de allí antes de que ocurriera esto. ¿Por qué no ha llamado al menos?

—Dijeron que los primeros informes de personas infectadas ocurrieron justo después del mediodía —murmura Ella en voz baja.

Greta la mira y respira profundamente, obviamente intentando mantenerse serena. Luego mira a Marit. —Estoy segura de que tu padre está bien, cariño. Probablemente esté en cuarentena. Dijeron que no se estaban arriesgando, y cualquiera que saliera del hospital tenía que pasar por un chequeo médico completo. Vamos, a la cama.

—¿Por qué? —pregunta Marit, cruzando los brazos—. No es como si

tuviéramos que ir al colegio mañana de todas formas.

—No —dice Greta con paciencia—. Pero aun así necesitas dormir un poco. Vamos. Tú también, Ella.

—Solo me queda cepillarme los dientes —dice Ella, levantándose del sofá.

—De acuerdo. ¿Apagas las luces antes de subir?

—Claro.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Ella se dirige al pasillo, sin molestarse en encender las luces. Conoce el camino. Al abrir la puerta del baño, se detiene brevemente al ver luz saliendo del ojo de la cerradura. Marit probablemente se olvidó de apagarla.

Ella entra y por poco se le escapa un grito.

3

Klavs abre la nevera, entrecerrando los ojos por la luz.

Lleva horas intentando dormir, pero esa maldita tos no lo deja en paz. Necesita algo que la calme.

Al mirar dentro de la nevera, no encuentra nada que le resulte particularmente apetecible. Karoline está siguiendo una nueva dieta estúpida desde que empezó el año, lo que significa que todo son frutas frescas y pescado graso. Klavs odia el pescado. Pero al fijarse en el limón, se le ocurre una idea brillante.

—Podría hacerme un ponche caliente de whisky y miel. Hace siglos que no tomo uno de esos.

Coge el limón, saca la miel del armario y se dirige al salón. Karoline vació todos los dulces de la cocina: galletas, chocolate, incluso los copos de maíz han desaparecido. Pero no tocó su licorera. Tenía intención de hacerlo, pero él lo vetó y, por una vez, ella respetó su opinión.

—Solo faltaba que quisiera tirar mi whisky —gruñe, mientras agarra la botella y la lleva a la mesa del comedor.

Se sirve un trago generoso, reprimiendo otro ataque de tos, cuando detecta un movimiento con el rabillo del ojo.

Nunca se molestan en cerrar las cortinas de las ventanas del salón, porque su jardín trasero está completamente cerrado, con nada más que colinas y el bosque detrás. Así que Klavs tiene una vista despejada del césped helado. Y a la fría y cruda luz de la luna, ve una figura abriéndose paso a través del seto.

—¿Qué demonios…?

Se olvida por completo de la bebida y se acerca a la ventana para echar un vistazo más de cerca. La persona que entra en su jardín es un chico, y otro lo sigue justo detrás. Es difícil distinguirlos, pero incluso sin ver claramente sus caras, Klavs los reconoce. Hay una docena de niños en el pueblo, pero solo dos de ellos son exactamente iguales. Los gemelos. Esos malditos mocosos. Stig y Svein.

Más de una vez Klavs se ha sentido tentado a darles un bofetón a

esos chicos. Una vez, los pilló orinando en un bebedero para pájaros. Y hace apenas un mes, los vio robando una decoración navideña del césped de una casa en la calle. Todo porque están aburridos. Su madre, una neurótica, hace poco para intentar disciplinarlos, así que no es de extrañar que los chicos se comporten como gamberros mimados.

Y ahora, al parecer, están tramando alguna nueva travesura.

Klavs se dirige a la puerta del jardín. Encuentra la aspiradora donde Karoline la dejó por última vez. Volcó una planta en maceta, y la tierra se esparció por todas partes así que debió de olvidar devolver la aspiradora al armario. Klavs se siente agradecido por ello. Agarra el tubo, lo desconecta de la manguera y quita la cabeza, dejándole con un improvisado bate de béisbol de casi un metro veinte.

—Esto es allanamiento de morada, chicos —gruñe, mientras desbloquea la puerta del jardín—. Eso me da derecho a defender mi propiedad.

Abre la puerta y sale a la terraza. El aire nocturno es helado, recordándole que solo lleva puestas unas pantuflas, calzoncillos y su bata. Sin embargo, no le importa. Ni siquiera está seguro de necesitar su bebida. La ira lo mantiene caliente.

—¡Eh! —gruñe, avanzando hacia los chicos—. ¿Qué demonios pensáis que hacéis en mi jardín?

Esperaba que al verlo salieran corriendo. Pero, para su sorpresa, siguen avanzando directamente hacia él. Caminan de manera extraña, como si estuvieran sonámbulos, con los brazos extendidos, como si quisieran un abrazo.

Klavs piensa que están intentando engañarlo de alguna manera, y no se lo traga. Si no están de broma, tendrá que cumplir su amenaza y realmente enseñarles una lección.

—Os lo advierto, Stig y Svein —dice en voz alta, levantando el tubo —. Un paso más y os reviento.

Svein, que camina más rápido que su hermano, parece no escuchar la advertencia. De hecho, acelera el paso y emite un sonido que es una

mezcla entre un gruñido y un gemido. La luna está justo detrás de él, y la cara del chico queda en sombra. Sin embargo, Klavs tiene la impresión de que su boca está abierta.

«¿Qué demonios les pasa?», piensa, dudando brevemente.

Entonces se da cuenta de que no le importa. Esta es su oportunidad de meter en vereda a esos gamberros.

Svein emite otro gemido justo cuando Klavs le golpea la pierna.

El tubo conecta justo debajo de la rodilla. Le da lo suficientemente fuerte como para que la pierna se doble, pero no tanto como para romper el hueso; no quiere llegar tan lejos, solo quiere enseñarles una lección que no olviden pronto.

Y por lo que parece, el golpe debería bastar. Suena muy doloroso, y Svein cae al suelo apoyando las manos. Pero, para sorpresa y decepción de Klavs, no suelta ni un grito de dolor. Ni siquiera maldice ni nada. Simplemente se levanta de inmediato.

—Terco mocoso…

Klavs da otro golpe, esta vez en el brazo de Svein. El brazo se balancea hacia un lado, y definitivamente le quedará un moretón desagradable mañana. Pero una vez más, Svein parece no darle importancia.

—¿Qué demonios…?

Klavs se encuentra retrocediendo. Stig ha alcanzado a Svein, y los chicos se le acercan, avanzando tambaleándose de esa extraña y vacilante manera. Ambos gimen y extienden los brazos, agarrándose a Klavs. Y finalmente se da cuenta de que algo está terriblemente mal con los chicos.

Suelta el tubo de la aspiradora, se gira y corre hacia la puerta abierta del jardín.

Karoline está de repente allí, en camisón, mirando hacia él.

—¿Qué demonios está pasando, Klavs?

—Entra a casa —le ordena Klavs, entrecerrando los ojos cuando ella enciende las lámparas del jardín, inundando la terraza de luz.

—¡Dios mío! —grita Karoline, con los ojos muy abiertos al ver a los

chicos—. ¿Qué les ha pasado?

Klavs se da la vuelta y mira, y lo que ve lo deja paralizado. Por un segundo, piensa erróneamente que fue él quien les causó el daño a los chicos. Pero para empezar, solo golpeó a Svein, y el tubo realmente ni cortó su piel ni desgarró su ropa.

La segunda idea de Klavs es que los chicos se pelearon entre ellos; sabe de hecho que eso ocurre con bastante frecuencia, ya que se les conoce por tener temperamento.

Pero por muy enfadados que estuvieran, no hay forma de que se hubieran hecho eso solos. Parecen haber pasado por una cosechadora. Alguien más les hizo esto, alguien grande y fuerte, probablemente armado con un cuchillo. Las graves heridas probablemente también expliquen por qué los chicos están completamente insensibles. Los pobres muchachos probablemente están en shock.

—Tenemos que ayudarles —dice Karoline, con la voz quebrada.

Y Klavs está de acuerdo, al menos en principio. Pero algo lo detiene. Son sus ojos. Están negros. Como bolas de billar.

—Entra a casa —repite, empujando a Karoline hacia adentro—. Necesitamos…

Klavs intenta retroceder él mismo, pero su maldita pantufla se engancha en los escalones, y cae de espaldas al suelo.

Svein está lo suficientemente cerca como para alcanzar las piernas de Klavs, y no pierde la oportunidad, abalanzándose sobre él.

Klavs lo agarra torpemente, esperando que se desplome o tal vez se desmaye. En su lugar, Svein abre la boca y muerde con fuerza la rótula derecha de Klavs.

Ruge de dolor, pero el sonido es ahogado por el grito agudo de Karoline.

Klavs empuja a Svein con fuerza, pero el chico está mordiendo ferozmente, y sus dientes arrancan un gran trozo de piel y carne del muslo de Klavs.

—¡Maldita sea! —grita, mientras la sangre comienza a derramarse —. ¡Aléjate de mí!

Pero Svein no lo escucha. Y Stig ahora está justo a su lado. Ambos se abalanzan sobre él antes de que pueda levantarse. Mientras empiezan a arañarlo y a morderlo por todas partes, Klavs intenta desesperadamente darse la vuelta, y de hecho, logra ponerse de rodillas, arrastrándose hacia dentro de la casa. Svein y Stig se aferran a su espalda como cachorros de león atacando a un búfalo. Todo el tiempo, el grito de Karoline resuena en sus oídos.

«Maldita sea», piensa Klavs, luchando en vano por quitárselos de encima, mientras siente el dolor por todo el cuerpo y su sangre se derrama en el suelo. «Debería haberme tomado ese trago y volver a la cama…», piensa.

Karoline de repente deja de gritar al desmayarse. Cayendo al suelo junto a Klavs, este ve el rostro de su esposa por última vez.

Entonces él también colapsa. Lo último que escucha es el sonido de los gemelos mordiéndole, desgarrándole y masticando su carne con voracidad.

4

Un tipo grande, un par de años mayor que Aksel, se le acerca cautelosamente. Está envuelto en dos mantas, una de ellas sobre la cabeza como un jedi, y Aksel no reconoce inmediatamente su rostro.

—Joder, eres tú —dice el tipo, sonriendo ampliamente—. Lo sabía. ¡Cuánto tiempo, tío!

—Sí —murmura Aksel—. Supongo.

—¿No me recuerdas? —pregunta el tipo, echando la manta hacia atrás un poco para mostrar su cara—. Soy yo, Linus.

—Oh —dice Aksel—. Hola. Lo siento. No… sí.

Lo último que le apetece a Aksel es entablar una conversación con alguien a quien no ha visto en años. Linus y él fueron al mismo colegio. Fueron a una clase juntos, se vieron una o dos veces en alguna fiesta universitaria, pero fuera de eso, nunca realmente pasaron rato juntos. Aksel recuerda a Linus como un tipo algo tonto, más músculo que cerebro, y a juzgar por sus fornidos antebrazos y su sudadera deportiva, eso no ha cambiado mucho.

—¿Cuándo llegaste? No te vi hasta ahora.

—Acabo de llegar —murmura Aksel, sin estar seguro de si Linus se refiere a este cercado o al hospital en general.

—Oh, ¿te evacuaron?

—Sí, no, yo… creo que me evacué yo mismo.

Linus asiente. —Me alegro de que hayas salido de allí. Pareces estar bien. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien —murmura Aksel. Nota que Linus lo sigue mirando, y se da cuenta de que no estaba preguntando por su estado mental—. No estoy infectado —le dice—. Me han revisado.

—Sí, bueno, no confío en ellos ni un poco. Esos malditos tarados no tienen ni idea de con qué se están enfrentando. Algunos de nosotros llevamos aquí todo el día tío, y solo nos dicen que aguantemos. ¡Nos vamos a morir de neumonía aquí afuera! —Esa última parte, Linus la grita a los guardias junto a la puerta. Ni siquiera parecen notarlo. Linus vuelve a mirar a Aksel—. Te lo digo, esto va en contra de

nuestros malditos derechos humanos. Nos tienen aquí como animales, cuando no estamos enfermos ni nada. Mi suegro es abogado. Haré que los demande en cuanto salga de aquí.

Aksel se encoge de hombros. —Supongo que solo están tratando de evitar que se propague.

Linus resopla. —¿En serio? Ya está fuera, tío. Vi al menos… no sé, tres personas huir antes de que me atraparan…

Aksel se tensa. —¿Estás seguro?

—Sin duda, tío. Estaba allí. Yo también lo habría logrado, si no fuera por este maldito pie… —Hace un gesto hacia abajo, y es solo ahora cuando Aksel nota que el pie derecho de Linus está todo vendado.

—¿Cómo fue? —pregunta Aksel.

Linus se encoge de hombros. —Una uña encarnada. ¿Puedes creerlo? Ni siquiera era tan grave, pero mi médico insistió en operarme, y de entre todos los días, fue justo hoy…

—No, quiero decir, ¿a quién viste escapar?

Linus se encoge de hombros de nuevo. —No sé, tío. No les pregunté sus nombres. Había un enfermero o un asistente, lo que fuera, y una chica grande con su madre.

—¿Y estaban infectados?

—A menos que se hayan hecho esas marcas de mordida ellos mismos, entonces, sí. El tipo tenía un corte feo en la mandíbula. A la niña le faltaba una oreja; estaba llorando a gritos. Y la mujer, la vi pelear contra los zombis que atacaron a la niña. Se lastimó mucho haciéndolo. Sus manos estaban sangrando. Todos salimos por una ventana en el lado este y corrimos. Todos escaparon excepto yo. Irónico, porque probablemente yo era el único del grupo que no estaba infectado…

Linus parece alterarse más cuanto más habla de ello. Es como si estuviera más indignado de que lo atraparan a él, que preocupado por la posibilidad de que el contagio haya salido del hospital.

—Y eso es solo algunos de ellos —continúa, señalando hacia la calle

—. Desde que llegué aquí, vi a muchos más escapando. Incluso dos tipos escalaron la valla cuando los nazis no estaban mirando. Me habría unido a ellos si hubiera podido.

—Joder —murmura Aksel—. Esto es malo…

—Sí, lo sé, tío. Pero a menos que trajeras una pistola, no hay forma de salir de aquí.

—¿Una pistola? —pregunta Aksel, frunciendo el ceño—. ¿Por qué? ¿Cómo nos ayudaría una pistola?

Linus baja la voz y dice, como si fuera obvio: —Podríamos hacer que abran la puerta.

—¿Estás loco? Nos dispararían antes de dejarnos ir.

Linus parpadea. —No, tío. Lo tengo planeado. No dispararía contra un grupo de soldados armados. ¿Qué te crees, que soy un idiota? —Baja aún más la voz, aunque no hay nadie cerca—. No, lo que haría es tomar a alguien como rehén. Haría que crean que estaría dispuesto a dispararle si no me dejaban ir. Obviamente, la persona estaría en el plan, y los dos escaparíamos sin problemas.

Aksel niega con la cabeza. —No creo que eso funcione. Aun así no te dejarían ir.

—Bueno, entonces tú piensa en algo —gruñe Linus—. Porque llevo aquí seis malditas horas, y me estoy congelando el culo, y eso es lo mejor que se me ha ocurrido. Aun así, no importa, ¿verdad? No tenemos una pistola…

—No, no la tenemos —Aksel se da la vuelta, esperando que Linus capte la indirecta y se largue.

Linus no lo hace. —De acuerdo, tengo otra idea —empieza.

—Mira —lo interrumpe Aksel—. No voy a hacer nada loco, Linus. He pasado por suficiente. Solo quiero… —Suspira—. Solo quiero que esto termine.

—Lo entiendo, pero si nos quedamos aquí, probablemente terminemos muertos.

Aksel frunce el ceño. —¿De qué hablas? No nos matarían.

—No, pero tampoco nos salvarían.

—Esto no es Corea del Norte, ¿sabes? —le dice Aksel—. El gobierno en realidad quiere protegernos.

Linus se burla. —Tío, no tienes ni puta idea. Si supieras…

—¡Eh! ¡Eeeh! ¡Aquí! ¡Necesito ayuda!

Aksel se gira en la dirección del tipo que está gritando. Está agitando los brazos hacia los soldados, arrodillado en el suelo junto a alguien que está tumbado boca arriba, cubierto de mantas.

—Joder —dice Linus, retrocediendo—. Creo que otro está a punto de despertar…

—¿Qué? —susurra Aksel.

Linus le lanza una mirada afilada. —Solo observa, tío.

5

Ella mira fijamente a su tío.

Él está sentado en el borde de la bañera. No la ha escuchado entrar. Aún lleva puesto su uniforme, y está ocupado desenvolviendo una venda de su brazo. Tiene un tatuaje de un antiguo emperador romano que le baja por el tríceps, y mientras gira cuidadosamente el brazo para observarlo, Ella ve una herida del tamaño de una uña justo en el pecho del emperador. Está rugosa y rezuma.

Gunnar toca las heridas con cuidado, maldiciendo mientras parece que le escuecen. Luego mete la mano en su bolsillo, buscando algo, y mientras lo hace, echa un vistazo al espejo y ve a Ella de pie allí. Se sobresalta y la mira.

—¡Jesús, joder! —resopla—. Me has dado un susto de muerte, Ella…

—Lo… lo siento —balbucea ella—. No tenía ni idea de que estabas aquí… o de que ya habías llegado a casa… Me voy.

—Está bien, termino en un segundo —le asegura él, sacando una pequeña bolsa de plástico del bolsillo—. Perdona por sorprenderte así.

Le lanza una breve sonrisa mientras muerde la bolsa para abrirla y saca algo que parece una compresa.

—Acabo de llegar y pensé que todos estarían dormidos, así que…

Ella siente una brisa fría rozarle los brazos y se da cuenta de que la ventana está abierta. Hay nieve en el alféizar, y algo de ella ha caído en la bañera. Gunnar aún lleva puestas las botas, con nieve derritiéndose de ellas. Ella frunce el ceño.

—¿Has… has entrado por la ventana?

Gunnar echa un vistazo hacia atrás.

—Sí, como te he dicho, pensé que ya estaríais dormidos, así que supuse que la puerta estaría cerrada. La alarma puede ser un poco caprichosa, y no quería arriesgarme a que sonara. No es gran cosa, lo hago todo el tiempo cuando llego tarde.

Él da toques a la herida, apretando los dientes por el dolor.

—Maldita sea, va a dejar cicatriz.

—¿Estás… bien? —pregunta Ella. Su mente lucha por procesar lo que está viendo. Su instinto parece ir un par de pasos por delante, porque le dice que algo en la situación no está bien.

—Sí, sí, estoy bien —le asegura Gunnar—. Esto no es nada, solo una herida pequeña.

—¿Cómo te la hiciste?

Su tío la mira a los ojos. Luego sonríe.

—No te asustes, Ella. No es lo que piensas. Me quemé accidentalmente. Con mi cigarrillo. ¿Te lo puedes creer? Me pasó justo cuando estaba a punto de irme. No me di cuenta hasta que estaba de camino a casa, así que me la vendé.

—Oh —dice Ella. La explicación la tranquiliza un poco. La herida parece más una quemadura que una mordedura, así que probablemente Gunnar está diciendo la verdad—. Vale. Bueno, iré a decirle a Greta y Marit que ya estás de vuelta. Se alegrarán de verte.

—Ajá —murmura Gunnar, concentrándose de nuevo en la herida.

Ella duda.

—Oye, ¿por qué no nos llamaste?

—¿Qué?

—Marit está deseando saber de ti. Te ha llamado como veinte veces. ¿Por qué no le llamaste cuando venías?

Gunnar se encoge de hombros.

—Pensé que ya estaríais dormidos. La verdad, ni siquiera he mirado el teléfono desde que salí de servicio.

—Oh, ya veo.

—Pásame una toalla limpia del armario, ¿quieres?

—Claro.

Ella le pasa una toalla y al acercarse capta un olor fuerte que viene de su tío. Es una mezcla de sudor y algo más. El aire en el baño está frío por la ventana abierta, pero a pesar de ello, nota gotas de sudor en su frente. Aunque también podría ser nieve derritiéndose de su cabello.

—Gracias —dice él, cubriendo la herida antes de que Ella pueda

observarla mejor. Levanta la mirada hacia ella, suspirando—. Te lo aseguro, eso de ahí fue todo un espectáculo.

Ella retrocede un poco, frotándose los brazos.

—Sí, lo hemos visto en las noticias. Horrible.

Gunnar sacude la cabeza.

—Todavía no tienen ni idea de lo que es, excepto que se está extendiendo increíblemente rápido y parece ser… mortal.

Sus ojos se pierden en la distancia, como si estuviera recordando algo. Ella está segura de que ha visto cosas aterradoras de primera mano, y probablemente sea mejor no preguntarle al respecto.

—Me hizo pensar en zombis —dice ella en su lugar.

Gunnar levanta las cejas. Una gota cae de una de ellas, pero él no parece darse cuenta.

—¿Zombis? ¿Como en las películas?

—Sí, bueno, no mostraron a los infectados de cerca, pero… hubo tomas aéreas de ellos caminando dentro de las vallas, y… no sé, me recordaron a los zombis de The Walking Dead.

Gunnar se burla.

—Entiendo por qué lo piensas. Me temo que no es nada tan dramático. Solo alguna enfermedad desconocida. Probablemente encontrarán una vacuna mucho antes que con el Covid.

—Eso espero.

Hablar con Gunnar está poniendo cada vez más tensa a Ella. Realmente tiene ganas de salir de allí.

—Bueno, voy a decirles a los demás que estás de vuelta.

—No, no hace falta —dice él de manera despreocupada—. Déjalos dormir. Nos pondremos al día por la mañana. Voy a dormir en el sofá esta noche.

—De acuerdo. Bueno… que duermas bien.

—Buenas noches.

Gunnar está absorto con la herida de nuevo, y apenas parece notar que ella se va.

Ella cierra la puerta en silencio, luego se queda parada allí durante

varios segundos, sintiendo el pulso acelerado por todo su cuerpo.

Tiene una sensación extraña que no puede sacudirse. ¿Podría Gunnar estar infectado de verdad? ¿De verdad los pondría en peligro viniendo aquí? Honestamente, no lo sabe. Simplemente no conoce lo suficiente a su tío. Ella y Marit pasaban mucho tiempo juntas, especialmente cuando eran más pequeñas, pero Gunnar rara vez estaba presente. A menudo estaba destinado en diferentes bases por Europa, y solía estar fuera durante semanas.

Aun así, ella lo considera un buen tipo. Honesto. Alguien que haría lo correcto. Su madre es así también, entonces, ¿por qué su hermano menor no sería igual de íntegro? ¿No es así como suelen actuar los soldados?

Un ruido se escucha desde el pasillo. Alguien baja las escaleras. Se enciende el interruptor, y Ella ve a Marit venir hacia ella.

—Olvidé mi cargador —bosteza Marit cuando la ve—. ¿Vas a subir ya?

—Sí, eh… —murmura Ella, sin saber qué decir.

Justo cuando Marit pasa junto a ella, algo cae al suelo del baño, y Gunnar exclama:

—¡Mierda!

Marit se queda congelada, mirando de la puerta a Ella.

—¿Eso fue…? ¿Papá? —Una gran sonrisa ilumina su rostro—. ¿Por qué no dijiste nada? ¡Mamá! ¡Papá ha vuelto!

Apartando a Ella a un lado, Marit abre la puerta.

6

Kristoffer no ha ido al campo de golf en mucho tiempo.

Sin embargo, ahora se encuentra posicionando los pies, agarrando el hierro, preparándose para dar el golpe de su vida.

El muerto casi tropieza con la silla del jardín al cruzar la terraza. Ni siquiera mira hacia abajo para ver qué le está molestando. Sus ojos completamente negros se mantienen fijos en Kristoffer, sus brazos extendidos como si anhelara un abrazo, sus dientes chasqueando y rechinando, la saliva goteando de su labio inferior.

Kristoffer apenas puede contenerse para no salir corriendo. Si corre, este tipo probablemente lo seguirá. O peor, irá a otro lugar a causar problemas. Lo que significa que tiene que encargarse de él.

Así que se queda quieto, tomando dos profundas respiraciones para tranquilizarse, mientras el zombi cierra la distancia entre ellos.

Tan pronto como está al alcance del golpe, Kristoffer fija la mirada en un punto justo debajo de la oreja izquierda del tipo, concentrándose en él como lo haría con la bola de golf antes de golpear con el hierro. Trata de relajarse, intenta dejar que el palo haga el trabajo, y luego golpea.

La cabeza del hierro golpea casi exactamente donde apuntaba. Y desaparece a mitad del camino, en la base del cráneo del tipo.

Sin embargo, esto no lo detiene del todo. Se tambalea de lado a lado, y el palo se desprende de las manos de Kristoffer. Este observa cómo el muerto se tambalea, esperando verlo caer. Finalmente no lo hace, pero parece que se le han cruzado algunos cables, porque lucha por mantenerse en pie, sus movimientos son aún más bruscos que hace un momento, su cabeza se sacude de arriba abajo y empieza a emitir extraños sonidos guturales. El palo sigue clavado en su cabeza.

Kristoffer actúa rápido. Da un paso adelante, agarra el palo y tira con fuerza.

Sale sin problema, y el tipo recupera algo de equilibrio. Sin embargo, Kristoffer no le da ni un segundo para orientarse, y lanza otro golpe demoledor a su cabeza. Este conecta con la sien, y el zombi

se desploma, deteniendo sus movimientos, quedándose completamente inmóvil.

—Te tengo —suspira Kristoffer, retrocediendo.

Otro grito desde la casa de los vecinos se escucha. Kristoffer corre hacia el seto y se abre paso.

Al entrar en el jardín, observa lo que a primera vista podría parecer una barbacoa nocturna. Excepto que no hay barbacoa, y el menú no son perritos calientes y hamburguesas, sino Klavs y Karoline, la pareja de ancianos que vive aquí. Los invitados son Svein y Stig, los gemelos que básicamente son los traviesos del vecindario, los "Daniel el Travieso" de Bodum.

Rápidamente, Kristoffer entiende la situación. Claro. Esas huellas más pequeñas eran de los gemelos.

Svein está agachado sobre Klavs, que está tumbado a medio camino de la puerta de la terraza. A juzgar por el estado del anciano, está más allá de cualquier salvación. Lo mismo ocurre con Karoline, que está tirada justo dentro de la casa, con Stig encima.

La persona que gritó es Bent, el tipo calvo y gordo que vive al otro lado de la calle. Lleva pantuflas, pijama y un abrigo grueso. Ha entrado por el jardín delantero y está parado ahí, reprimiendo a los gemelos, con su aliento visible en la oscuridad.

—¡Cristo, dejad de hacer eso! ¿Qué demonios estáis haciendo?

Svein ya ha perdido interés en Klavs y ahora se levanta, acercándose a Bent.

Al doblar la esquina aparece Bo, el hermano mayor y más delgado de Bent, que vive en el número 19. Lo guía su dóberman, que está con correa, y el perro comienza a ladrar ferozmente al ver la pelea.

—Sabía que serían esos dos traviesos —grita Bo, y luego su expresión cambia al ver más de cerca la cara de Svein—. ¡Dios mío!

—¡Cuidado! —dice Kristoffer.

Bent trata de apartarse de Svein pero está tan ocupado mirando al chico que no se da cuenta de la colección de macetas. Tropieza y cae, y Svein se le echa encima. Bent comienza a luchar y luego a gritar

cuando Svein le muerde y desgarra los brazos que agitaba desesperadamente.

—¡Ataca! ¡Ataca! —ruge Bo, soltando la correa.

El perro se abalanza sobre Svein, derribándolo y atrapando su hombro en lo que parece ser una mordida extremadamente dolorosa. Revolcándose y gruñendo, el perro logra arrastrar a Svein lejos de Bent. Sin embargo, al hacerlo, Svein desgarra un gran trozo de piel del brazo superior de Bent, donde había clavado sus dientes. El chico no parece prestar la menor atención al perro; de hecho, ni siquiera parece percatarse de su presencia. Solo araña a Bent, intentando incorporarse para volver a morderle.

Bo interviene desde el otro lado, agarrando el brazo extendido de su hermano en un intento por sacarlo de allí. Lo que significa que Stig tiene la oportunidad perfecta para acercarse por detrás.

Kristoffer intenta advertir a Bo con otro grito, pero es ahogado por todos los demás ruidos. Stig agarra la cabeza de Bo, hundiendo sus uñas, mordiendo la nuca. Bo grita de dolor y comienza a forcejear con Stig, lo cual no es fácil, ya que el chico se aferra desde atrás.

El dóberman escucha el grito de su dueño y abandona a Svein, uniéndose a la lucha con Stig al morderle la pierna. Esto le da a Svein la oportunidad de abalanzarse sobre Bent una vez más. En ese momento Klavs se levanta y se une a los otros zombis. Karoline, que estaba tirada justo dentro de la puerta de la terraza, ya no está a la vista. Probablemente se fue a buscar más presas. Como si estuviera planeado, las luces de la siguiente casa se encienden y alguien grita.

Al darse cuenta de que las cosas ya están fuera de control, Kristoffer experimenta de repente un destello de claridad.

Mientras estaba atrapado en la despensa, jugaba con la idea de qué haría si alguna vez lograra salir. Si tuviera opciones libres y sin límites, ¿cómo se prepararía para el apocalipsis? Hizo mentalmente una lista de manera metódica.

En cuanto a suministros, empezaría con cosas que fueran a durar mucho y fáciles de mantener, como comida enlatada, o cosas que

pudiera cultivar y mantener. Patatas, gallinas. Una pequeña granja sería lo óptimo.

En cuanto a protección, definitivamente necesitaría armas. Muchos de los ancianos que viven por aquí tienen rifles de caza, y buscaría en las casas hasta encontrar uno con suficiente munición.

En cuanto a unir fuerzas con alguien, tendría que ser alguien que él supiera que se manejaría bien en un mundo en decadencia. Y realmente solo había una opción.

Ragnar.

El ermitaño de sesenta años que vive a unas pocas casas de Kristoffer. Es el superviviente perfecto. Exmilitar, sin familia (al menos eso cree Kristoffer), astuto y fuerte. Ha trabajado como artesano durante años, construyó su propia casa y es básicamente autosuficiente en todo, desde alimentos hasta electricidad. Ragnar es el tipo de persona que no confiaba en nadie más que en sí mismo, especialmente en el gobierno, y durante años ha vivido como si el apocalipsis estuviera a la vuelta de la esquina.

Si hay alguien que será un gran aliado en este momento, es Ragnar.

Así que Kristoffer da media vuelta y corre.

7

Las personas que estaban alrededor de quien está en el suelo retroceden, permitiendo que Aksel tenga una vista clara.

Y lo que ve, hace que su interior se vuelva de piedra.

Un hombre joven, de unos treinta años, está arrodillado junto a la que debe ser su esposa. Solo se ve la parte inferior de su rostro, ya que el resto está envuelto en mantas. Sin embargo, su abultado vientre no puede ocultarse completamente.

—Joder —susurra Linus en algún lugar cercano—. Está embarazada, tío…

Aksel traga en seco. Incluso desde aquí, puede ver que la boca de la mujer está abierta. No sale ningún vaho de aliento. Es difícil verlo bajo la luz artificial, pero está bastante seguro de que su piel tiene un tono verdoso.

—¿Disculpad? ¡Oye, disculpad! —El hombre se dirige a los guardias, con la voz entrecortada—. ¡Necesito ayuda! ¡Mi esposa… creo que se está muriendo! ¡Por favor!

Los guardias lo oyen, y esta vez realmente reaccionan. Tras hablar brevemente entre ellos, parecen prepararse para entrar en el recinto.

El hombre sigue sentado junto a su esposa, sigue llamándolos.

—Aléjate de ella —dice alguien, y Aksel se da cuenta de que es él mismo. Todos los demás dentro del perímetro parecen estar observando en un silencio atónito, sabiendo lo que viene a continuación.

El hombre no se aparta de su esposa. En lugar de eso, hace algo más. Se inclina y le sopla en la boca.

—¡No! —exclama un hombre, interviniendo desde un lado—. No hagas eso…

Aksel siente alivio al ver que alguien finalmente interviene. Pero ya es demasiado tarde. Y el hombre ni siquiera lo oye.

Él toma otra bocanada de aire y, justo cuando se inclina una vez más, Aksel ve que la mujer levanta los brazos y los envuelve alrededor del hombre. Por un momento, parece un abrazo inocente, y Aksel casi

se deja engañar pensando que la mujer no estaba muerta después de todo, que solo estaba desmayada y que el hombre la había devuelto en sí.

Entonces se escucha un grito ahogado de dolor. Él trata de retroceder, pero la mujer se aferra, y él la levanta del suelo. Aksel escucha su gruñido.

El hombre que estaba a punto de intervenir cambia de idea y retrocede tambaleándose. Aksel no puede culparlo. Sin embargo, es espantoso ver cómo todos simplemente se quedan ahí, pareciendo ciervos asustados mientras observan a uno de los suyos ser devorado vivo.

El futuro padre finalmente parece haber comprendido su error y está luchando por liberarse de su fallecida esposa, empujando y liberando sus manos. Pero es inútil. Ella se ha aferrado a su mentón, y la sangre gotea en el suelo helado. Sin embargo, él logra soltarse, y la mujer cae al suelo con un golpe seco. Al hacerlo, las mantas se abren, revelando la ropa de hospital que lleva debajo. Aksel realmente quiere apartar la mirada, pero la morbosa fascinación lo mantiene con los ojos fijos en la mujer.

Mientras el hombre, que ahora está llorando, se tambalea, sujetándose la cara, la mujer comienza a ponerse de pie. Le cuesta hacerlo, no solo porque está muerta, sino también por el enorme vientre abultado. La camisa blanca de hospital es lo suficientemente holgada, pero los botones se han abierto, revelando la parte inferior de su abdomen. Aksel ve el ombligo sobresaliente y la piel verdosa que lo rodea.

Luego, justo cuando la mujer empieza a perseguir a su esposo herido, tres soldados se abalanzan desde atrás. Trabajando en perfecta sincronía, inmovilizan a la mujer rápidamente. Ocurre antes de que ella pueda siquiera darse la vuelta. Lo que parece un saco de arpillera, le cubre la cabeza. Sus manos son sujetadas a la espalda. Y sus piernas son derribadas, luego atadas con sus muñecas, usando gruesas tiras de plástico.

En cuestión de segundos, la mujer está tumbada de lado, retorciéndose y sacudiéndose, pero completamente incapaz de levantarse o moverse.

Como última precaución, los soldados envuelven otro saco alrededor de sus manos, cubriendo efectivamente sus uñas.

Entonces dos de ellos la levantan y la llevan como una gran maleta hacia la puerta. Mientras tanto, el tercer guardia observa a la gente, manteniendo su arma lista. No necesita decir a nadie que retroceda ni que no hagan nada estúpido; todos lo leen claramente en su lenguaje corporal. Él camina hacia atrás, siguiendo a sus compañeros que llevan a la mujer.

—¡Oye! —grita Linus, avanzando y señalando al hombre ensangrentado—. ¿Y él qué?

El pobre hombre se ha desplomado en el suelo y está tratando de detener el sangrado con su manta, presionándola contra su mentón. Sus ojos están vacíos, mirando a la nada. Nadie siquiera intenta ayudarlo. Todos se mantienen alejados.

—¡Oye, hijos de puta! —exige Linus—. ¡Llevaos también a él! ¡Estará muerto en treinta minutos!

—¡Atrás! —advierte el soldado a Linus, apuntándole con el arma—. No te acerques más o…

—¡A la mierda! —grita Linus con los dientes apretados—. ¡Todo esto es culpa vuestra! Esa pobre mujer, ese tipo, el maldito bebé en su vientre. ¿Me oís? ¡Están todos muertos por vuestra culpa, cabrones!

El soldado no responde. La mujer ya está fuera del recinto, y él la sigue rápidamente. La puerta se cierra de inmediato, y el candado encaja en su sitio con un chasquido.

Linus se da la vuelta y mira furioso a Aksel.

—¿Lo ves, tío? Es como la décima vez que ocurre. Les da igual. Ni siquiera intentan ayudarnos. Solo nos mantienen aquí hasta que nos matemos entre nosotros.

Se gira para mirar al hombre que sangra, y Aksel sigue su mirada.

Él ha logrado detener el sangrado, al menos por ahora. Pero está

pálido y temblando. Aún llora en silencio. Aksel siente una profunda lástima por él.

Linus se acerca más, hablando al oído de Aksel:

—¿Sigues confiando en el gobierno? No nos mantienen aquí para ayudarnos. No recibimos atención médica, y no nos están evacuando. Somos prisioneros, tío. No tienen ni idea de qué es esto, pero les aterra. Así que no se arriesgan. Nos consideran a todos infectados. Para ellos, somos daños colaterales.

—Vale —dice Aksel.

Linus se coloca frente a él.

—¿Vale qué?

—Vale, vamos a salir de aquí. ¿Cuál es tu idea?

8

Gunnar está inclinado, buscando su mechero, con un cigarrillo colgando de sus labios, cuando Marit irrumpe en el baño y prácticamente se arroja a sus brazos.

—¡Eh! —sonríe, abrazando a su hija—. Pensé que estabas dormida, cariño.

—Me alegro tanto de verte, papá —dice Marit, apretándole—. ¿Por qué no llamaste?

—No quería despertarte —dice él, echando un vistazo a Ella, y su sonrisa se desvanece—. Pensé que había quedado claro.

Ella levanta las manos.

—No la desperté.

—Solo bajé a por mi cargador —le sonríe Marit. No parece notar que él le habló a Ella—. ¡Mamá! —vuelve a gritar—. ¡Baja!

—No la molestes —le sisea Gunnar, colocando un dedo sobre los labios de Marit.

Ella simplemente se ríe y aparta la mano de su padre.

—Vamos, papá. Estaba tan preocupada como yo…

Ella escucha otro par de pasos bajando las escaleras, y unos segundos después, Greta se une a ellos, con el rostro lleno de sorpresa.

—Oh, Dios mío, Gunnar —suspira al ver a su marido—. Me alegra tanto que estés en casa.

—Sí, a mí también —dice él, esbozando esa misma sonrisa cansada. Mientras recoge el mechero, Ella nota que se ha bajado la manga. Incluso desde la puerta, puede darse cuenta de que el extraño olor se ha intensificado. Ni Greta ni Marit parecen notarlo—. Perdón por despertaros a todos.

—¿Estás bromeando? No habría podido dormir sabiendo que seguías en el hospital. No estaba segura de que os dejaran volver a casa antes de que esto estuviera bajo control.

Gunnar se frota el cuello.

—Sí, bueno, consideraron que la situación era lo suficientemente estable como para que pudieran rotarnos.

—Es justo —dice Greta, acariciándole la mejilla—. Has estado allí todo el día. Pareces agotado.

—Lo estoy —dice Gunnar, bostezando. El bostezo le parece a Ella un poco antinatural—. De verdad quiero dormir un poco. No sé si me llamarán de nuevo mañana.

—Claro —responde Greta—. ¿Quieres algo de comer? Hicimos burritos. Puedo recalentar algo de cerdo si te apetece uno.

—No, no tengo hambre. Gracias, cariño.

—Papá, pensé que habías dejado de fumar —dice Marit mientras él está a punto de encender el cigarrillo.

—Lo hice —responde él—. Este es el último, lo prometo.

—Pero no es bueno para ti —insiste Marit.

—Lo sé, cariño. Es solo que…

—Tu padre ha tenido un día difícil —interviene Greta—. No le regañes, ¿vale, cielo? De hecho, es mejor que nos vayamos a la cama, y podamos hablar más por la mañana. ¿Qué te parece?

Gunnar da una calada profunda al cigarrillo y le lanza una mirada agradecida.

—Suena bien. Os veré en el desayuno.

Greta lo besa en la mejilla y luego lleva a Marit fuera del baño.

Ella se siente como una espectadora invisible, ya que solo ha estado allí, observando la conversación. Ahora, se aparta para dejar que Greta y Marit pasen.

—¿Vienes también, Ella? —pregunta Marit.

—Claro —responde Ella, pero algo la hace echar un último vistazo a Gunnar. Está desplomado en el borde de la bañera. Exhala una bocanada de humo, dejándolo salir por la nariz. A medida que el humo sube frente a su cara, él mira a Ella, y ella no puede evitar sentir un leve escalofrío eléctrico recorriéndole el cuerpo.

—Buenas noches, Ella —dice él.

—Buenas noches —murmura ella, y luego se apresura a seguir a Marit y Greta.

9

La casa de Ragnar está situada en las afueras del pueblo. Tiene el jardín más grande de Bodum. En él hay un gallinero grande, un pozo, un molino de viento, varios invernaderos y un amplio cercado con tres vacas.

Kristoffer no se detiene a admirar nada de eso, sino que se dirige directamente a la puerta principal. Llama tres veces, luego da un paso atrás y espera a que Ragnar abra la puerta. Espera que no esté durmiendo profundamente.

Mientras está allí, respirando el aire helado de la noche, escucha gritos a lo lejos, chillidos y el dóberman aun ladrando. Kristoffer ve luces en varias casas y puede oír voces superponiéndose desde todas las direcciones. El pueblo se está despertando. La gente está saliendo de sus casas para saber…

—¿Qué haces aquí?

Kristoffer da un salto y gira la cabeza. Ragnar lo está mirando a través de una rendija en la puerta. Si el viejo estaba durmiendo, su rostro no lo muestra. Sus ojos grises son tan penetrantes como siempre, mientras observan a Kristoffer, deteniéndose en su mano.

Kristoffer se da cuenta de que todavía sostiene el palo de golf ensangrentado. Le sorprende que Ragnar no cierre la puerta de golpe.

—¿Qué está pasando? —pregunta el viejo, mientras parece captar un grito.

—Está ocurriendo, Ragnar —dice simplemente Kristoffer, esperando que el viejo lo entienda.

Y, sorprendentemente, parece que lo hace. Sus ojos se agrandan, luego se entrecierran de nuevo.

—¿Es la infección?

Kristoffer se sorprende por un momento. No está seguro de a qué se refiere Ragnar. Ciertamente no esperaba que el viejo supiera sobre los zombis; nadie más en el pueblo sabía lo que realmente estaba pasando. Y, sin embargo, parece estar al tanto de lo que está sucediendo.

—Sí, es… —empieza Kristoffer, cuando de repente un coche entra en el pueblo a una velocidad peligrosamente alta.

Se gira justo a tiempo para ver un vehículo de policía. No lleva la sirena encendida, pero las luces parpadean en rojo y azul, cegándolo por un segundo. Casi había olvidado que él mismo llamó al 911. Ahora, ya no está seguro de que fuera la decisión correcta. Hay una gran posibilidad de que la policía simplemente entre y se infecte como los demás.

—Creo que deberíamos largarnos de aquí —dice Kristoffer, girándose para ver que la puerta está cerrada—. ¿Oye, Ragnar?

Vuelve a llamar. Ragnar no abre esta vez.

Maldita sea, piensa Kristoffer. Esperaba que Ragnar fuera cauteloso, pero no que simplemente se escondiera en su casa.

Entonces, se escucha un disparo de rifle, el sonido resuena en todo el pueblo. Kristoffer se vuelve hacia la dirección del disparo, pero no puede ver nada desde donde está. Aparentemente, alguien ha decidido defenderse.

«Genial», Kristoffer aplaude mentalmente a quien esté disparando. «Mata a tantos como puedas».

Al darse cuenta de que Ragnar no va a abrir la puerta de nuevo, Kristoffer está a punto de darse la vuelta y marcharse cuando escucha un silbido desde la esquina de la casa. Ve a Ragnar de pie allí. Lleva ropa abrigada y una mochila grande. Sostiene otra en su mano con guante, y está haciéndole señas a Kristoffer.

Kristoffer corre hacia él, y Ragnar le lanza la mochila.

—Confío en que no te hayas infectado —gruñe Ragnar, echándole un vistazo. Cuando estuvo en casa, Kristoffer se cambió rápidamente de ropa y zapatos, por lo que no hay rastros frescos de sangre. Si no lo hubiera hecho, Ragnar quizás no habría confiado en él. Kristoffer observa el enorme cuchillo de combate en el cinturón de Ragnar. El cañón de una escopeta sobresale por detrás de su hombro derecho.

—Estoy bien —dice Kristoffer, apoyando el palo de golf contra la casa para poder ponerse la mochila—. ¿Cómo sabías lo que estaba

pasando?

—¿Estás bromeando? No han hablado de otra cosa en todo el día.

Kristoffer está estupefacto.

—¿Qué? ¿Dónde?

—En Torik, por supuesto. Asumí que se propagaría tarde o temprano. Ya lo tenía todo preparado —Ragnar frunce el ceño—. ¿Por qué pones esa cara de sorpresa? ¿Me estás diciendo que no te has enterado?

—No, yo… —Kristoffer sacude la cabeza. Está, como mínimo, confundido. Estaba seguro de que todo había empezado aquí, en el jardín trasero de Helda y Halgrim. ¿Cómo no iba a ser así? Le preguntó al policía directamente si el mundo se estaba acabando, y él claramente había dado a entender que no, que aparte del estado de mierda habitual, el mundo estaba bien. Si los zombis ya habían llegado a Torik, ¿por qué no lo había mencionado el policía? Y si todo había comenzado aquí, ¿cómo había llegado la infección a Torik sin acabar primero con todo Bodum? ¿Acaso un zombi simplemente se fue, dejando atrás a un centenar de presas fáciles? Eso no tenía sentido. Claramente eran atraídos por la presa más cercana. Y pensándolo bien, ¿qué estaban haciendo los dos policías aquí en primer lugar? Nadie sabía sobre Helda, excepto Kristoffer, así que nadie podría haberlos alertado.

Hay muchas cosas que no tienen sentido, pero Kristoffer no tiene tiempo de analizarlas. Sin embargo, ahora mismo, ya no importa. Puede intentar encajar las piezas más tarde. Lo único de lo que debe preocuparse es de largarse antes de que sea demasiado tarde. Y, a juzgar por los ruidos del pueblo (gritos, llantos, más disparos), es hora de irse.

Ragnar parece sentir lo mismo, porque simplemente se da la vuelta y camina hacia el bosque. Echa una breve mirada atrás para señalar el palo de golf.

—No te olvides de llevarlo contigo.

Kristoffer agarra su arma, luego sigue a Ragnar.

10

—Vale, tío, escucha… —Linus se aclara la garganta, mirando a su alrededor para asegurarse de que nadie esté cerca—. Lo he pensado mejor, y creo que lo tengo. No hay manera de que trepe esa valla, no con el pie roto. Y solo, y digo solo, abren esa puerta cuando alguien se transforma. No importa cuánto les roguemos, además no tenemos con qué amenazar o negociar. Así que, tenemos que engañarlos. —Linus se suena la nariz con la manta—. Joder, estoy congelado hasta los huesos. Vale, este es el plan. —Gira la cabeza y señala con un gesto—. ¿Ves al viejo junto a la mujer gorda? Voy a acercarme y me tiraré al suelo. En cuanto lo haga, tú gritas: "¡Cuidado, ese tío se está transformando!" O algo así. Que suene convincente. Entonces la gente entrará en pánico, y los guardias abrirán la puerta.

—¿Y yo salgo corriendo? —pregunta Aksel, mirando hacia la puerta, donde están dos soldados armados.

—No, eso no funcionará. Están muy atentos mientras la puerta está abierta. Además, la cierran de inmediato. No, tienes que trepar la valla. Hazlo allí, en el extremo opuesto. Todo el mundo estará mirándome a mí.

—¿Pero no te sacarán los guardias? —pregunta Aksel—. Es lo que hacen si creen que estás muerto.

—No, simplemente se irán cuando se den cuenta de que estoy fingiendo. A un tipo le dio un ataque antes, y corrieron a atarlo, pero cuando vieron que no se estaba transformando, lo dejaron ahí tirado, temblando y echando espuma. Después de veinte minutos, el pobre tipo realmente estaba muerto, y vinieron a buscarlo —Linus sacude la cabeza con disgusto—. Malditos animales.

Aksel tiene dificultades para creer lo que Linus le está contando. Al crecer en Noruega, siempre confió en el gobierno. ¿Por qué no iba a hacerlo? Nunca hicieron nada para hacerle daño ni quitarle sus libertades. Lo único que hacían era reclamar la mitad del dinero que ganaba, pero ese se usaba para asegurar que todos tuvieran atención médica y educación gratuita. Lo que está pasando aquí es muy

diferente.

«Linus tiene razón. Están asustados. Esto es como el Covid, solo que mil veces peor».

Aksel recuerda cómo, cuando la pandemia golpeó por primera vez, todo el mundo entró en pánico. La gente acaparaba comida como si se prepararan para una guerra nuclear. Se miraban unos a otros como amenazas potenciales. Si estornudabas en público y te olvidabas de cubrirte la boca, algún desconocido te regañaba. El virus hizo que la gente tuviera miedo, y el miedo no induce ni a buenas decisiones ni a comportamientos humanos.

—Esta podría ser nuestra única oportunidad, tío —dice Linus—. Tenemos que aprovecharla.

—Vale, está bien —asiente Aksel—. Y una vez que salga, ¿cómo te ayudo?

—Esa es la parte del plan que aún no he resuelto del todo. Pero creo que si te quedas quieto, asegurándote de que nadie te vea, entonces, una vez que los guardias se vayan de nuevo, puedes ayudarme a trepar. Tal vez encuentres una escalera o algo que podamos usar.

Aksel se muerde el labio. No está seguro de que el plan sea tan infalible como le gustaría, pero no tiene una idea mejor.

Linus lo observa de cerca.

—¿Estás seguro de que puedes trepar la valla? No será fácil.

Aksel gruñe.

—Subí seis pisos por un conducto de ventilación. Creo que puedo con una valla.

Linus frunce el ceño.

—¿Hiciste qué?

—Olvídalo. Vamos.

Se mueven con naturalidad hacia el otro extremo del recinto.

Linus se detiene, mira a su alrededor a las personas más cercanas y hace un breve asentimiento a Aksel. Luego se tira al suelo, emitiendo un sonido gutural que en realidad es bastante convincente. Se asegura de que la manta le cubra la cabeza y luego comienza a convulsionar.

—¡Cuidado! —grita Aksel, señalando—. ¡Se está transformando!

Se asegura de que sea breve. Esperando que nadie note la mentira en su voz, que es obvia para él. Sin embargo, no necesitaba preocuparse. De hecho, probablemente ni siquiera necesitaba gritar. Ya antes de hacerlo, las personas más cercanas a Linus lo notaron caer y comenzaron a alejarse. Ahora, más gente lo nota, y algunos lanzan advertencias. El espacio alrededor de Linus se despeja rápidamente, mientras todos retroceden.

Aksel camina rápidamente por el recinto, dirigiéndose al extremo opuesto. Por el rabillo del ojo, ve a los soldados junto a la puerta, preparándose.

«¿Me dispararán si me ven intentando correr?»

Aksel no tiene idea. Podrían. Pero ahora, está convencido de que Linus tiene razón: quedarse aquí es aún más peligroso. Son un blanco fácil en una situación como esa.

Así que Aksel deja caer la manta, escupe en la palma de su mano, se frota las manos y comienza a trepar la valla. Emite un leve ruido metálico, pero el sonido se cubre cuando los guardias abren la puerta. La valla solo mide unos tres o cuatro metros de altura, y Aksel llega a la cima en segundos. No hay alambre de púas, pero sí hay pinchos. No son exactamente afilados, pero claramente están diseñados para disuadir a cualquiera que intente trepar. Aksel lo hace con cuidado, sin hacerse daño. Durante un breve segundo, mientras se sienta a horcajadas en la valla, se arriesga a mirar lo que está sucediendo alrededor de Linus.

Tres de los soldados están corriendo hacia él, llevando sacos de arpillera y bridas de plástico. La puerta ya la han cerrado de nuevo los dos soldados restantes. Linus sigue convulsionando bajo la manta, y los espectadores se han alejado, esperando que los soldados lo inmovilicen.

Aksel pasa la pierna por encima y comienza a bajar. En cuestión de segundos, está en el suelo.

Por un breve momento, siente una salvaje urgencia de simplemente

darse la vuelta y echar a correr. Todavía hay soldados cerca, y tan pronto como se aleje de la valla, probablemente lo vean. Además, no puede dejar a Linus colgado.

Así que se mueve hacia el hospital, deslizándose en la oscuridad. Hay una gran caja de cables en la pared exterior, y Aksel se coloca junto a ella, haciendo que casi sea imposible que lo detecten.

Entonces, comienza a esperar.

Dentro del recinto, los guardias parecen haber descubierto que Linus no se está transformando. Se están yendo de nuevo, cerrando la puerta tras ellos. Desde donde está, Aksel no puede distinguir a Linus entre los demás. Entonces lo ve, levantándose, envolviéndose en las mantas de nuevo.

Camina tranquilamente hacia este extremo del recinto. Deteniéndose junto a la valla, se da la vuelta y finge simplemente estar esperando.

—¿Estás ahí, Axe? —susurra.

—Sí —le dice Aksel desde las sombras.

—Buen trabajo, tío. Hasta ahora, todo bien.

—¿Y ahora qué?

—Ahora, solo tenemos que…

Linus deja de hablar de repente.

Aksel lo mira, y puede ver que Linus está mirando algo al otro lado de la calle. Es un ángulo que le queda oculto desde su escondite. Linus entrecierra los ojos, obviamente tratando de ver algo en la oscuridad.

—¿Qué es? —susurra Aksel.

—Calla —le sisea Linus sin mover los labios—. Una vieja está hablando con un soldado. Está señalando hacia aquí. Joder, creo que nos ha descubierto. Quédate quieto, tío. No hagas ni un sonido.

11

Marit gruñe y se da la vuelta. Sacándose uno de los tapones para los oídos, y mira a Ella.

—¿Con quién te estás escribiendo?

Ella aparta brevemente la mirada de la pantalla.

—Con nadie. Solo estoy... leyendo.

—¿Sobre qué? No puedo dormir. La luz de tu móvil es realmente molesta.

—Perdón. Termino en un minuto.

Ella está tumbada en el colchón hinchable junto a la cama de Marit.

—Está bien —suspira Marit—. En realidad, no es la luz lo que me mantiene despierta. No puedo dejar de pensar en lo que está pasando, ¿sabes?

—Ajá —murmura Ella.

Está buscando toda la información que puede encontrar sobre la infección. Todos los sitios de noticias están cubriendo la situación, pero hay muy pocos datos sobre lo que realmente está sucediendo. Simplemente siguen llamándolo cosas como "enfermedad misteriosa" o "virus mortal". Ella revisa las redes sociales y encuentra muchas publicaciones compartidas sobre la situación.

Quiere saber los síntomas, las etapas, el tiempo de incubación. Pero parece variar mucho, dependiendo de la gravedad de la herida infligida. Los testigos informan que en algunas personas que solo han recibido un arañazo o una mordida menor, se manifiesta como una infección común, de manera gradual. Mientras que en otros casos, cuando alguien ha sido atacado brutalmente por una persona infectada, pueden saltarse las fases de fiebre y coma por completo y "transformarse" en minutos. El caso más largo que puede encontrar es el de una mujer que afirma que su marido tardó cuatro horas en mostrar los síntomas. Le habían arañado el tobillo.

Los síntomas más comunes parecen ser fiebre, dolor de cabeza, malestar general. Luego vienen el dolor, la confusión, la saliva excesiva y, a veces, los espasmos musculares. Y finalmente, la falta de

respuesta, el coma y...

Y luego la última etapa. La "fase furiosa", la llama un médico especializado en enfermedades infecciosas. Indica también que es muy similar a las últimas etapas de la rabia, solo que parece ser más severa y durar más tiempo. Se caracteriza por "síntomas violentos tanto físicos como neurológicos". A diferencia de la rabia, sin embargo, el estado delirante y el comportamiento agresivo "no están intercalados con periodos cortos de calma relativa y lucidez, sino que parecen ser ininterrumpidos".

Además, hasta ahora, no se ha informado de que nadie haya pasado más allá de esta fase. Con la rabia, una vez que la persona infectada entra en la fase furiosa, es solo cuestión de tiempo antes de que sobrevenga la muerte, generalmente causada por un fallo respiratorio. Pero con este nuevo virus desconocido, los afectados no parecen morir.

Ella lee varios comentarios debajo del artículo de personas que califican esto como una tontería. Al parecer, muchos de ellos llegan a la misma conclusión que ya se le había pasado por la cabeza a Ella. Que los infectados en la llamada fase furiosa están, de hecho, ya muertos. Que son...

—¿Hola?

Ella parpadea y mira de nuevo a Marit.

—Lo siento, ¿qué decías?

—Te he preguntado que qué estás leyendo.

Ella guarda su teléfono.

—Escucha, Marit, hay algo que necesito contarte.

—Claro, ¿qué es?

Ella se muerde el labio. Aún no está segura de si es lo correcto decirle a Marit sobre esto. Pero, por otro lado, no puede evitar tener la sensación de que Gunnar estaba mintiendo.

—Tu padre —empieza—. ¿A veces entra por la ventana?

Marit frunce el ceño.

—¿Por qué haría eso?

—Para no despertaros a ti y a tu madre cuando llega tarde a casa. Algo sobre que la alarma se dispara por accidente.

—Sí, la ha activado sin querer un par de veces —admite Marit—. Pero no, no creo que papá haya entrado nunca por la ventana. Al menos, no me lo ha dicho.

—Ajá.

—¿Por qué? ¿Te dijo que lo hizo?

—Sí.

—Bueno, quizá lo hizo. ¿Por qué importa?

—Es solo que... tenía una herida en el brazo.

Sigue un completo silencio. Ella puede oír a Marit conteniendo la respiración. Luego:

—¿Una herida?

—Sí. No era grande y parecía que se había quemado.

Marit suspira.

—Ah, vale. Me asustaste por un segundo.

—Dijo que era de su cigarro. Pero...

—¿Pero qué?

—Parecía raro. Como si hubiera estado toqueteándola.

—No estoy segura de a dónde quieres llegar, Ella.

Ella se posiciona sobre los codos y mira a su prima.

—¿Crees que tu padre mentiría sobre estar infectado?

—¿Qué? ¡No! ¿Estás loca?

—Sshh —la hace callar Ella—. No despiertes a tu madre. No estoy diciendo...

—Él no está infectado —dice Marit con firmeza—. Eso es una locura. Si lo estuviera, nos lo habría dicho. Habría ido a buscar ayuda. Y... y no le habrían dejado marchar en primer lugar. Quiero decir, lo habrían retenido y tratado.

—Sí —murmura Ella—. Eso es lo que yo también pensé. Pero, ¿y si no se lo dijo a nadie?

Marit la mira fijamente.

—¿Estás hablando de deserción? Mi padre nunca huiría. Y, desde

luego, no rompería el protocolo ni pondría a otras personas en peligro.

—Pero quizá…

—No. Lo siento, Ella. Solo porque tú nunca tuviste un padre no significa que… —Marit se traga las palabras, claramente lamentando lo que estaba diciendo—. Lo siento, Ella. Lo siento de verdad. No debí decir eso.

—Está bien. No debería haber mencionado nada.

—Es solo que… tengo mucho miedo, ¿sabes? Por todo lo que está pasando. Es una locura.

—Sí, lo entiendo.

Hay un momento de silencio entre ellas.

—No tienes que preocuparte por papá —dice Marit—. Lo conozco. No estaría aquí si estuviera enfermo.

—Vale. Eso es bueno saberlo.

Ella nunca ha sido una buena mentirosa. Jamás parece poder fingir ni ocultar lo que siente. Y sabe que Marit se da cuenta de que Ella no se siente nada calmada. Así que dice:

—Vamos a descansar, ¿eh? Seguro que todo parecerá un poco menos loco por la mañana.

—Ojalá tengas razón. Buenas noches, Ella.

—Buenas noches, Marit.

Marit se vuelve a poner el tapón en el oído, ajusta la almohada y se tumba con un suspiro.

En un par de minutos, Ella asume por su respiración que está dormida.

Ella se cubre la cabeza con la manta, saca de nuevo el móvil y escribe un mensaje rápido que envía a su madre: «¿Estás despierta?»

No sabe si habrá respuesta. Probablemente esté dormida. Tendrá que estar de guardia mañana por la mañana, y Ella no quiere llamarla y despertarla. Pero necesita hablar con alguien sobre esto. Necesita una segunda opinión. Y su madre siempre ha sido su consejera más cercana.

12

—¿A dónde vamos?

Han caminado por el bosque durante aproximadamente una hora. Ha empezado a nevar ligeramente, y la luna ha salido, proporcionándoles suficiente luz para moverse entre los viejos árboles.

Ragnar camina como un joven de veinte años. Kristoffer casi tiene que trotar para seguirle el ritmo. El viejo le echa una mirada furtiva.

—Lo verás cuando lleguemos.

Kristoffer solía jugar en el bosque cuando era niño, y también fue de caza algunas veces, cuando su abuela aún vivía. Pero este es el punto más lejano al que ha llegado caminando desde Bodum. Le recuerda a esa escena de El Señor de los Anillos en la que Sam y Frodo salen de la Comarca por primera vez.

«¿Estoy a punto de embarcarme en una aventura épica también?»

El pensamiento casi le hace reír. Es muy consciente de que apenas ha usado las piernas en días. Estando en la despensa, principalmente se sentaba. Hacía algunas sentadillas de vez en cuando, y caminaba de un lado a otro siempre que se ponía demasiado inquieto. Pero no quería quemar calorías innecesarias, así que descansaba la mayor parte del tiempo. Y sus músculos claramente han perdido fuerza por ello.

Su mente, por otro lado, está emocionada de estar aquí afuera, en la naturaleza, respirando aire fresco y no estar confinado entre cuatro paredes.

—¿Qué está pasando en Torik? —pregunta.

Ragnar le lanza otra mirada.

—Deberíamos estar callados mientras caminamos. No sabemos si hay alguien más por aquí.

Kristoffer lo duda mucho. El bosque es básicamente interminable. Encontrarse con otro excursionista o cazador aquí es como ganar la lotería. Pero, por supuesto, Ragnar tiene razón. Esta noche es diferente. Zombis errantes podrían estar merodeando por la zona. O quizás otros fugitivos desesperados. Kristoffer ha visto suficientes

películas de apocalipsis zombi para saber que ya no se puede confiar automáticamente en los extraños. De hecho, les iría mejor si evitaran a cualquiera.

De repente, llegan a un empinado desnivel que revela una autopista que atraviesa el bosque.

—¿Es la 55? —pregunta Kristoffer—. Joder, hemos caminado diez kilómetros.

—Casi estamos —dice Ragnar, comenzando a bajar—. Solo necesitamos cruzar el valle.

Kristoffer le sigue. Es un descenso complicado, especialmente con la mochila tan pesada. Tiene que trepar hacia atrás a cuatro patas, y aun así, sus botas resbalan sobre el sotobosque helado.

Llegan a la autopista, y Kristoffer se detiene un momento, apreciando la superficie lisa y nivelada bajo sus pies. Mirando hacia el este, puede distinguir las luces de Torik. Parece que la ciudad está justo detrás del horizonte, pero sabe que es una ilusión; realmente está a unos dieciséis kilómetros.

«¿Estará ya invadida por zombis?»

No tiene ni idea. Ahora desea haberlo comprobado en internet cuando estaba en casa y tenía conexión. Pero ni siquiera se le pasó por la cabeza. Aquí, su teléfono móvil es tan útil como un ladrillo. Sin servicio, y por supuesto, sin conexión a Internet, ni siquiera se molesta en mirar.

—Vamos —susurra Ragnar, haciéndole señas desde el otro lado de la carretera.

Kristoffer se pone de nuevo en movimiento, al mirar hacia atrás, hacia Bodum, ve un par de luces rojas parpadeantes. Un coche está aparcado al lado de la carretera. Alguien está de pie junto a él.

—Eh —dice Kristoffer, señalando—. Mira, Ragnar.

—Lo sé, lo vi —dice Ragnar—. No es asunto nuestro.

—¿No crees que deberíamos ver si necesitan ayuda? Podrían estar teniendo problemas con el coche.

Incluso mientras lo dice, es consciente de que está contradiciendo lo

que pensaba hace solo un minuto, sobre que los extraños ya no son de fiar. Hay algo en la idea de que alguien podría estar herido y varado aquí en medio de la nada, que le recuerda demasiado su propia situación cuando estaba atrapado en la despensa. Indefenso. A merced de la pequeña probabilidad de que alguien pasara por allí.

—Estoy seguro de que están bien —dice Ragnar—. Incluso si no lo están, no hay nada que podamos hacer por ellos. Vamos.

Kristoffer se muerde el labio. Mirando a la persona de pie allí, lo más probable es que Ragnar tenga razón. Si pudieron salir del coche y caminar, eso significa que probablemente no estén demasiado heridos. Está a punto de seguir caminando cuando el coche de repente toca la bocina. Lo hace tres veces, luego tres veces más, más cortas. Y finalmente, tres veces más con toques largos.

Kristoffer frunce el ceño a Ragnar.

—¿Lo has oído, verdad?

La expresión de Ragnar le dice que sí, que lo ha oído.

—Están usando el código morse. S-O-S —murmura Kristoffer, mirando de nuevo hacia el coche—. Nos han visto y nos están pidiendo ayuda.

13

Aksel ve a Linus caminar hacia el centro del recinto. Está intentando que parezca casual, pero sigue lanzando miradas hacia la calle.

Aksel pega la espalda contra la pared, haciéndose lo más invisible posible.

¿Puede ser que alguien le viera? Cuando cruzó los pocos metros desde la valla hasta el edificio, era visible desde la calle, pero no vio a los espectadores. Estaba más preocupado por los guardias.

Si uno de los mirones le vio trepar la valla, ¿realmente lo denunciarían?

«Claro que lo harían. Tienen miedo. Joder. Debería haber salido corriendo cuando tuve la oportunidad».

Todavía no puede ver lo que está pasando en la calle y no quiere arriesgarse a mirar, ya que eso implicaría dar un paso adelante, haciéndose visible.

En cambio, busca a Linus. Ahora está rondando junto a otras personas, haciendo todo lo posible para no llamar la atención. Pero al mismo tiempo, parece que está señalando a Aksel. Tiene las cejas levantadas y está inclinando la cabeza una y otra vez, como si estuviera señalando.

«Me está diciendo que me mueva».

En ese momento, Aksel escucha pasos acercándose. Botas pesadas. Sin duda, un soldado.

Aksel abandona su escondite junto a la caja de cables y se va más abajo, por la pared del hospital. No hay otros buenos escondites, pero hay un lugar a unos metros donde el foco más cercano proyecta una sombra desde su propio poste, y Aksel corre hacia allí. Al llegar a la sombra, se detiene, se da la vuelta y ve aparecer al soldado. Tiene el arma lista, revisando detrás de la caja de cables donde Aksel estaba de pie hace diez segundos.

Luego, se vuelve hacia la calle y grita:

—¡No hay nadie aquí!

—¡Pues lo vi! —exige una voz chillona—. Un chico joven, rubio.

Justo ahora. ¡Lo juro!

Maldito soplón, piensa Aksel, sintiendo cómo su corazón late aún más fuerte. No tiene elección. Necesita salir corriendo.

Se da la vuelta y comienza a caminar rápidamente, alejándose del soldado. Tan pronto como sale de la sombra, se siente completamente expuesto. Espera que el soldado le grite que se detenga. Pero no lo hace. Al principio.

Aksel se dirige hacia la puerta, lo cual no es bueno, porque hay muchos soldados alrededor. Una ambulancia está estacionada con el motor encendido. El sonido del motor le proporciona algo de cobertura. Quizás tenga una pequeña oportunidad de seguir avanzando junto al hospital, alcanzar la calle y cruzarla. Si logra llegar al callejón, existe la posibilidad de que pueda...

De repente, Linus grita:

—¡Corre, tío!

Aksel mira hacia atrás y ve que el soldado va hacia él. Obviamente, le ha identificado, pero no ha gritado, para no darle la oportunidad de empezar a correr.

En ese momento, Aksel empieza a correr. Es más rápido que el soldado, especialmente porque no lleva equipo pesado ni arma. Se acerca a la puerta. Los guardias aún no se han dado cuenta de que Aksel viene, pero el soldado que lo persigue está gritando, y en cuestión de segundos, todos sabrán lo que está pasando.

Aksel no puede enfrentarlos a todos. Lo atraparán antes de que pueda siquiera cruzar la calle.

Así que hace lo único que puede: se dirige hacia la ambulancia. La puerta del conductor está abierta. Se lanza al volante, mete la marcha, y pisa el acelerador.

Espera que la ambulancia se lance hacia adelante.

En lugar de eso, retrocede con un violento tirón, y antes de que pueda levantar el pie del acelerador, escucha cómo la puerta del recinto se rompe con un estruendo al pasar a través de ella.

Durante unos segundos, Aksel está demasiado sorprendido y

aturdido para hacer otra cosa que mirar cómo la ambulancia se adentra más en el recinto. Las ruedas golpean la puerta volcada y los soldados corren por la abertura, gritando y blandiendo sus armas. Sin embargo, no disparan. Si quisieran matarlo, fácilmente podrían hacerlo. Básicamente es un blanco fácil detrás del volante, mirando hacia ellos de forma estúpida.

Entonces recupera algo de control y pisa más el acelerador, retrocediendo por el recinto. Revisando los espejos, ve cómo la gente salta para apartarse del camino. Solo uno se está moviendo hacia la ambulancia, y es Linus. Ha tirado sus mantas y corre torpemente con su escayola, agitando los brazos salvajemente hacia Aksel.

Aksel gira ligeramente la ambulancia, luego pisa los frenos. Linus abre de un tirón la puerta del lado del pasajero, y antes de estar completamente dentro, le grita a Aksel: "¡pisa a fondo!"

Aksel no necesita la instrucción; ya está luchando con la palanca de cambios. Es automática, y Aksel nunca ha conducido una de esas. Finalmente la pone en Drive, pisa de nuevo el acelerador, y esta vez, la ambulancia se lanza hacia adelante. Es casi suficiente fuerza para que Linus salga despedido hacia atrás, pero se aferra y logra cerrar la puerta, mientras Aksel gira bruscamente el volante, esquivando por poco a un par de soldados que intentan agarrar la manilla de la puerta. Escucha cómo una mano enguantada resbala por el metal. Y entonces, escapan.

—¡Aguanta! —grita Aksel, apuntando hacia la calle.

La ambulancia atraviesa la valla de nuevo, llevándose esta vez un foco a su paso. El volante da un giro violento, y Aksel lo agarra con fuerza, haciendo lo posible por manejar el gran vehículo. Ha conducido una furgoneta una o dos veces antes, pero nunca algo tan grande como la ambulancia. Cruzan con estruendo la reja metálica de la valla y, al llegar a la calle, Aksel acelera mientras se acercan a la segunda barrera. Esta es más baja, pero más sólida. Está hecha de tablones de madera sobre patas metálicas. Aksel apunta al estrecho espacio entre dos de ellos, y la ambulancia los derriba de un golpe.

Nota periféricamente que los espectadores aún están parados en ambas aceras, y no puede evitar pensar: ¡Espero que estéis disfrutando del espectáculo, cabrones!

Linus está gritando algo que suena como un grito sin palabras de victoria. Aksel revisa los espejos mientras corren por la calle vacía, ganando velocidad. Puede distinguir la silueta de algunos soldados. Dos policías con trajes de materiales peligrosos, que aparentemente estaban custodiando el bloqueo, están corriendo para subirse a su coche. Pero está aparcado en la dirección equivocada, y les llevará unos veinte segundos girarlo y empezar la persecución.

Aksel toma una decisión repentina y gira bruscamente en una intersección. Las cosas vuelan por la parte trasera, golpeando contra las paredes. Está yendo demasiado rápido para conducir en el centro de la ciudad, pero no hay coches a esta hora. Sospecha que cualquiera que no quisiera estar parado aquí, congelándose el culo, está viendo el espectáculo por televisión.

—¡Lo logramos! —grita Linus, agarrándose mientras la ambulancia se tambalea—. ¡Lo conseguimos, tío! ¡Eres un genio!

—Intentarán atraparnos —dice Aksel, pisando a fondo—. No podemos estar dando vueltas por ahí en una ambulancia.

—Tienes razón —dice Linus, señalando—. Más adelante, a la izquierda hay un aparcamiento subterráneo. Conduce hasta allí.

Aksel conoce el lugar y hace otro giro brusco hacia la rampa. Entran en el aparcamiento, y Aksel conduce hasta el otro extremo. Hay otra rampa, que sube hacia la calle siguiente. Pisa los frenos y está a punto de abrir la puerta.

—Espera, ¿adónde vas? —pregunta Linus.

Es solo en ese momento cuando Aksel se da cuenta de que Linus está forcejeando con algo en el panel de control de la ambulancia.

—Nos vamos —dice Aksel—. Vamos.

—No voy a ir a ningún lado a pie —le dice Linus, arrancando una caja gris. La pantalla se apaga cuando los cables se desprenden—. Esto es el GPS. No pueden rastrearnos sin él.

—¿Seguro? —pregunta Aksel.

Linus le sonríe.

—Eh, tío, soy mecánico. Creo que reconozco un GPS. —Abre su puerta, tira la caja y luego se abrocha el cinturón—. Mirando a Aksel con impaciencia, grita: —¡Venga! ¡Vamos!

14

Sorprendentemente, su madre le responde casi de inmediato.

«Sí. Me llamaron antes. ¿Qué pasa?»

Ella escribe: «Necesito tu opinión sobre algo. Es Gunnar».

«¿Qué le pasa? ¿Sigue en Torik, no?»

«No. Llegó a casa hace una hora. Tiene una herida...»

Ella duda antes de enviar el mensaje. No tiene sentido contarle a su madre sobre la herida. No puede verla de todas formas. Y lo que Ella realmente necesita saber es si se puede confiar en Gunnar. Así que reescribe la última frase: Actuaba raro.

La respuesta de su madre llega de inmediato: «¿Raro cómo?»

Ella lo piensa brevemente. Luego decide ser completamente honesta: «Como si estuviera escondiendo algo».

Esta vez, tarda un par de minutos en llegar la respuesta. Cuando lo hace, Ella se siente aliviada al ver que su madre ha captado la situación: ¿Estás en algún tipo de peligro, Ella?

«No lo sé. Eso es lo que me preocupa».

«¿Le has contado algo a Greta?»

«Está durmiendo».

«¿Quieres que mande a alguien?»

«No. Podría ser solo mi imaginación».

Si su madre quisiera ayudarla y llamase a los policías locales para que aparezcan, sería un desastre por varias razones. Si Gunnar está diciendo la verdad y no es más que una quemadura de cigarrillo en su brazo, se enfadará mucho con Ella. También lo estará Marit por no confiar en él, y probablemente Greta. Pasar el día aquí mañana sería, como mínimo, incómodo. Además, con lo que ha visto y escuchado en la televisión, sospecha que llamar al 112 con incluso una ligera sospecha de que alguien infectado está en el pueblo significaría sirenas, cierre, paramédicos, helicópteros, todo el paquete. Y si resulta ser una falsa alarma...

«Necesito estar segura».

En ese momento recibe otro mensaje de su madre: «Tienes una

fuerte intuición. Yo diría que la escuches».

Ella respira hondo. Algo se afloja en su interior. Una cierta tensión en su pecho se disipa. Hay una oleada de miedo, pero también un cierto alivio. El hecho de tomar la decisión de hacer algo en lugar de simplemente quedarse tumbada, preocupándose, hace que la situación sea un poco menos aterradora. Entonces le escribe a su madre: «Gracias. Te quiero».

Apaga la pantalla del teléfono y se quita la manta. Pone atención en su alrededor por un segundo, asegurándose de que Marit todavía esté dormida. Luego se levanta, llevando su ropa al pasillo. Se viste rápidamente. Al pasar junto a la puerta del dormitorio de Greta, oye el sonido de la lluvia mezclado con ruidos de aves exóticas. Greta tiene la misma condición que su hija, Ella no recuerda el nombre, pero es algo que tiene que ver con la dificultad para conciliar el sueño, así que usa música de meditación para bloquear cualquier ruido molesto. Ella no quiere despertar a su tía. Sin duda, reaccionaría como Marit, defendiendo automáticamente a Gunnar. Es lo que la gente hace cuando cuestionas a sus seres queridos. Ella sabe que su madre también quiere a su hermano. No están muy unidos, pero crecieron juntos y se respetan. Aun así, Ella nunca dudó ni por un momento que su madre dejaría que eso afectara su juicio cuando le pidió su opinión.

Tiene razón. Debería escuchar mi instinto. Si realmente hay algo de lo que preocuparse, necesito saberlo.

Y la única forma de saberlo con certeza es bajar y ver cómo está su tío.

15

La persona fuera del coche se mueve alrededor de la parte trasera, moviéndose frente a las luces. Y al hacerlo, Kristoffer ve los movimientos espasmódicos y erráticos.

—Están atrapados dentro del coche —dice Kristoffer—. Es un zombi quien los tiene prisioneros. Tenemos que ayudarlos, Ragnar.

—Desde luego que no —responde Ragnar, de repente de pie junto a Kristoffer. Le agarra del brazo—. Todo lo que tenemos que hacer es seguir caminando. Llegaremos a mi casa en veinte minutos y estaremos a salvo.

—Pero no podemos simplemente dejarlos ahí tirados —argumenta Kristoffer, mientras Ragnar comienza a arrastrarlo.

—Podemos y lo haremos —dice Ragnar.

—Tienes la escopeta —dice Kristoffer, liberándose—. Puedes acabar con él fácilmente.

Ragnar arquea una ceja.

—¿Estás loco? Disparar atraería a todo el mundo en un radio de dieciséis kilómetros.

Kristoffer niega con la cabeza.

—Estoy bastante seguro de que no se guían por el sonido. No creo que se guíen por ninguno de los sentidos habituales, en realidad. Todo lo que tienen es este... instinto, o lo que sea. Pueden sentir cuando alguien vivo está cerca.

—¿Cómo demonios lo sabes?

—Lo sé.

Ragnar extiende su brazo.

—Incluso si tienes razón, seguiremos alertando a cualquier persona que no esté infectada. No quiero comprometer nuestra posición. Estamos demasiado cerca de mi casa para llamar la atención.

—Vale, entonces lo haré yo —dice Kristoffer, levantando el palo de golf—. Ya lo he usado antes. Es silencioso.

Ragnar lo mira.

—No lo entiendo. ¿Qué ganas con esto? Te arriesgas mucho. ¿Y para

qué? ¿Ayudar a unos desconocidos que no volverás a ver?

—Sí —responde Kristoffer, encogiéndose de hombros—. Supongo que eso es todo. ¿Acaso no es suficiente?

—Escúchame bien —susurra Ragnar, acercándose más—. Si vienes conmigo, haces lo que yo diga. Eso significa que no correrás riesgos innecesarios. Nada de gestos heroicos estúpidos. Ese tipo de mierda te mata, sin mencionar que mata a los que te rodean. Incluyéndome a mí. Y no voy a pillar ese virus solo para calmar tu conciencia —señala hacia el coche—. Si vas allí, seguiré sin ti. Así de simple. Decide.

Kristoffer lo considera. El coche vuelve a tocar la bocina, los mismos nueve toques. El código morse internacional para "salvad nuestras almas".

Y se da cuenta de que ya ha tomado una decisión. No va a dejar a las personas en el coche morir congeladas. Se quita la mochila, dejándola suavemente en el suelo.

Ragnar lo mira fijamente.

—¿Qué estás haciendo?

—Te devuelvo tus cosas —dice Kristoffer—. Si las quieres, tendrás que llevarlas tú mismo. Ahora voy a bajar para ayudar a quien esté atrapado en el coche. Y si la mochila sigue aquí cuando vuelva, con gusto la recogeré y me iré contigo. Pero si no está, tampoco será un problema.

Los músculos de la mandíbula de Ragnar se tensan.

—Pensaba que eras más inteligente.

—¿Ah, sí? —pregunta Kristoffer, esforzándose por mantener la calma. De repente, siente una rabia inesperada subirle al pecho—. Supongo que deberíamos haber alineado expectativas antes de salir de Bodum.

—¿Expectativas? —Ragnar se burla.

—Sí, expectativas. Si esta sociedad va a funcionar, no puede ser solo en base a la supervivencia.

—No me importan tus expectativas, chico. Vamos a mi casa.

—Sí. Tu casa, tus reglas. Bien. Lo respeto. Pero no eres mi jefe. Si

quieres un maldito esbirro, te pido que vuelvas y busques a otro. Alguien que no tenga principios. Alguien muerto de miedo. Porque ya te aseguro que nada de eso me aplica.

Los ojos de Ragnar se entrecierran.

—Lo que quiero es a alguien que sea capaz de tomar decisiones difíciles.

—¿Decisiones difíciles? Déjame decirte algo. He estado viviendo en una maldita despensa durante dos semanas. Disparé a un policía en la cabeza. Ya he matado a dos zombis —Kristoffer es consciente de que está elevando la voz, casi hasta el punto de gritar, pero no puede evitarlo. Se da golpecitos en el pecho con la cabeza del palo de golf—. Puedo tomar decisiones difíciles. Pero ahora mismo, mi corazón me dice que la decisión correcta es ir allí y echar una mano a esas personas. Y no me importa si no estás de acuerdo. Esta es mi decisión. Ni siquiera te estoy pidiendo ayuda.

—Genial, porque no la vas a recibir —gruñe Ragnar, y luego mira hacia otro lado.

Parece que está a punto de irse, pero a Kristoffer no le importa. No estaba de farol. Si Ragnar se va sin él, que así sea.

Se da la vuelta y camina hacia el coche y el zombi.

16

Después de salir del aparcamiento, Aksel conduce más moderadamente, aún rápido, pero no de manera peligrosa. Señala cuando gira, se detiene en los semáforos en rojo y espera que nadie mire demasiado de cerca el frontal destrozado de la ambulancia.

Espera ver luces parpadeantes en los espejos en cualquier momento, o tal vez un control policial más adelante, o incluso un helicóptero iluminando desde arriba.

Sin embargo, nada de eso sucede. Las persecuciones de coches en la vida real, al parecer, no son tan dramáticas como las de YouTube. Al menos no esta.

—Nos han perdido —dice Linus después de unas pocas manzanas, rompiendo el tenso silencio. Sube la calefacción, luego se recuesta con un suspiro—. Joder, lo logramos. Escapamos.

—Sí —murmura Aksel—. Supongo que sí. Entonces, ¿adónde vamos? —Es solo ahora cuando se da cuenta de que está conduciendo sin ningún destino en mente.

—A casa de mi madre —dice Linus de inmediato, sacando su teléfono—. Llamé a mi novia antes, están todos allí. Es en Trondheim.

—¿Cuál es la dirección?

Linus le dice el nombre de la calle y el número, luego hace una llamada.

—Hola, cariño... Sí, voy de camino... No, no exactamente, pero salí. Estoy llevando a un amigo. Estaremos allí en treinta minutos... Sí, lo sé. ¿Está dormida? ¿Y mamá?... Bien... No, déjalos dormir. No haremos ruido cuando lleguemos... Vale... Nos vemos pronto —cuelga la llamada y le dice a Aksel—: Estaremos a salvo allí. No hay manera de que los infectados hayan llegado tan lejos. Mañana por la mañana, si no han controlado esta mierda, nos abasteceremos de comida e iremos más al sur.

Aksel asiente. Está demasiado cansado para pensar en eso ahora mismo. En lugar de eso, pregunta:

—¿Tienes una hija?

—Sí, tío. Bueno, no es mía. Pero la quiero —esa última parte la añade casi a la defensiva—. Es una niña lista. Tiene once años, y ya está leyendo libros así de gordos —levanta un par de dedos, sonriendo —. Yo ni siquiera era capaz de terminar una revista mientras cagaba.

—Yo tampoco —murmura Aksel. Mira el reloj en el salpicadero: 3:44. Debería estar durmiendo profundamente ahora mismo. Todavía no está completamente seguro de que esto no sea un sueño loco. En este momento, le parece más plausible que derramara ácido anoche y todavía esté desmayado en su cama, alucinando.

Excepto que no derramó ácido anoche. Estaba con Frida.

Pensar en ella le provoca una punzada en el pecho, que inmediatamente le recuerda a Jakob, y la siguiente punzada es tan dolorosa que emite un gruñido.

—¿Estás bien, tío? —pregunta Linus.

—Estoy bien —jadea Aksel, luchando por contener los sollozos—. Es solo… nada.

—Oye, tío —empieza Linus—. Si tú…

—He dicho que estoy bien —repite Aksel, alzando la voz—. ¿Vale? ¡No estoy infectado! —Se gira para fulminar con la mirada a Linus, con los labios temblando—. ¿Lo entiendes? ¡No estoy enfermo, joder!

—Hostias —dice Linus, levantando las manos—. Solo me estaba asegurando, tío. No te lo tomes así —mientras Aksel sigue mirándolo, Linus dice—: ¿Podrías dejar de mirarme como un loco y mirar la carretera? No quiero que nos estrellemos.

Aksel vuelve a concentrarse en la calle y parpadea para contener las lágrimas.

—Joder —murmura—. Todo se ha jodido. Todo está jodidamente jodido.

—Sí, lo sé —murmura Linus, pasándose las manos por el cabello rapado—. Está mal. No tengo muchas esperanzas de que lo controlen, pero… supongo que aún debe haber una oportunidad.

—Sí, bueno, esa oportunidad acaba de hacerse aún más pequeña por lo que hicimos —resopla Aksel—. Básicamente, abrimos las puertas

para todos.

—Oye, no deberían habernos mantenido prisioneros —dice Linus—. Básicamente nos obligaron. Esto es su culpa, tío. No les des la vuelta a las cosas ahora.

Aksel quiere estar de acuerdo con Linus. Pero parte de él no lo está. Parte de él se siente culpable, tal como Jakob lo hizo. Aparta el pensamiento de su hermano. No puede lidiar con eso ahora. Solo lo haría derrumbarse, y Linus es la última persona delante de la cual quiere romperse a llorar.

Como si Linus leyera su mente, carraspea y pregunta:

—Entonces, eh, ¿qué pasó allí dentro?

Aksel simplemente sacude la cabeza.

—Dijiste que escapaste solo. ¿Cómo lo hiciste? —levanta las manos, añadiendo—: Quiero decir, si no quieres hablar de eso, está bien. Es por hablar de algo.

Aksel se muerde la lengua.

—Yo, eh... No estaba de guardia cuando sucedió, pero fui allí porque recibí una llamada de mi hermano.

—¿Trabajas en ese lugar?

—Soy aprendiz de funerario.

—¿En serio? Eso mola.

Aksel relata todo lo que sucedió desde que Jakob lo llamó desde el coche. Le sorprende lo fácil que le salen las palabras. Los eventos se reproducen como una película en su memoria, y simplemente los describe. Se siente como si todo le hubiera pasado a otra persona. Hasta que llega a la parte en la que Frida sospechó del tipo con su hijo en silla de ruedas.

—Ella tenía razón —dice, mirando fijamente la carretera. Ya han salido de Torik, y el oscuro y montañoso paisaje se abre a su alrededor —. Debería haber hecho algo. Pero solo quería salir de ese tejado. —Sacude la cabeza—. Ese cabrón mentía. Su hijo estaba infectado. Debió de morir justo después de que subieron al helicóptero. Se despertó y... Frida estaba sentada justo a su lado. Le mordió el cuello.

Murió en unos treinta segundos.

—Joder, tío —susurra Linus—. Eso es duro.

Aksel se concentra en terminar de contar la historia. De alguna manera, de repente siente que es vitalmente importante que la termine.

—Salimos, Jakob y yo. Cogí el paracaídas de emergencia, y estábamos a punto de saltar juntos cuando Jakob, él... él... —Aksel no sabe cómo decirlo.

—¿También lo mordieron? —pregunta Linus, mirando fijamente a Aksel.

—No. Saltó. Sin el paracaídas. Todo sucedió tan rápido que no pude detenerlo.

—Guau. ¿Por qué hizo eso? ¿No había tiempo suficiente?

—Sí lo había. Podríamos haber saltado juntos. Pero él... no quiso. —Aksel escucha sus propias palabras, y se da cuenta de que son lo más cercano a una descripción exacta, por lo que las repite—: No quiso seguir adelante.

—Pero... ¿por qué?

Aksel sacude la cabeza lentamente.

—Me lo sigo preguntando. Al principio pensé que fue culpa mía. Le dije que el paracaídas solo era para una persona. Debería haberme callado. Pensé que lo hizo porque, al menos, yo tendría la oportunidad de sobrevivir al salto.

—Y tú lo hiciste.

—Sí, lo hice.

—Joder, tío —dice Linus, soltando un largo suspiro—. Lo siento mucho. Has pasado un maldito calvario.

—Pero no creo que esa sea la verdadera razón —sigue Aksel, hablando casi para sí mismo. Recuerda los ojos de Jakob mientras caía. Ve la tormenta de emociones en la cara de su hermano. Lo conocía mejor que a cualquier otra persona en este planeta, y al recordar su expresión ahora, Aksel puede darse cuenta de que Jakob no lo hizo como un sacrificio para asegurarse de que Aksel saliera del

edificio a salvo. Lo hizo por culpa. Porque no podía vivir con lo que había causado.

Jakob siempre fue el más temerario de los dos, pero paradójicamente también el que tenía la conciencia más pesada. A menudo hacía tonterías, luego sentía una inmensa vergüenza. Muchas veces, Aksel sospechaba que Jakob hacía tonterías para impresionarlo. En esta ocasión probablemente no fue diferente, ¿por qué otra razón llamaría a Aksel desde el camión, presumiendo del cadáver que traía?

—Es realmente mi culpa —dice Aksel, sin ser consciente de que está hablando en voz alta—. Lo hizo por mí.

—No te culpes, tío —le dice Linus—. Todos tenemos una elección. Así es como lo veo. Tu hermano tomó la suya.

—Elección —se burla Aksel, parpadeando para contener las lágrimas—. No hubo ninguna elección. Corre en nuestra familia.

—¿Qué corre en tu familia?

—El suicidio. Mi abuelo lo hizo, y mi madre también. Nunca en un millón de años pensé que Jakob lo haría, pero... tiene sentido. —Sacude la cabeza mientras una lágrima rueda por su mejilla—. No eligió nada. Estaba en su maldito código genético.

17

«Estoy jodido de verdad…».

Había intentado todo lo que se le ocurría. Vertió alcohol directamente en la herida. La quemó para cerrarla con su encendedor. Incluso cortó la piel alrededor de la herida, lo cual fue tan doloroso que casi se desmayó. Parpadeando para quitarse el sudor de los ojos, envolvió de nuevo la herida. El resto del camino a casa, condujo con la ventana completamente abierta para que el aire helado entrara y evitara que se mareara.

Aun así, no funcionó. La herida obviamente seguía infectada.

«Debería haberme cortado el puto brazo».

Pero no podía haberlo hecho, ni aunque quisiera. Solo tenía su cuchillo de combate, y aunque estaba bien afilado, no podía cortar el hueso. Además, ya era demasiado tarde.

¿Cómo demonios pudo llegar a esto? Era apenas un rasguño. Había tenido peores cortes afeitándose. Pero fue lo suficiente. Ya antes de salir de Torik, sintió que empezaba a latir dentro de él. Y cuando se detuvo y se subió la manga, supo que era grave.

Paró en la farmacia 24 horas y compró toda la penicilina y analgésicos que pudo conseguir legalmente sin receta. Se tomó un buen puñado de cada uno. Los analgésicos también eran antipiréticos, y sospecha que por eso no ha empezado la fiebre.

Todavía.

A Gunnar le asignaron la ingrata tarea de transportar a los infectados que se habían quedado inconscientes. Él y otros tres vigilaban a los infectados, y tan pronto como caían en ese estado parecido al coma, abrían las puertas, recogían a la persona y la amarraban a una camilla.

El último, un tipo gordo, aparentemente no tenía bien sujeta la mano izquierda. Porque logró girarla de tal manera que pudo alcanzar a Gunnar. Sus uñas rasgaron el traje protector antes de que tuviera tiempo de reaccionar.

Según el protocolo, como el traje de protección de Gunnar había

sido comprometido, debía someterse a un chequeo de seguridad. Pero Gunnar sabía lo que eso significaba. Ya había visto a otros dos soldados seguir el mismo destino y no salieron de esa tienda médica.

Así que, en vez de eso, simplemente se fue del lugar. Fue sorprendentemente fácil. Nadie lo notó. O, si lo hicieron, no sospecharon que desertaba. Al llegar al jeep, se cambió al uniforme y se marchó.

«No deberíamos haber estado haciendo el tonto con ellos. Deberíamos haberles volado los sesos en cuanto se infectaron».

Pero tenían instrucciones claras. Esto era una enfermedad, no un crimen. Los infectados debían ser considerados pacientes, no criminales. Lo que significaba que, hasta que se volvieran inconscientes, no podían ser restringidos físicamente, porque no habían hecho nada malo.

Menuda mierda. Típico de los burócratas dando órdenes sin la más mínima idea de lo que realmente estaba pasando sobre el terreno. Gunnar lo había visto mil veces a lo largo de su carrera en el ejército.

La fiebre aún no ha llegado, pero sabe que lo hará. Lo único que puede esperar es que haya tomado los antibióticos a tiempo, y que estos maten la infección.

Termina el cigarrillo y lo tira en el inodoro. Luego sale del baño y se dirige a la cocina. Abre la nevera, coge una cerveza, la destapa y se la bebe casi de un trago. Tiene una sed horrible. Así que agarra dos más. También saca un Ben & Jerry del congelador, llevando todo al salón. Enciende la televisión, se desploma en el sofá y comienza a devorar el helado.

El canal de noticias sigue mostrando imágenes de Torik. El número oficial de muertos en la parte inferior de la pantalla dice 141. Gunnar sabe que el número real es mucho mayor. Probablemente cuatro veces más. Pero, por supuesto, no se lo dirán al público. Tampoco mencionarán que habían detectado la infección en al menos otros tres lugares en Torik además del hospital.

Todo se trata de hacer creer a la gente que está bajo control, aunque

claramente no lo esté. Varios infectados se fueron del lugar, incluido él. Simplemente no fueron capaces de contenerlos, a pesar de darlo todo. ¿Cómo era posible? Si todo lo que se necesitaba era un pequeño rasguño…

Gunnar siente un escalofrío recorrerle la espalda, y se tapa con la manta. Quizá esté empezando a tener fiebre. Saca el termómetro de su bolsillo trasero, lo enciende y se lo coloca en la boca. Cuando pita, revisa el número.

—Gracias a Dios —murmura. Su temperatura sigue sin elevarse.

Se siente un poco menos nervioso. Quizá realmente logró salvarse a tiempo. Encuentra un show de stand-up en Netflix, abre otra cerveza, y hace lo posible por no pensar más en ello.

Seguirá revisando su temperatura cada diez minutos. No quiere poner en peligro a su familia. Si la fiebre aparece, irá al coche. No tiene sentido llamar al 112 o conducir al hospital por su cuenta. Sabe que no pueden ayudarle. En su lugar, conducirá a algún lugar remoto, y luego se matará. Terminar con todo de manera rápida, sin dolor y en sus propios términos le parece mucho mejor.

Si llega a eso. Todavía no se ha decidido.

Gunnar se ríe entre dientes cuando el cómico hace una broma sobre Trump.

18

Es una anciana. Le recuerda un poco a Helda. Solo que tiene el pelo blanco y es significativamente más baja.

Kristoffer esperaba reconocerla. Daba por hecho que sería uno de los ciudadanos de Bodum. Pero nunca había visto a la mujer antes.

Debe de haber venido de Torik, piensa mientras se acerca al coche. Pero ¿cómo demonios llegó hasta aquí a pie? Eso le habría tomado días, si no semanas.

Aunque realmente no importa. Lo que importa es acabar con ella de manera rápida y limpia. Lo que significa apuntar a la cabeza.

Cuando derribó al zombi policía en el jardín de Helda y Halgrim, Kristoffer aprendió que abrir el cráneo y dañar el cerebro es más fácil en la sien, no en la base. Lo que hace que el palo de golf sea un arma perfecta para un oponente que se aproxima.

Todavía está furioso por la conversación con Ragnar, y encuentra que es una excelente motivación; mantiene el miedo sobre control.

—Disculpe, señora —dice en voz alta, queriendo confirmar su teoría de que los no-muertos no tienen sentido del oído.

Y parece que tiene razón. La señora ni siquiera gira la cabeza en su dirección. Solo cuando Kristoffer está a unos cuatro metros de ella parece finalmente percatarse de su presencia.

Las ventanas del coche están todas empañadas. Alguien le hace señas desde el interior, una voz de mujer gritando: —¡Gracias! ¡Oh, Dios, muchas gracias! —También hay una voz masculina, diciéndole que tenga cuidado.

Kristoffer ignora a ambos, manteniendo toda su atención en la anciana mientras esta se gira y se dirige hacia él.

Se posiciona, manteniendo firmes los pies en el asfalto helado, y luego golpea con fuerza.

El golpe impacta exactamente donde quería, y la anciana cae al suelo. Kristoffer no espera a ver si se levanta de nuevo, sino que inmediatamente la golpea otra vez, usando el palo de golf como un leñador usa un hacha. El segundo golpe conecta con la parte superior

de su cráneo, hundiéndolo varios centímetros con un desagradable sonido crujiente que le recuerda a Kristoffer la vez que se le cayó una sandía.

La mujer permanece completamente inmóvil. No hay movimientos, ni sonidos.

Kristoffer exhala un largo y tembloroso suspiro, luego mira las ventanas del coche. Dos caras redondas lo observan a través de los cristales empañados. La mujer se cubre la cara con las manos, y el hombre abre la puerta para salir. Es corpulento, por decir lo menos. El coche se balancea cuando sale. También es más joven de lo que Kristoffer creía. No tiene más de treinta años.

—Gracias, tío —exhala. —Pensé que nunca saldríamos. —No lleva más que un suéter normal y unos vaqueros, y está visiblemente tiritando por el frío. —Llevamos atrapados ahí toda la noche.

Las palabras despiertan recuerdos muy recientes en Kristoffer, y le cuesta que le salgan las palabras: —De nada. —Aclarando la garganta, pregunta: —¿Estáis los dos bien?

—Sí, supongo —dice el tipo, mirando a la mujer. —Mi esposa solo necesita su medicación y estará bien.

—¿Está… está muerta? —pregunta la mujer desde el interior del coche.

—Sí —dice el tipo, mirando a la anciana. —Muerta como una piedra.

—Oh, no digas eso —gime la mujer. —¿Puedes… puedes taparle la cara, Hans? No quiero verla.

—Claro, claro —dice el tipo, como si fuera a quitarse el suéter.

—Espera —dice Kristoffer. —No deberías quitártelo. Ya estás tiritando.

—Pero… es la madre de mi esposa —dice.

—Déjame encargarme de ella —ofrece Kristoffer—. Toma, sujeta esto.

El tipo coge el palo de golf como si Kristoffer le hubiera ofrecido un arma homicida —lo cual, técnicamente, lo era.

Kristoffer entonces agarra a la zombi por los tobillos y la arrastra hasta un lado de la carretera. Debería haberlo hecho de todas formas, para que ningún otro conductor que pase por allí corra el riesgo de chocar contra el cadáver y tener un accidente.

—Vale —le dice el tipo a su esposa—. Ya puedes salir, Ingrid.

La mujer se desliza hacia la puerta abierta. Es casi tan corpulenta como su marido, y el coche vuelve a balancearse. Intenta sacar las piernas y ponerse en pie, pero no lo consigue. El tipo inmediatamente la agarra y trata de ayudarla. Al principio, Kristoffer piensa que es algo normal; que simplemente le cuesta por su peso. Pero entonces ella sacude la cabeza y murmura:

—No, no puedo. Lo siento, cariño. Estoy demasiado mareada. ¿Podrías ir tú a por la medicina?

—Claro, claro —responde el hombre, yendo al maletero. Lo abre y empieza a rebuscar en una bolsa de deporte grande. Está llena de lo que parece un montón de bártulos. Cualquier cosa, menos ropa.

—¿Salisteis de Torik? —pregunta Kristoffer. Se dirige a la mujer, Ingrid, pero ella no lo escucha. Solo está sentada allí, temblando, mirando sus pies. Así que repite la pregunta a Hans.

—Sí —responde el hombre—. Salimos de la ciudad hace una hora. No teníamos opción. Mi suegra, ella… —Mira hacia su esposa y luego baja la voz—. Ya estaba enferma. Fue su marido, mi suegro, él la mordió. Lo encerré en el dormitorio. —Los ojos del tipo se vuelven distantes por un momento, como si estuviera reviviendo recuerdos desagradables—. Tomamos lo que pudimos meter en esta bolsa, y nos fuimos. Pero Kari, ella… —Echa una mirada hacia la mujer muerta—. Empeoró rápidamente. Cuando entró en coma, supe que no había más opción. Así que paré, y la llevé fuera. Pero entonces el maldito coche… tiene un problema con el motor… Iba a llevarlo al taller mañana a primera hora, pero olvidé completamente lo del motor, lo apagué, y ya no volvió a arrancar. ¡Soy un idiota! —Escupe esa última palabra con tal veneno verbal que Kristoffer parpadea. Empieza a hacerse una idea de que este tipo tiene una autoestima muy baja,

probablemente criado por padres severos.

—Tranquilo —dice Kristoffer, echando un vistazo hacia Ragnar. Para su sorpresa, sigue allí, esperando al borde de la carretera—. Entonces, ¿sabes cómo arrancar el coche?

—No —responde el tipo, negando con la cabeza—. ¿Dónde estará esa maldita cosa? Cariño, ¿pusiste la bolsa roja con cremallera en la maleta?

—Sí, claro que lo hice —contesta la mujer—. Estará ahí. La bolsa roja.

—No la encuentro —dice el hombre, volcando la bolsa y tirando todo el contenido en el maletero. Lo extiende—. No, no está aquí. ¿Estás segura de que la trajiste?

La mujer emite un gemido. —Oh, Dios mío… no, yo… la dejé en la encimera… ahora lo recuerdo… Oh, Dios mío…

—Mierda —murmura el hombre, mirando a Kristoffer—. ¿No tendrás insulina, verdad?

—¿Qué, como la que se usa para la diabetes?

—Exactamente.

—No, lo siento.

El tipo pasa las manos por su cabello y mira alrededor. —¿Hay algún pueblo por aquí? ¿Una farmacia?

—Hay una aldea llamada Bodum, pero no hay farmacia. Las más cercanas están en Torik.

—¡Maldita sea! ¿Por qué no revisé dos veces? —Hans vuelve a sonar como si quisiera fustigarse a sí mismo.

Ingrid ha empezado a llorar.

—Bueno, ¿tenéis algo de comer? —pregunta Hans, mirando a Kristoffer—. Su nivel de azúcar está bajo. Necesita algo de comer.

—Algo dulce —añade la mujer entre sollozos.

—Yo… bueno… —Kristoffer duda. No está del todo seguro de qué decir en este momento. Está bastante seguro de que Ragnar lleva algo de comida, pero no está tan seguro de que quiera regalar nada a Ingrid, incluso si sus niveles de azúcar están bajos.

—Mira, es realmente importante —dice Hans, acercándose un paso más. Parece que va a agarrar a Kristoffer por la camisa, pero se contiene cuando este retrocede. Kristoffer tomó nota mental cuando el hombre le dijo que no solo condujo durante una hora con una persona infectada en el coche, sino que también había estado en contacto cercano con su suegro zombi en su casa. Así que, hasta que no esté seguro de que ni Hans ni Ingrid se han contagiado, no va a tocarlos.

Hans parece captar la indirecta, y levanta las manos, mostrando sus gruesos dedos. —Está bien, no estamos enfermos. No… de esa manera, al menos. Lo prometo. Solo necesitamos algo para la diabetes de mi mujer, y estaremos bien. ¿Tienes algo que pueda comer? Por favor. Podría ponerse muy enferma si no consigue nada.

Kristoffer lo piensa un momento. Luego asiente.

—Vale… deja que vaya a preguntarle a mi compañero que está allí atrás.

—¡Gracias! —exclama Hans, juntando las manos—. ¡Gracias, eres nuestro héroe!

—No prometo nada —le dice Kristoffer—. No sé si él… déjame ir a preguntarle, ¿de acuerdo? Vosotros quedaos aquí.

19

—Ahí.

Linus señala una casa de ladrillo rojo que aparece a la derecha.

—¿Aparco aquí fuera? —pregunta Aksel, mirando los espejos. Es un barrio residencial normal. Ninguna de las casas tiene las luces encendidas.

—No, tío, llamaría demasiado la atención —dice Linus, sacando las llaves. Pulsa un botón y la puerta del garaje comienza a subir—. Mete el coche ahí. Cabe sin problema, no te preocupes.

El garaje es un poco más alto de lo habitual y, al entrar, Aksel se da cuenta de que es básicamente un pequeño taller mecánico. Estanterías llenas de herramientas, un gato hidráulico e incluso un foso, que ahora mismo está cubierto por una placa de metal.

—Mi viejo y yo solíamos arreglar coches aquí —le dice Linus, desabrochándose el cinturón—. Joder, me muero por conseguir analgésicos. Este maldito dedo me está matando.

Aksel también sale del coche y sus rodillas casi ceden bajo él. Su cuerpo está agotado, siente la cabeza como si estuviera llena de niebla.

Un movimiento en la esquina hace que Aksel se quede inmóvil. Un gato grande y naranja cruza el suelo sigilosamente.

—Eh, Garfield —murmura Linus, cojeando hacia una puerta que conduce a la casa—. No lo acaricies, o no te dejará en paz.

El gato maúlla de manera encantadora y se frota contra la pierna de Aksel. Este le rasca brevemente detrás de la oreja y luego sigue a Linus. Entran en un cuarto de limpieza impecable. La secadora está funcionando.

—Mi madre insiste en poner todos los electrodomésticos en marcha a medianoche —bufa Linus por encima del hombro—. Ya sabes, porque la electricidad es más barata a esta hora. Vieja tacaña. Vamos. —Lleva a Aksel a una cocina moderna y reluciente. El lavavajillas está en marcha. Un delicioso olor a pasta o lasaña le recuerda a Aksel que no ha comido en todo el día.

—Joder, estoy muerto de hambre —dice Linus, probablemente también oliendo la comida. Enciende la luz y abre la nevera—. ¡Bingo! Mira esto… —Saca una fuente enorme cubierta con papel de aluminio. Solo se ha comido un cuarto de la lasaña—. ¿Qué te parece si la calentamos?

—La verdad, me la comería hasta fría —murmura Aksel, tragando saliva mientras literalmente se le hace agua la boca. El gato, que los ha seguido, maúlla como diciendo: «Yo también».

—Adelante, hombre —ríe Linus, pasándole la fuente—. Te lo mereces más que yo. Yo me voy a dar una ducha primero.

Aksel no es de los que discuten. Encuentra un tenedor en uno de los cajones, se sienta en la encimera y empieza a devorar la comida. Es, sin duda, lo mejor que ha probado en su vida.

—¿Tu madre ha hecho esto? —pregunta—. Es una cocinera de primera.

—Lo sé. Puedes agradecérselo cuando se despierte. —Antes de irse, Linus coge una lata de cerveza de la nevera, la abre y se bebe la mayor parte de un trago. Eructa y le lanza una a Aksel—. Vale, vuelvo en un rato. Guárdame un poco, ¿eh?

—No prometo nada —gruñe Aksel con la boca llena.

Linus sonríe de nuevo, le da una palmada en el hombro y cojea fuera de la cocina. Aksel se queda solo con los sonidos de su propia masticación y los sorbos húmedos del lavavajillas. Las ventanas dan al jardín delantero, que está sin nieve pero congelado. El amanecer está a punto de llegar. Garfield ha saltado al alféizar y lo mira con hambre, su cola gruesa se balancea como un péndulo.

—Lo siento, yo no comparto —murmura Aksel.

En la pared cuelga un collage de fotos familiares. En una de ellas aparece Linus como un adolescente con granos, aparatos y todo. Aksel no puede evitar soltar una risita.

Entonces, de repente, es abrumado por una tristeza profunda. Su mano, que iba de camino a su boca, deja caer el tenedor, y Aksel apenas logra taparse la boca antes de empezar a sollozar

violentamente. Sus hombros tiemblan, sus pulmones jadean y las lágrimas brotan de sus ojos, goteando sobre la lasaña. Nunca había llorado así antes, ni siquiera de niño. Pero no puede evitarlo. Simplemente deja que su cuerpo haga lo que tenga que hacer. No hay pensamientos. Ni siquiera imágenes. Parece ser puro dolor derramándose de él.

Finalmente, después de lo que le parece media hora, los sollozos se apaciguan. Es capaz de coger una servilleta de papel y limpiarse la cara. Se suena la nariz, suspira profundamente y se queda sentado con los ojos cerrados por un momento. Se siente mejor. Todavía cansado, pero mejor.

Cuando vuelve a abrir los ojos, se sobresalta al notar una figura en el rabillo del ojo.

—¡Madre mía!

Es una chica, delgada, con ojos enormes y pelo rizado, vestida con una camiseta demasiado grande. Aksel no la oyó entrar en la cocina. Por lo que sabe, podría haber estado allí varios minutos. Tiene un teléfono móvil en la mano.

—Hostias —resopla—. Me has dado un susto de muerte.

—Lo siento —dice ella. Su voz es un poco nasal, lo que revela que es incluso más joven de lo que parece—. ¿Quién eres?

—Soy… me llamo Aksel —dice—. Vine aquí con… supongo que tu padre. Bueno, padrastro. Soy amigo suyo. —Aksel hace memoria, intentando recordar el nombre de la chica. No está seguro de que Linus se lo haya dicho—. Lo siento, olvidé tu nombre…

La chica simplemente lo mira.

—¿Cómo te llamas? —insiste Aksel.

—Rosalind Augusta Varland —dice—. La mayoría me llama Rosa.

—Hola, Rosa —dice Aksel—. La mayoría me llama Axe.

—Encantada de conocerte, Axe —responde la chica, sin sonreír. Le parece extrañamente carente de emociones. Incluso autista. Linus no mencionó nada sobre que ella tuviera alguna condición, así que quizá simplemente sea rara.

—Encantado de conocerte también, Rosa —dice él—. ¿No deberías estar durmiendo?

Ella niega con la cabeza, haciendo que sus rizos se balanceen.

—Nunca puedo volver a dormir una vez que me despierto. Me levanté porque oí la ducha. Pensé que Linus había vuelto y quería saludar.

—Pues has acertado —dice Aksel—. Seguro que saldrá en un minuto.

Rosa finalmente se mueve. Se acerca a la encimera y se sienta en la silla al lado de Aksel. Deja el móvil sobre la mesa y cruza los dedos delgados sobre él, como una reportera de noticias.

—¿Tú también estabas allí? ¿En el hospital de Torik?

—Sí.

—¿Te mantuvieron confinado también?

—Sí.

—Me alegra que tú y Linus hayáis podido volver a casa.

—Sí, a mí también —Aksel evita sus ojos solemnes, temeroso de que le haga una pregunta que lo obligue a mentir.

Pero no insiste. En lugar de eso, pregunta directamente:

—¿Murió alguien a quien querías allí?

Aksel siente un nudo en la garganta y lo disimula tosiendo.

—Sí. Perdí a mi hermano. —Las palabras salen sorprendentemente fáciles esta vez. Aún no suenan del todo correctas en sus propios oídos, pero probablemente sea algo a lo que deberá acostumbrarse.

—Lo siento por tu pérdida —le dice Rosa—. ¿Por eso estabas llorando antes?

Aksel no puede evitar soltar una risa irónica. La situación es demasiado surrealista. La forma en que le hace preguntas. Es como si conociera las palabras correctas, pero no tuviera suficiente habilidades sociales para saber lo que es apropiado.

—Lo siento —dice ella, mostrando por primera vez algo de emoción en su rostro, como si se sintiera culpable—. No debería haberte preguntado eso.

—No, no hay problema —le asegura Aksel—. Y sí, creo que por eso estaba llorando. También porque estoy muy, muy cansado.

—¿No has dormido nada esta noche?

—No.

Ella frunce el ceño.

—¿No te ofrecieron un sitio para dormir?

—No, no lo hicieron. Ni comida tampoco.

Rosa mira la lasaña a medio comer, y luego a Aksel.

—Mi abuela hace una lasaña excelente, ¿verdad?

—La mejor que he probado —dice Aksel, dándose cuenta de que está sonriendo. Hablar con la chica, a pesar de sus maneras tan directas, es extrañamente reconfortante. Es como una representante perfecta del mundo en el que solía vivir hasta hace apenas un día. Despreocupada, relajada, ajena.

—Si quieres dormir ahora, puedes usar mi cama —ofrece ella—. Ya te dije que no volveré a dormir.

—Gracias, pero no estoy seguro...

—¡Hey, Rosita! —Linus entra por la puerta, con los brazos abiertos. Lleva una camiseta limpia, calzoncillos, y ha cambiado el vendaje de su pie—. Perdona, ¿te desperté?

—No, fue el sonido del agua lo que me despertó —responde Rosa con total naturalidad, luego se levanta para recibir el abrazo de Linus. Ella lo devuelve, sonriendo, pero no parece demasiado apasionada.

—Sí, eso quería decir —gruñe Linus, revolviéndole los rizos—. Deberías volver a dormir.

—No puedo —dice ella—. Una vez que me despierto, nunca...

—Sí, sí, ya lo sé —ríe él—. Bueno, ya sabes dónde está la tele. Y recuerda, nada de noticias. Las normas de mamá, ¿vale?

—Lo recuerdo —dice Rosa tranquilamente. Luego se gira hacia Aksel y le pone una mano en el brazo. Sus uñas están pintadas de azul, aunque el esmalte está a medio raspar—. Siento que tu hermano no lo lograra. Pero me alegra que tú sí.

—Gracias —murmura Aksel, sintiendo nuevas lágrimas formarse en

sus ojos ante la repentina muestra de empatía de la extraña chica.

Ella coge su móvil, se da la vuelta y camina hacia el salón.

Linus cierra la puerta tras ella, poniendo los ojos en blanco.

—Es rara, lo sé. Pero, ¿a que es un encanto?

—Lo es —coincide Aksel en ambos aspectos.

—No haría daño ni a una mosca. Muy considerada. También es lista. Supongo que su cerebro simplemente está cableado de forma un poco diferente. Bueno... —Se frota las manos—. Mi turno para empapuzarme. ¿Te apetece una ducha?

—La verdad, creo que me voy a ir directo a la cama —dice Aksel. Solo levantarse de la silla es un desafío, y se apoya en la encimera—. Si te parece bien.

—Claro, tío. Siéntete como en casa. ¿Quieres dormir en el sofá? No, espera, Rosa está en el salón. Puedo sacar el colchón inflable. No tardaré nada en inflarlo.

Aksel no tiene ganas de esperar ni un segundo más.

—¿Puedo dormir en la cama de Rosa?

Linus frunce el ceño.

—Claro, si no te importa la ropa de cama rosa y los pósteres de Justin Bieber. Está al final del pasillo, la segunda puerta a la izquierda.

20

Ella se siente aliviada de que los escalones no crujan mientras baja sigilosamente.

Las luces están apagadas, pero puede oír algo proveniente del salón. Un hombre hablando. Al principio, Ella cree que es Gunnar. Pero al escuchar con más atención, se da cuenta de que también se oyen risas, y comprende que es la televisión.

Hay un par de puertas correderas de cristal que dan al salón, y están ligeramente abiertas. Desde allí, Ella puede ver la pantalla plana, donde un cómico camina por el escenario. El sofá está orientado hacia la televisión, y el uniforme de Gunnar está plegado sobre el respaldo. A pesar de ello, no puede distinguir si él está tumbado en él o no.

Se queda allí un momento, escuchando, tratando de filtrar la voz del cómico y las risas del público. Espera oír algún sonido de Gunnar. Quizá una risotada o un ronquido. Pero no escucha nada.

Ella duda, lo piensa. Necesita ir al baño. Al menos, su vejiga se lo dice, aunque ya fue antes de acostarse.

Si entra en el salón, corre el riesgo de quedarse acorralada, ya que no hay otras salidas. Y cuanto más espera, más le da la sensación de que Gunnar ya no está allí.

Excepto por el olor.

Al olfatear, percibe el olor salado y agrio que recuerda del baño. Desliza una de las puertas de cristal lentamente, y el hedor se vuelve más penetrante.

«Definitivamente está aquí».

Ella se desliza por el suelo de madera, acercándose al sofá. Rodea un lado, deteniéndose y agachándose para poder ver a Gunnar.

Él está sentado, con los brazos extendidos a los lados, la cabeza inclinada hacia atrás, la boca abierta mirando al techo. Hay dos latas de cerveza vacías y un cubo de helado con una cuchara en la mesa. También hay un termómetro.

Ella observa la nuez de Adán de su tío. No puede notar si está moviéndose. Si Gunnar está respirando. Su piel parece terriblemente

pálida, pero podría ser la luz de la televisión lo que la hace parecer así.

Su corazón late con fuerza en su pecho. Las preguntas estallan en su mente como fuegos artificiales. «¿Está ya muerto? ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Cuánto tarda en despertarse? ¿Qué hago? ¿Qué hago? Necesito saberlo con certeza; tengo que comprobar su pulso. No, no lo toques. Solo vete de aquí. Corre y no mires atrás».

Los instintos primitivos luchan contra la parte más civilizada de su cerebro, la que representa la razón y la lógica. La parte que siempre suena como su madre.

«Tranquila. Entrar en pánico no va a ayudar. Solo comprueba su pulso. Hazlo desde detrás del sofá. Si se mueve un centímetro, sales corriendo.»

Ella se coloca detrás del sofá, acercándose lo suficiente para poder estirar la mano y colocar dos dedos en el punto blando bajo la oreja de Gunnar. Nota cómo su piel está fría y caliente a la vez. También está pegajosa.

Definitivamente tiene fiebre.

Sin embargo, no puede sentir su pulso. Pero ya sabía que sería difícil. Los latidos de alguien dormido pueden ser muy débiles. Además, su propio corazón late con tanta fuerza que hace que le vibren los dedos.

La cuchara. Le permitirá comprobar si está respirando.

Ella se desliza hacia la parte delantera del sofá. Toma la cuchara del cubo vacío, inclinándose hacia delante, la coloca cerca de las fosas nasales de Gunnar. La mantiene allí un momento, esforzándose por no temblar. Es muy consciente de que sus dedos están a pocos centímetros de su boca. Observa atentamente los ojos de Gunnar. Si los párpados se mueven en lo más mínimo, está lista para saltar hacia atrás.

Pero no lo hacen.

Retira la cuchara y la mira. Está empañada.

Ella siente cómo se le hunde el estómago. No está muerto. Al menos,

no todavía.

Cuando baja la cuchara y vuelve a mirar a Gunnar, él la está mirando fijamente.

Antes de que pueda reaccionar, él se lanza hacia delante y le agarra la muñeca.

Ella grita, pero el sonido es sofocado cuando Gunnar le cubre la boca con la mano.

21

Ragnar está sentado sobre la mochila de Kristoffer, con las manos metidas en los bolsillos. No se mueve en absoluto, sus ojos siguen a Kristoffer a medida que se acerca.

—Están bien —le dice Kristoffer, deteniéndose—. Me ocupé de la anciana.

—Lo vi —responde Ragnar simplemente.

—Necesitan algo de comer. Para la mujer del coche. Es diabética y no trajeron su medi...

—Lo sé —dice Ragnar, con un tono muy calmado—. Lo oí.

Kristoffer frunce el ceño y mira de nuevo hacia el coche. El oído de Ragnar debe ser excelente, especialmente para un hombre de su edad. Pero entonces ve a Hans agachado junto a la puerta del coche abierta y dice en voz baja:

—Tranquila, estoy seguro de que tienen algo para que comas.

Las palabras son arrastradas por la suave y helada brisa nocturna, haciendo que parezca que Hans está a solo unos seis metros de distancia. Así que, obviamente, Ragnar es capaz de escuchar cada palabra. Kristoffer supone que no sucede lo mismo en sentido contrario, pero aun así baja la voz al preguntar:

—¿Trajiste comida?

—Traje.

—Vale, entonces… ¿puedes compartir algo?

—Puedo —dice Ragnar. No se levanta—. ¿Y luego qué?

—¿Cómo que luego qué?

—Después de que les demos algo de nuestra comida, ¿qué hacemos?

Kristoffer se encoge de hombros.

—Supongo que seguimos adelante.

—¿Solo tú y yo? ¿Y ellos? Su coche no arranca. ¿A dónde querrías que fueran a arreglarlo?

Kristoffer vuelve a mirar la carretera, mordiéndose el labio. Se había planteado brevemente lo difícil que era la situación para la pareja. Sin un coche en funcionamiento, lo tienes complicado aquí afuera, incluso

en condiciones normales. Es prácticamente imposible conseguir señal en el móvil, lo que significa que probablemente tendrías que caminar para pedir ayuda. Y ahora, con la oscuridad, las temperaturas bajo cero, los muertos vivientes vagando por el bosque, además de que no trajeron ropa de abrigo ni armas... incluso si lograran llegar a Bodum, el pueblo podría ser básicamente un pueblo fantasma a estas alturas.

—Entiendo tu punto —murmura Kristoffer—. No tienen precisamente buenas perspectivas.

Ragnar chasquea los labios.

—¿Qué crees que deberíamos hacer, Kris?

Kristoffer frunce el ceño. No puede creer que Ragnar de repente esté interesado en su opinión.

—Creo que deberíamos darles algo de comer —dice, hablando despacio.

—De acuerdo —dice Ragnar, asintiendo. Se levanta, desabrocha la mochila y saca dos barritas de granola—. Toma. Esto le hará maravillas a su nivel de azúcar.

Cuando Kristoffer extiende la mano, Ragnar la retira de nuevo.

—Pero... si les damos comida, creo que deberíamos llevarlos con nosotros.

—¿Qué? —Kristoffer olvida por completo bajar la voz—. ¿Estás hablando en serio?

—Sí —dice Ragnar con seriedad—. ¿Por qué vamos a sacrificar comida por ellos solo para luego dejarlos morir?

—Bueno, sí, pero… —Kristoffer mira hacia atrás—. Es solo que… no puedo creer que tú… quiero decir…

—¿Que no puedes creer qué?

—Que quieras que vengan con nosotros —dice Kristoffer directamente, levantando los brazos.

—¿Por qué no?

Se ríe con escepticismo.

—Bueno, no son exactamente supervivientes. Quiero decir, son…

—¿Gordos? —adivina Ragnar, sin mostrar ninguna emoción.

Kristoffer se encoge de hombros.

—Iba a decir gente de ciudad, pero sí, también eso. Simplemente no los veo completando la caminata. Dijiste que tu casa está a veinte minutos. Eso es, ¿qué, dos kilómetros y medio?

—La gente es capaz de más de lo que crees cuando su vida depende de ello —comenta Ragnar.

Kristoffer lo observa. El viejo tiene un cierto brillo en los ojos, y Kristoffer no puede evitar sentir que está jugando a algún tipo de juego.

—¿Por qué has cambiado de opinión de repente? Cuando quise acercarme y ayudarlos, amenazaste con dejarme atrás. ¿Y ahora quieres llevarlos contigo?

Ragnar se encoge de hombros.

—Pensé en lo que dijiste y tuve un cambio de corazón. Creo que nos vendría bien tener más manos. Mi casa está lista para ser habitada. Hay un buen suministro de leña. Pero requerirá algo de trabajo para sobrevivir el resto del invierno sin morir de hambre. Me pareció que cuatro personas tienen más posibilidades que dos.

Kristoffer se esfuerza mucho en intentar averiguar si Ragnar está siendo sincero o no. No le conoce lo suficiente como para detectar señales de engaño. Pero, ¿por qué mentiría? Hasta ahora, ha sido brutalmente honesto, y no hay razón para que no lo sea ahora.

—Vale —dice Kristoffer—. Entiendo tu razonamiento. Y estoy de acuerdo. Creo que deberíamos ofrecerles que vengan con nosotros.

—No es una oferta —dice Ragnar con calma—. Si quieren la comida, tendrán que venir. No voy a malgastar calorías valiosas de esa manera. Si simplemente les damos las barritas y los dejamos aquí, sería como arrojarlas al río.

Kristoffer asiente.

—Supongo que entiendo tu punto. Estoy seguro de que cuando les explique la situación, estarán encantados de venir. Pero, ¿qué pasa con…? —Dirige otra mirada al coche—. Escuchaste lo que me dijo. ¿No te preocupa el tiempo que pasaron en el coche con una persona

infectada?

Finalmente, el rostro de Ragnar delata una emoción genuina.

—Me preocupa. Lo he pensado. No tengo ni idea de cuánto tiempo tarda en manifestarse la infección, y no confío en lo que dijeron en las noticias. Así que simplemente tendremos que vigilarlos. Esto es lo que creo que deberíamos hacer. Les envolvemos las manos y que caminen delante de nosotros todo el camino, donde podamos verlos. Si caen y no pueden levantarse, es una pena. No los ayudaremos. Ni siquiera los tocaremos.

Kristoffer resopla. Al quedarse quieto, con la adrenalina habiéndose disipado, está empezando a sentir frío.

—¿Y si comienzan a mostrar síntomas?

Ragnar se encoge de hombros una vez más.

—Entonces haremos lo más misericordioso. —Lleva la mano por encima del hombro y toca el cañón de su escopeta.

Kristoffer traga saliva.

—Vale, voy a decírselo.

22

—Lo siento, Axe. Simplemente no pude soportarlo.

Aksel se da la vuelta al oír la voz de Jakob. No está seguro de dónde está. Algo le cubre los ojos, impidiéndole ver.

—Fue por Frida, ya sabes —continúa Jakob. Suena como si estuviera a punto de llorar—. Ella fue la gota que colmó el vaso. Simplemente… cuando la vi morir, fue demasiado para mí…

Aksel lucha por liberarse de lo que sea que le cubre la cara. Parece tela, y tira de ella frenéticamente, pero no importa cuánto lo intente, no parece encontrar el borde. Es como si no terminara nunca.

—Sé cuánto te gustaba. Y murió. Por mi culpa.

—Cállate —dice Aksel, su voz amortiguada por la tela—. Nada de esto fue tu culpa.

—Sí que lo fue. No habría ocurrido si no fuera por mí.

—No sabes eso. Joder, ¿puedes ayudarme? No puedo quitarme esto…

Deja de luchar. Siente una mano tantear sobre la tela, luego Jakob tira de la sábana y la retira.

—Gracias —suspira Aksel, sentándose.

Se encuentra de nuevo en la morgue. Está sobre la camilla de acero que se usa para transportar los cadáveres desde la sala de autopsias hasta los congeladores. Está desnudo, y alrededor de su dedo gordo del pie hay una etiqueta de papel con su nombre y la causa de la muerte. Escrito con la inconfundible y fea caligrafía de Dahl, dice: «Fallo en el paracaídas».

—No —dice Aksel, sacudiendo la cabeza—. No morí. No morí en el salto.

Gira la cabeza y ve a Dahl, que está de pie junto a otros doctores. Están observándolo en silencio, con las manos cruzadas a la espalda, todos ellos vestidos con equipo protector.

—Dahl, idiota, no estoy muerto —dice Aksel, sintiendo cómo el miedo se convierte en ira—. ¿Ya ibas a hacerme la autopsia, verdad?

Su antiguo jefe se encoge de hombros en un gesto de vergüenza y

disculpa.

—Ya la hizo —le dice la voz de Jakob.

Aksel vuelve a mirar, y esta vez ve que su torso está abierto desde el pecho hasta el hueso púbico. Básicamente está vacío, con todos sus órganos dispuestos sobre la mesa de acero junto a él.

—Joder —murmura Aksel—. Los necesitaba.

—Lo siento —dice Jakob—. Traté de detenerlo, pero no me escuchó.

En ese momento Aksel se fija bien en su hermano pequeño. Es exactamente como lo recuerda. Incluso tiene diez dedos de nuevo.

—Pequeño idiota —dice Aksel, sintiendo cómo la garganta se le contrae—. Te echaré mucho de menos, ¿sabes?

Jakob sonríe tristemente.

—Sí, lo sé. Yo también. —Mira a su alrededor, en la morgue, y luego dice—: Ya sabes, esto es una de las cosas que teníamos en común. Estos sueños extraños. Los tenía todo el tiempo. Advertencias. Mi subconsciente tratando de decirme cosas que no había notado. Pequeñas señales de que algo estaba mal. Cosas que era demasiado tonto para entender cuando estaba despierto.

—Sé a lo que te refieres —dice Aksel—. Yo también los he tenido toda mi vida.

—Entonces, ¿sabes lo que te está tratando de decir este?

Aksel lo piensa.

—No. No tengo ni idea.

—Creo que es importante —insiste Jakob—. Intenta recordar. ¿Dónde estás?

Aksel se estruja el cerebro.

—Estoy… en un lugar donde nunca había estado. Es la casa de la madre de Linus.

—Correcto. ¿Y estás a salvo?

—Sí —dice Aksel—. No. No estoy seguro.

—¿Te sientes a salvo?

Aksel sacude la cabeza.

—No. Creo que algo va mal.

—¿Qué podría ser?

—Algo relacionado con la infección. Pero… Torik está a kilómetros de distancia. Solo han pasado unas horas desde que me quedé dormido. Los zombis no podrían haber llegado hasta aquí tan rápido.

Jakob levanta las cejas.

—No, a menos que los hayas traído contigo.

Aksel frunce el ceño, sintiendo un escalofrío recorrerle la espalda.

—¿Estás diciendo que…?

—Alguno de vosotros podría estar infectado —susurra Jakob, girando la cabeza.

Aksel sigue su mirada, y ve a Linus cruzar la puerta. Es extraño, al igual que Dahl y los demás, Linus no emite ningún sonido. Es como si lo hubieran silenciado. Cojea hacia la habitación, se detiene y le sonríe a Aksel. Aksel lo observa fijamente al pie.

—Mierda —susurra—. ¿Podría… podría haber mentido?

Jakob lo mira intensamente.

—¿Viste su dedo?

—No, no lo vi.

—Entonces ahí tienes tu respuesta.

—Oh, no —dice Aksel, bajándose de la camilla—. Necesito despertar. Necesito irme. ¿Cómo salgo de este sueño?

—Por aquí —dice Jakob, acercándose—. Déjame ayudarte.

Sin previo aviso, Jakob lo empuja con fuerza en el pecho. Aksel grita sorprendido mientras cae hacia atrás, sintiendo el vértigo de la caída libre antes de que…

23

Gunnar la sujeta con un agarre de hierro, tapándole la boca con su palma sudorosa, mirándola con los ojos inyectados en sangre.

—¿Qué demonios estás haciendo? —susurra.

Se nota el olor a cerveza y de algo más en su aliento. Algo agrio y febril. Una gota de saliva corre por su barbilla, pero no parece darse cuenta.

Ella intenta decir algo, pero no puede. Gunnar retira la mano, pero sigue sujetándola firmemente por la muñeca.

—Yo... sólo... quería ver cómo estabas —logra decir—. Asegurarme de que... estabas bien.

Gunnar parpadea un par de veces, el sudor le entra en los ojos.

—Pensé que había dejado claro que te ocuparas de tus asuntos, Ella.

—Si estás enfermo, eso es asunto mío —dice Ella, notando la rebeldía en su propia voz, así que rápidamente añade para suavizarla —: Nos concierne a todos. A Marit y Greta también.

—Bueno, no estoy enfermo —gruñe Gunnar, tirando de ella hacia él —. ¿Entendido?

Ella se echa hacia atrás tanto como puede. No quiere respirar su aliento ni que le caiga su saliva. Es muy consciente de la mano de Gunnar en su muñeca.

«Está bien», se dice con la voz más calmada. «Mientras no haya una herida en la piel, la infección no se transmite. Mantente tranquila. E intenta calmarle».

Ya no tiene ninguna duda: Gunnar está definitivamente infectado. Y con lo rápido que ha aparecido, sólo puede ser el virus de Torik.

—Sólo me preocupaba por ti, tío —le dice Ella, inclinando ligeramente la cabeza. Nunca le llama "tío", pero en este momento quiere recordarle su relación—. Eso es todo.

—Ya, bueno —gruñe, parpadeando de nuevo. Ella puede ver que está luchando por mantener los ojos abiertos. Parece terriblemente cansado. De hecho, actúa como si no estuviera del todo presente—. Como te he dicho, estoy bien. Me he tomado la temperatura varias

veces. No tengo fiebre.

«Si te tomas la temperatura mientras comes helado, claro que no te va a registrar la fiebre», piensa Ella, pero simplemente dice:

—Eso es un alivio. Por cierto, ¿quieres que te traiga algo? ¿Otra cerveza fría, quizás?

Gunnar la mira por un segundo, claramente tratando de leer su expresión.

—No, estoy bien. Sólo necesito descansar.

—Claro. Entonces te dejo en paz —dice Ella, dándose cuenta inmediatamente de que ha intentado ir demasiado rápido, y cuando intenta darse la vuelta, Gunnar aprieta su agarre.

—El caso es —dice él, frotándose la sien, haciendo una mueca como si el gesto le doliera— que si te dejo ir, creo que vas a ir corriendo a despertar a mi esposa y a mi hija.

Ella hace todo lo posible por mantener una cara neutral.

—¿Por qué haría eso?

—Porque no crees que estoy bien.

—Claro que yo...

—Lo puedo ver en tu cara, Ella. Eres igual que tu madre. Desconfiada como ella sola. Nunca pude engañarla tampoco.

—No sé qué decir —dice Ella, hablando lentamente para ganar tiempo para pensar—. ¿Estás tratando de engañarme?

Él aprieta los dientes.

—Estoy tratando de hacer que entiendas que tengo esto bajo control.

Ella nota que ha aflojado un poco el agarre de nuevo. Y su mano está muy sudorosa. Probablemente pueda liberarse si lo hace rápido. El único problema es que teme que él la arañe si lo intenta. No leyó nada sobre si los infectados son contagiosos tan pronto como tienen fiebre, o si necesitan alcanzar la fase final primero, pero no quiere arriesgarse.

«Si consigo que afloje un poco más...»

—¿Qué tienes bajo control, tío? —pregunta inocentemente.

Él gruñe y cierra los ojos mientras algo que parece un fuerte temblor involuntario lo atraviesa. Parece doloroso.

«Espasmos», piensa Ella, lanzando una mirada alrededor, buscando algo al alcance. Algo que pueda usar. No hay nada excepto las latas de cerveza vacías. Entonces se da cuenta de que todavía tiene la cuchara en la mano libre. Discretamente la desliza por el borde de su pantalón.

«En cuanto tenga la oportunidad, se la clavaré en el ojo».

El pensamiento es horrible. Realmente no quiere hacerle daño a su tío. Pero podría ser su única salida para sobrevivir.

24

—Espera —dice Hans cuando Kristoffer deja de hablar—. Entonces, tu amigo sí que tiene comida, y quiere dárnosla, pero sólo si vamos con vosotros a vuestro lugar secreto o lo que sea.

Kristoffer asiente.

—Eso es, sí.

Hans mira a Ingrid, que lo está mirando de vuelta.

—¿Y después? ¿Nos escondemos para pasar el invierno?

—No lo sé —dice Kristoffer con sinceridad—. Tendremos que esperar y ver cómo se desarrolla la situación. Si controlan esto, entonces tal vez podamos...

—Ya te lo digo, no lo harán —lo interrumpe Hans, sacudiendo la cabeza con tanta fuerza que su papada tiembla.

—Deja de decir eso, Hans —suspira Ingrid—. No lo sabes con certeza.

—Bueno, lo siento, pero creo lo que me dijo mi hermano —mira a Kristoffer—. Trabaja en el CNI y me dijo...

—¿CNI?

—El Centro Nacional de Inteligencia. Está en tecnología. Nos ha llamado esta noche y me dijo que saliera de la ciudad. Por eso nos fuimos. La cosa está mal, y sólo va a empeorar. Están cerrando todo porque ya se está saliendo de control. También me dijo que están enviando...

Ingrid gime, balanceándose hacia adelante y hacia atrás.

—Ay, me duele...

—Escuchad —dice Kristoffer—. Creo que deberíais aceptar la oferta. Venid con nosotros. Como he dicho, vuestras posibilidades de morir congelados aquí son demasiado altas.

—Vale —dice Hans, asintiendo—. Vamos con vosotros.

—Genial —Kristoffer se da la vuelta y hace una señal a Ragnar. El anciano se acerca al coche, trayendo la mochila de Kristoffer.

—Hola —dice Hans cuando Ragnar está lo suficientemente cerca—. Soy Hans, y ella es Ingrid.

—Ragnar —responde simplemente, arrojándole unas barritas a Hans —. Disfruta.

Hans las atrapa torpemente.

—Gracias —murmura, entregando una a su esposa. Ella la agarra de inmediato y, sin siquiera intentar abrirla con los dedos, simplemente rasga el envoltorio con los dientes, luego da un gran mordisco.

—¿Tienes algo para beber? —pregunta Hans, mirando de Ragnar a Kristoffer—. Mantenerse hidratada es igual de importante para ella...

—Claro —dice Ragnar, sacando una botella de plástico de la mochila. La sacude, y Kristoffer se sorprende al escuchar que no está congelada—. No sabe bien. Le añadí sal y azúcar para que no se congelara.

Se la lanza a Hans, quien se la entrega a Ingrid. Ella quita el tapón torpemente y bebe un largo trago ansioso. Luego hace una mueca y deja escapar un eructo. Le pasa la botella de vuelta a Hans, y él se la ofrece a Ragnar, que no la acepta.

—Recuerda, sin contacto —dice Kristoffer—. Sólo hasta que estemos seguros de que no estáis infectados.

—Oh, claro —Hans mete la botella en su bolsillo.

—Será mejor que nos pongamos en marcha —dice Ragnar, sacando dos pares de manoplas gruesas—. Confío en que Kristoffer os haya explicado la única condición que tenemos para llevaros con nosotros.

Hans traga saliva y asiente.

—Lo hizo. Pero sólo quiero decir, no estamos infectados. Puedes confiar en nosotros, Ragnar. Ni siquiera tocamos...

—La confianza está bien, el control es mejor —responde Ragnar tajante, pasándole las manoplas a Hans—. Por favor, póntelas.

Hans obedece, entregándole el segundo par a su esposa, quien ya ha devorado ambas barritas de granola y se está lamiendo los dedos. Ella también se pone las manoplas.

—Extended las manos —les ordena Ragnar, sacando algo más de la mochila—. Y no os mováis.

Hans mira brevemente a Kristoffer. Kristoffer solo se encoge de

hombros. Luego Hans extiende los brazos, y Ragnar envuelve rápidamente bridas de plástico alrededor de sus muñecas, haciendo imposible que se quiten las manoplas. Luego hace lo mismo con Ingrid. Al mirar las manoplas, que están hechas de algún tipo de material sintético, Kristoffer se da cuenta de lo ingenioso que es este plan. Aunque alguno de ellos muriera de repente y los atacara, solo tendrían que preocuparse por la boca.

—De acuerdo —dice Ragnar—. Una última cosa, y lamento tener que hacer esto, pero...

Saca una bufanda y mira a Hans.

—Date la vuelta, por favor.

El hombre robusto frunce el ceño.

—¿Me vas a vendar los ojos? ¿Cómo voy a caminar si...?

—No, no lo haré. Date la vuelta.

Hans mira de nuevo a Kristoffer.

—No dijiste nada de esto.

—¿Qué haces? —pregunta Kristoffer, dirigiéndose a Ragnar.

—Otra precaución —responde Ragnar, sin apartar los ojos de Hans.

Kristoffer suspira y le dice a Hans:

—Por favor, deja que lo haga.

Hans no parece nada cómodo, pero se da la vuelta.

Ragnar envuelve la bufanda alrededor de la parte inferior de su rostro, luego la ata con firmeza. Cuando Hans se da la vuelta de nuevo, le recuerda a Kristoffer a un vaquero de una vieja película del oeste.

—Ahora tú, cariño —le dice Ragnar a Ingrid, sacando una segunda bufanda.

Ella mira la bufanda con disgusto, pero se gira lo mejor que puede mientras sigue sentada en la puerta abierta del coche. Ragnar le ata la bufanda sobre la boca.

—Listo —dice, retrocediendo un paso—. Estamos preparados.

—¿Puedes caminar? —le pregunta Kristoffer a Ingrid.

—Creo que sí —ella asiente, extendiendo un brazo.

Hans se apresura a ayudarla a levantarse. Ella se estabiliza por un momento. Ya parece estar mejor. Las barritas de granola claramente le han hecho bien.

«No creo que estén infectados», piensa Kristoffer, mirando a la pareja de arriba a abajo.

El policía había tenido fiebre en menos de veinte minutos. Si Hans o Ingrid estuvieran ocultando un rasguño, con el tiempo que ha pasado ya deberían estar sudando. Aun así, el frío intenso podría estar manteniendo la fiebre bajo control, así que es mejor prevenir que curar.

—Vamos —dice Ragnar, entregándole la mochila a Kristoffer. Señala hacia el valle—. Por allí. Vosotros iréis por delante, y yo os guiaré.

Hans e Ingrid intercambian una última mirada de duda, luego avanzan torpemente por la carretera.

Ragnar les deja una ventaja de unos pocos metros, luego los sigue entrando en la espesa maleza, haciendo un gesto para que Kristoffer lo siga.

25

…Cae sobre el suelo alfombrado.

—¿Eh? ¿Qué? —se queja, parpadea, mira a su alrededor.

Por un momento, su cerebro lucha por enterarse de dónde está. Estaba profundamente dormido cuando se dio la vuelta y cayó al suelo, y su mente no puede aceptar fácilmente que no está en la morgue, sino que se encuentra en la habitación de una chica. Una luz tenue entra a través de las cortinas.

Aksel se pone de pie, sintiéndose momentáneamente mareado. Su cuerpo sigue cansado, pero es capaz de notar que el sueño profundo le ha sentado bien. Empieza a ponerse la ropa. Su móvil está sobre una silla junto a la cama. Le pidió prestado el cargador a Rosa. No hay llamadas perdidas ni mensajes. No le sorprende. Las únicas dos personas a las que solía llamar o enviar mensajes están muertas.

El extraño sueño todavía se aferra a sus pensamientos, y tiene la clara sensación de que el mensaje es cierto, que está en peligro. Que Linus está infectado. Que su uña encarnada es en realidad de la mordedura de un zombi.

¿De verdad mintió?

Aksel necesita saberlo con certeza. Así que se dirige a la puerta, pero de repente se detiene para escuchar. La casa está en silencio, al menos hasta donde puede oír. ¿Significa eso que su intuición ha fallado? ¿O significa que ya ha ocurrido algo horrible? ¿Qué encontrará cuando salga de la habitación?

Aksel mira hacia atrás. Siente su corazón acelerarse mientras analiza las posibilidades que tiene. Podría simplemente huir. Saltar por la ventana y salir corriendo. Eso le daría una salida limpia.

También significaría abandonar a la chica, su madre y la madre de Linus. Pero, por otro lado, ya podrían estar todos muertos.

Lo que le ayuda a decidirse es un recuerdo que pasa fugazmente por su mente. La chica. Rosa. Poniendo su pequeña mano sobre su brazo, diciéndole que lamenta su pérdida.

«No puedo irme sin al menos asegurarme».

Si ya la han matado, entonces no hay nada que pueda hacer por ella. Pero si no, podría salvarle la vida.

Así que Aksel abre la puerta. Al salir al pasillo, mira en ambas direcciones.

La cocina y el salón están a su derecha. Puede oír lo que parece ser una radio o un televisor desde esa dirección.

A su izquierda están el baño y lo que asume que debe ser un dormitorio. Ambas puertas están cerradas.

Al olfatear, percibe el olor a café y huevos; a pesar de lo tenso que está su estómago, todavía reacciona al olor con un rugido audible.

Caminando hacia el dormitorio, se inclina y escucha, conteniendo la respiración.

Al principio, no oye nada, y está a punto de concluir que no hay nadie ahí. Luego distingue un suave ronquido.

«Al menos no es un zombi».

Aksel se desliza por el pasillo y entra en la cocina.

Junto al fregadero hay una mujer de mediana edad, bien vestida. Está frotando una sartén, mirando hacia la calle, aparentemente sumida en sus pensamientos. Esa visión calma un poco a Aksel. Apenas recuerda tener a su propia madre cerca, pero esta mujer le recuerda a ella, y es reconfortante verla haciendo algo completamente normal como limpiar una sartén.

—Disculpe —dice Aksel, carraspeando.

La mujer lo mira y esboza una breve sonrisa.

—Oh, buenos días. Debes ser Aksel. —Deja la sartén, se seca las manos con el paño de cocina y se acerca para estrecharle la mano—. Soy Helen. ¿Tienes hambre?

—Tengo hambre —admite Aksel—. Pero… yo… quería asegurarme de que… ¿todo está bien?

Helen levanta las cejas, y el gesto le recuerda a Linus. Parece que heredó los ojos de su madre, su ceño y su frente estrecha.

—¿Te refieres aquí? Claro. Si te refieres a lo que está pasando en Torik... bueno, compruébalo por ti mismo. —Hace un gesto hacia la

sala de estar. Puede oír a un reportero de noticias hablando.

Aksel se acerca para mirar a través de la abertura. La televisión muestra una pantalla dividida con una sala de noticias con dos presentadores, ambos con expresiones serias. En el otro lado, parece haber imágenes en directo de Torik, a juzgar por la luz gris del día. Un reportero con mascarilla está a una manzana del hospital, el contorno del edificio es visible al fondo. Aksel distingue un bloqueo en la carretera con policías y paramédicos alrededor. El recinto se encuentra al otro lado, por lo que no puede ver si aún está allí, pero está seguro que sí.

«Todavía estaríamos allí sentados, congelándonos hasta morir», piensa, y no puede evitar estremecerse.

—Entonces, Thomas, ¿es correcto que hasta ahora no tenemos ninguna indicación por parte de las autoridades de que se haya encontrado una cura? —pregunta uno de los presentadores.

—Es correcto, Bjarke —dice el reportero, con una voz amortiguada—. De hecho, hablando con testigos aquí en Torik, muchos parecen tener la opinión de que nunca habrá una cura. Creen que esta es una enfermedad muy extraña y peligrosa, y más de una vez incluso hemos escuchado el término "zombi" o "muerto viviente". Ahora, por supuesto, tenemos que confiar en lo que nos dicen los expertos médicos, pero viendo a los infectados después de que los síntomas se manifiestan, bueno… se entiende el miedo que se está extendiendo entre los habitantes. —Hace un gesto hacia algo detrás de él sin apartar los ojos de la cámara—. Hemos hablado con varias personas que planean abandonar la ciudad hasta que esto termine, y la policía está pensando en cerrar las carreteras exteriores, simplemente para detener una evacuación masiva que, según nos dijo el portavoz hace solo una hora, no está justificada en este momento.

—Gracias, Thomas, volveremos contigo en un momento. Mientras seguimos la situación en Torik de cerca, acabamos de enterarnos de que el número confirmado de infectados ha alcanzado los mil…

—Terrible —interviene la otra presentadora, sacudiendo la cabeza

—. Simplemente terrible.

—… y esto incluye no solo a los que están dentro del hospital o a las personas que están siendo mantenidas en atención fuera, sino también a todo el séptimo bloque, que se encuentra en el lado norte del hospital.

—Así es —dice la presentadora—. Como mencionamos antes, la infección logró propagarse fuera de la zona de confinamiento. Esto podría deberse a la brecha de seguridad que se produjo alrededor de las tres en punto, cuando, según se informa, alguien condujo un vehículo a través de la barrera de seguridad, dejándola abierta permitiendo que la gente se fuera sin recibir el control médico adecuado. La policía todavía está buscando al conductor… —Mira a su colega, sacudiendo la cabeza—. Lo que no entiendo es por qué alguien haría algo así, Michael.

—Sí, bueno, siempre hay gente que entra en pánico en situaciones como esta —dice el reportero, frunciendo el ceño—. Remarcamos en que si tú o alguien cercano a ti está directamente afectado por lo que está ocurriendo en Torik, por favor, ten la seguridad de que las autoridades están haciendo todo lo posible para resolver la situación. Mantén la calma y sigue las instrucciones de las fuerzas oficiales. No actúes precipitadamente ni de forma egoísta. Esta es una tragedia nacional, pero una que superaremos juntos…

—Que te jodan —dice Aksel. No tenía la intención de hablar en voz alta, pero no pudo evitarlo.

Una cabeza asoma desde el sofá, se gira y lo mira. Es una mujer un poco mayor que Aksel. Su pelo está decolorado, sus cejas afeitadas y reemplazadas por finas líneas de lápiz. Tiene un piercing en la nariz y lleva pintalabios marrón oscuro. Es muy guapa. Exactamente el tipo que Aksel esperaría que le gustara a Linus. Demasiado arreglada para el gusto de Aksel, no es que él esté en condiciones de ser exigente; debe de dar la impresión como si acabara de salir de un contenedor de basura.

—Oh —dice ella—. Pensé que era Linus. Hola.

—Hola —murmura Aksel—. Perdona, no estaba hablándote a ti…

—No, no pasa nada —dice ella, sonriendo—. Lo entiendo. Soy Belinda.

—Aksel.

Ella vuelve a mirar la pantalla.

—Es una locura lo que está pasando. Linus me contó anoche lo que pasasteis.

—Sí —dice Aksel, frotándose el brazo—. Fue una locura.

—Sentados allí, congelándoos durante horas —continúa Belinda, estremeciéndose ante la idea—. Me alegra tanto que finalmente os dejaran salir.

—¿Qué? Oh, sí, quiero decir... yo también me alegro.

Aparentemente, Linus le dio a Belinda una versión significativamente sutil de los hechos cuando habló con ella. El pensamiento de Linus hace que la tensión vuelva a aparecer.

—Oye, Linus, ¿está…?

—Sigue durmiendo.

—¿Está bien?

Ella lo mira.

—Claro. Quiero decir, estaba agotado.

—¿Y su dedo del pie?

Ella se encoge de hombros.

—Está bien, supongo. Dijo que le dolía muchísimo, pero se tomó unos analgésicos.

Aksel asiente pensativo. Luego recuerda a la niña.

—Oye, ¿dónde está Rosa?

—Estaba aquí... —Belinda hace una pausa al mirar hacia la mesa del comedor. Hay un portátil, un libro abierto y una Coca-Cola Light—. Vaya, estaba aquí hace un momento. Probablemente fue al baño. —Le echa un vistazo a Aksel—. ¿Estás bien? Pareces preocupado.

—Sólo estoy... un poco alterado, supongo —le dice Aksel, forzando una sonrisa. No quiere ponerla nerviosa. Pero sigue teniendo esa sensación en las entrañas. Una sensación de que ha pasado por alto

algo vital. Y necesita asegurarse de que no están en peligro—. Voy a lavarme —dice.

Belinda sonríe, mientras mira su teléfono.

—Claro. Oye, si ves a Rosa, dile que vuelva aquí y termine su tarea.

—Lo haré.

26

Gunnar la mira, entrecerrando los ojos.

—Está bien, escucha. Ambos sabemos lo que está pasando aquí. Pero no quiero que ellas lo descubran. Quiero que duerman toda la noche. Y cuando despierten, yo ya habré desaparecido. Será… —Su voz se quiebra—. Será duro para ellas, pero no hay otra opción. Pensé… pensé que lo había superado… —Sus ojos se vuelven distantes mientras sacude la cabeza lentamente—. De verdad lo pensaba. Pensé que era más fuerte.

Ella siente una punzada de compasión. Por un momento, su tío, con todo su músculo, barba y tatuajes, parece un niño grande y asustado.

—Está bien —le dice suavemente—. Llamaremos al 112, y te ayudarán.

Él gruñe.

—No harán una mierda. ¿No te has dado cuenta todavía? No se puede ayudar a nadie. No si ya está en tu sangre. —Le da otro ataque de temblor repentino, peor que el anterior. Su mano se desliza un poco, y la ajusta, sujetándola con más fuerza—. Ahora bien, esto es lo que va a pasar, Ella. Me vas a ayudar. Ya que decidiste meterte donde no te llaman, te has ofrecido a hacerme un último favor.

A Ella no le gusta nada cómo suena eso.

—¿Qué quieres que haga? —pregunta.

Él se relame los labios, y ella nota la espuma en las comisuras de su boca.

—Quiero que me lleves en coche fuera de la ciudad. Nos iremos en silencio. Llevaré mi arma reglamentaria y, cuando lleguemos al lugar que tengo en mente, me dejarás allí. Así de simple. Ni siquiera necesitas ver cómo lo hago; puedes volver, acostarte y fingir que no ha pasado nada. Solo será un viaje rápido.

Ella frunce el ceño.

—Tío, no creo que…

—Deja de llamarme tío.

—Está bien. No creo que sea un buen plan.

—¿Y por qué no lo crees?

—Porque no tienes buen aspecto.

Él sonríe, mostrando más espuma en sus dientes.

—Créeme, aguantaré veinte minutos más.

La idea de estar atrapada en un coche con Gunnar es suficiente para hacerle sentir claustrofobia.

—Por favor, no hagas esto —le pide con sinceridad—. Me estás poniendo en un gran peligro. Sin mencionar que, si tenemos un accidente...

—No seas tan dramática —dice él, metiendo la mano bajo su camiseta y sacando sus chapas militares. Se quita la cadena y, antes de que Ella se dé cuenta de lo que está haciendo, la envuelve alrededor de su muñeca. Luego la asegura alrededor de su propia muñeca—. Ahí tienes —dice, tirando un poco—. Ahora no tengo que preocuparme de que hagas nada raro. Vamos. —Intenta levantarse, pero parece que sus piernas son demasiado débiles. Gime y extiende su brazo libre—. Échame una mano, ¿quieres?

Ella ve todo suceder en un instante de revelación. Gunnar, con un brazo alrededor de su hombro. Ella, ayudándolo a subir al coche. Ambos entrando. Conduciendo por la ciudad. Su mano descansando sobre la palanca de cambios, atada a la de Gunnar. Él pierde el conocimiento. Ella se detiene, pero antes de poder liberarse, él despierta y se lanza sobre ella, mordiéndole la cara y el cuello, devorándola viva.

Y ve algo más. Otra posibilidad. Una salida.

—Vamos —dice Gunnar, agitándole la mano—. Ayúdame a levantarme.

Ella parpadea una vez, luego señala la mesa y dice:

—¿No quieres llevarte eso?

—¿Qué? —gruñe Gunnar, mirando la mesa.

En cuanto lo hace, la mano de Ella busca en su espalda la cuchara. La agarra por el mango, la levanta por encima de su cabeza y la clava con fuerza como si fuera un cuchillo.

27

—¿Cuánto queda? —pregunta Hans, mirando hacia atrás.

Su voz suena atenuada por la bufanda que lleva sobre la boca. Está sosteniendo a su esposa lo mejor que puede, mientras trata de mantener su propio equilibrio al caminar sobre el terreno helado. Casi han llegado al otro lado del valle.

—Solo unos pocos cientos de metros más —murmura Ragnar, apenas sin aliento.

—¿Construiste el lugar tú mismo? —pregunta Hans.

—Así es —responde Ragnar—. Junto con un amigo. Está muerto.

—Oh, lo siento.

Kristoffer está deseando sentarse. Tal vez Ragnar incluso encienda un fuego, para que puedan mantenerse calientes. Desde que quedó atrapado en la despensa, su sueño ha sido, en el mejor de los casos, interrumpido, y no espera que la cabaña tenga una cama muy cómoda, pero al menos no tendrá que intentar dormir escuchando los ruidos de un zombi rascando justo al otro lado de la puerta.

—¿Cuál era tu plan exactamente? —pregunta Kristoffer—. Si no te importa que lo pregunte.

Hans lanza otra mirada hacia atrás y se encoge de hombros.

—Bueno, cualquier plan que tuviéramos se fue al garete cuando Kari… —Mira brevemente a su esposa—. Ya sabes. Tenía una hermana que vive muy al norte, en un lugar lejano. No hablaba con ella desde hacía años, pero se mandaban cartas o algo así, y Kari insistió en que seguía viva. Ahí es donde íbamos, porque, ya sabes, pensamos que sería más seguro alejarnos de las ciudades grandes. Pero Kari nunca nos dio la dirección, así que…

—Cuidado con esos zarzales —interviene Ragnar.

—Ay —dice Ingrid, rasgando la pernera de su pantalón con las espinas—. Maldita sea...

—Déjame ayudarte —dice Hans, agachándose. Se las arregla torpemente con las ramas, tratando de quitarlas de la pierna de su esposa. No es fácil con las manoplas puestas.

Ingrid respira con dificultad. Gruñe y se ajusta la bufanda.

—No puedo con esto… ¿Cuándo podemos quitáronslas?

—En cuanto lleguemos —dice Ragnar.

—Ya casi estamos —dice Hans, levantándose—. ¿Por dónde?

Ragnar no responde de inmediato, y Kristoffer lo mira. Está mirando hacia el horizonte, al otro lado del valle. Kristoffer sigue su mirada y ve lo que parece un amanecer temprano. Excepto que la dirección es al norte.

—¿Es tu pueblo? —pregunta Hans, frunciendo el ceño—. Pensé que dijiste que...

—Eso no es un pueblo —murmura Ragnar—. No hay pueblos en kilómetros.

Kristoffer observa la luz reflejada en el cielo, y se da cuenta de que algo se mueve ligeramente. Como coches yendo de un lado a otro.

—Espera —dice Hans—. ¿Eso es… una antigua base aérea?

Ragnar lo mira con intensidad.

—¿Cómo lo sabes?

—Mi hermano me habló de ello. Las están reabriendo por todo el país. Muchas de ellas no se han utilizado desde la Segunda Guerra Mundial, pero ahora las necesitan. Para contener a los infectados. Ya hay miles, y no pueden mantenerlos en hospitales normales, así que…

Kristoffer siente un escalofrío recorrerle la espalda. Al agudizar el oído logra escuchar el zumbido lejano de motores. Sabía de la base aérea. Una o dos veces había pasado por allí. Está situada fuera de la carretera principal, oculta detrás de vallas cubiertas de maleza. Los edificios están intactos, aunque apenas son adecuados para otra cosa que no sea derribarlos. Eso, y albergar a los no muertos, aparentemente.

—Maldita sea —gruñe Ragnar—. De todos los lugares...

—¿Por qué es un problema? —pregunta Ingrid.

Ragnar le lanza una mirada agria.

—Porque se suponía que estaríamos aislados aquí. Ahora tenemos un albergue lleno de personas infectadas como vecinos.

—Seguro que los mantendrán a salvo —deduce Ingrid encogiendo los hombros.

Ragnar se burla.

—Sí, créetelo si quieres. Vamos, sigamos.

28

Al pasar por la cocina, Helen ha puesto un gran plato de huevos en la mesa, y Aksel vuelve a recordar lo hambriento que está.

—Por favor, siéntate —le ofrece.

—Gracias, lo haré —sonríe Aksel—. Solo necesito usar el baño.

Vuelve por el pasillo y se detiene en la puerta del baño. Al abrirla, encuentra la habitación vacía.

Se dirige al dormitorio. Al escuchar, ya no puede oír a Linus allí.

«Mierda. Esto no es bueno», piensa.

«Tranquilízate, hombre. Podría no ser nada. Solo estás siendo un paranoico».

Pero no puede deshacerse de esa sensación, y sabe que no debe tomarla a la ligera. Así que abre la puerta lo más silenciosamente posible. Conteniendo la respiración, ve una habitación tenue con una gran cama. Linus está allí, tendido de espaldas. Se ha quitado la manta, por lo que solo le cubre los pies. No lleva nada más que calzoncillos. Un enorme tatuaje recorre su pecho depilado. Su cuello está inclinado hacia atrás, su boca abierta, pero no parece estar respirando.

Aksel abre del todo la puerta antes de entrar, asegurándose de poder salir de allí en un instante si lo necesita. Con el pulso acelerado, se desliza por el suelo de parqué, esquivando un montón de ropa para llegar a la cama. Olfatea, pero no percibe olores de putrefacción o fiebre. Solo el habitual olor a cerrado de un dormitorio donde alguien está durmiendo.

«Todavía no ha cambiado».

Al levantar la manta, Aksel revela el pie herido de Linus. Sigue envuelto en gasas, y hay una gran mancha de sangre en la punta. Aksel se agacha, entrecerrando los ojos para observar más de cerca la piel en el tobillo y la espinilla de Linus. Con la poca luz que hay, no puede decir con certeza si tiene un tinte verdoso, pero está bastante seguro de que…

La pierna se sacude cuando Linus se incorpora de repente, soltando

un gemido ronco.

Aksel retrocede, pisa la ropa y casi se cae sentado. Está a un segundo de darse la vuelta y salir corriendo, cuando Linus dice:

—¿Qué demonios, tío?

Aksel lo mira fijamente.

Los ojos de Linus son normales, aunque un poco rojos e hinchados. Se frota la sien, gimiendo.

—Joder, me has dado un susto de muerte… ¿qué haces aquí?

—Yo… solo… —tartamudea Aksel, las palabras se le atragantan en la garganta, que está contraída por el shock—. Quería asegurarme… ¿Cómo está tu pie?

—Está bien. Fue un fastidio dormir con él, porque no podía darme la vuelta, pero… oye, ¿por qué me miras así? Parece que estás a punto de cagarte encima.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, tío, estoy bien. ¿Qué quieres decir?

—¿Tienes fiebre?

—No, ¿por qué demonios…? —Linus finalmente capta la idea—. Joder, vamos, tío. ¿De verdad crees que te mentiría sobre lo de mi puto dedo? —Resopla—. Bueno, te enseñaría los puntos, pero…

—Hazlo, por favor —dice Aksel con seriedad.

Linus hace su gesto característico de levantar las cejas.

—¿Hablas en serio? ¿No confías en mí?

«Sé que ya le mentiste a tu novia», piensa Aksel. «¿Por qué no me mentirías a mí también?»

En cambio, dice:

—¿Recuerdas al tipo del que te hablé? Aquel cuyo hijo estaba infectado, y mintió al respecto. Hizo que muriera mucha gente.

—Sí, pero yo no soy ese tipo —dice Linus, sonando molesto ahora —. Soy tu amigo, tío.

«Por favor. Apenas nos conocemos».

—Tal vez —dice Aksel—. Pero aun así me gustaría verlo con mis propios ojos.

Linus gruñe.

—Pareces un paranoico, ¿lo sabías?

—Que seas paranoico no significa que alguien no te esté siguiendo.

—¿Qué?

—Nada. ¿Podrías quitarte la venda, por favor?

—No, ¿sabes qué? —dice Linus, bajando los pies al suelo—. No lo voy a hacer. Ayer pasé un puto día horrible, y siento que tú también, pero si vas a quedarte con nosotros, tienes que aprender a confiar en mí.

Se quedan mirándose durante varios segundos.

El corazón de Aksel late tan fuerte que puede sentirlo en las costillas. De repente no solo está ansioso, sino también furioso. Quiere decirle a Linus que se vaya al infierno. Que Aksel le salvó el culo anoche. Que debería haberlo dejado pudrirse.

Y está a punto de hacerlo.

Cuando de repente oye una sirena.

29

El mango de la cuchara no es precisamente afilado. Pero es algo puntiagudo. Se clava una pulgada en el brazo de Gunnar, justo debajo del codo.

Gunnar ruge de dolor, saltando de pie. Ve la cuchara sobresaliendo de su brazo y su expresión se torna en furia.

—¡Maldita seas…!

Ella tira con fuerza hacia atrás, con la esperanza de romper la cadena, pero sorprendentemente es muy fuerte. Tira de ella, pero está demasiado ajustada como para deslizarla.

Gunnar se arranca la cuchara y la deja caer al suelo. La sangre comienza a brotar de la herida. Agarra a Ella por el cuello, ella trata de gritar, pero no puede expulsar aire. Araña su brazo, su pecho, su cara, y escucha a Gunnar gruñir de dolor y molestia.

—Vaya, eres peleona —gruñe él—. Igual que tu madre...

De repente, se oye un fuerte chasquido y Ella siente que el mundo cambia. Nota sus piernas cediendo, su visión titilando, y se da cuenta con sorpresa de que...: «Me ha golpeado».

Gunnar la agarra del brazo y la levanta, acercando su cara a la de ella.

—No más juegos, o te juro que te haré daño de verdad, Ella.

Luego la arrastra por la habitación, dirigiéndose hacia las puertas de cristal.

Ella tropieza. El lado izquierdo de su cara arde, su oído pita y sigue mareada.

«Detenlo», le dice la voz calmada. «No dejes que te lleve».

Al pasar por la mesa del comedor, Ella intenta alcanzar una fuente de cristal. Logra agarrarla, pero Gunnar lo percibe, se da la vuelta y la golpea, haciendo que se resbale de su mano. Se rompe al impactar contra la mesa.

—Te dije que te calmaras —gruñe—. Y eso tampoco lo necesitas...

Le arrebata el teléfono de la mano mientras Ella lo sacaba del bolsillo.

—¡No! —jadea ella, con la garganta aún dolorida por la estrangulación—. ¡Dámelo!

Él la lanza al otro lado de la habitación, luego la arrastra como si fuera un perro con correa. La cadena se clava dolorosamente en su muñeca y Ella no tiene más remedio que seguirlo.

Ahora está en modo de supervivencia total. Está completamente segura de que si continúa al lado de Gunnar, morirá, y no está dispuesta a ir con él voluntariamente. Como no hay más objetos al alcance, Ella simplemente le da una patada en la pierna. Al golpearle el tobillo, su pie se trastabilla con el otro y Gunnar cae hacia adelante con un grito de sorpresa.

No es una segada limpia. Si Gunnar estuviera bien, podría haber recuperado el equilibrio fácilmente. Pero sus habilidades motoras están claramente afectadas por el virus, y cae contra la puerta de cristal, arrastrando a Ella con él mientras levanta las manos, intentando amortiguar el golpe.

Ella logra gritar a medias al ver la pared acercándose.

Luego recibe otro golpe en la cabeza, y esta vez, se desmaya.

30

—Detente —dice Ragnar de repente.

Kristoffer estaba mirando hacia sus pies, concentrándose en el suelo. En ese momento levanta la vista para ver a Hans e Ingrid detenerse, esperando las indicaciones de Ragnar.

Sin embargo, Ragnar no da más indicaciones. Simplemente se quita la mochila y la deja en el suelo.

—Mira, aprecio hacer un descanso, pero preferiría seguir adelante —dice Hans—. Dijiste que casi habíamos llegado, ¿verdad?

—Ya hemos llegado —dice Ragnar, sin mirarlo. Desabrocha su mochila y comienza a hurgar en ella.

Los tres echan un vistazo a su alrededor. Kristoffer no ve la cabaña por ninguna parte, aunque el sol ya casi ha salido y los alrededores son más visibles con la luz de la mañana. Están de pie en una meseta natural que está en una ligera pendiente rocosa. Disponen de una vista amplia del valle y Kristoffer puede escuchar el agua de un arroyo que corre cerca. Hay también una roca grande cubierta de hiedra y un árbol viejo que proporciona una especie de techo. Sus ramas se extienden sobre la mayor parte de la meseta.

—¿Esto es todo? —dice Ingrid, con un tono agudo—. ¿Dónde está la cabaña?

—No hay cabaña —le dice Ragnar—. Nunca dije que la hubiera.

Hans mira a Kristoffer.

—¿No dijiste que...?

Kristoffer simplemente se encoge de hombros y mira a Ragnar, que está sacando cosas de su mochila.

—Escucha, Ragnar, no podemos dormir aquí afuera. Hace demasiado frío y estamos expuestos y...

—Vamos a encender un fuego —dice Ragnar, señalando—. Detrás de ese pequeño acantilado hay una pila de leña. Tráeme cuatro o cinco troncos.

Kristoffer duda, luego va hacia el acantilado. Justo le había indicado Ragnar, al otro lado hay una pila de leña bien ordenada. Coge un par

de troncos y los lleva de vuelta.

—Esto es una locura —dice Ingrid, bajando la bufanda para mostrar su boca. Está jadeando, tanto por el esfuerzo como por la ira—. ¿Caminamos hasta el medio de la nada solo para encender un fuego y dormir sobre rocas?

—Cállate —dice Ragnar, mirando a Hans—. ¿Sabes cómo encender un fuego?

Hans se encoge de hombros.

—Bueno, sé cómo funciona un mechero.

—Pero ¿puedes encender una hoguera de verdad?

—Nunca lo he hecho, en realidad...

—Bien, entonces ayuda a Kris a mover la puerta. Cuidado, es pesada.

—¿La puerta? ¿Qué puerta?

Hans mira a Kristoffer, y Kristoffer se siente igual de confundido. Luego sus ojos se posan en la hiedra, y de repente nota cómo ese lado de la roca es inusualmente plano. Al acercarse, puede ver que es una gran pared hecha de madera, cubierta de hiedra. De unos cuatro metros de altura, es enorme, y Ragnar obviamente no exageraba cuando dijo que era pesada.

—¿Es eso…? —comienza Hans, acercándose más.

Kristoffer aparta las hojas de hiedra para asomarse a la pared. No puede estar seguro, porque está oscuro al otro lado, pero está bastante convencido de que la pared está cubriendo una abertura detrás de la roca.

—Madre mía —murmura—. Es como una cueva.

—Puedes deslizarla hacia un lado, luego acostarla —instruye Ragnar. Ha dispuesto la leña en forma de tienda y está ocupado encendiendo el fuego.

Kristoffer y Hans se miran, se acercan ambos al mismo lado de la pared.

—¿Listo? —pregunta Kristoffer, agarrando la estructura.

—¡Listo!

La levantan al mismo tiempo. La pared cruje, las hojas susurran y toda la estructura se levanta del suelo con bastante facilidad. Caminan con cuidado hacia un lado, balanceando la pared como si fuera una puerta gigante. Luego la dejan caer, logrando que aterrice de la manera más suave posible.

—No puede ser —dice Hans, y Kristoffer sigue su mirada.

La abertura es más grande de lo que pensaba, y por el eco de la voz de Hans, la cueva es muy profunda.

—¿Cómo sabemos que no hay animales ahí dentro? —pregunta Ingrid, pareciendo que lo último que quiere es entrar en la cueva—. ¿Osos, lobos y esas cosas?

—Hay repelentes —dice Ragnar, soplando cuidadosamente las pequeñas llamas para avivarlas—. Lo más grande que encontraremos ahí dentro será un ratón, confía en mí.

—Odio los ratones —comenta Ingrid.

Kristoffer da unos pasos dentro de la oscuridad, sintiendo cómo su pulso se acelera. Al inhalar, percibe un olor sutil pero fuerte, y ve tarros de cristal alineados a lo largo de la pared. Todos contienen algún tipo de líquido, con sus tapas llenas de agujeros. También ve una gran caja de metal con un pesado candado con combinación.

—Abre el baúl, por favor —le grita Ragnar—. La combinación es 4451.

Kristoffer se agacha, gira las ruedas y el candado se abre. Levanta la tapa y ve una impresionante variedad de todo tipo de equipo. Ragnar ha pensado en todo lo que uno podría necesitar para vivir aquí. Cuerdas, cuchillos, una pala plegable, un hacha, tijeras, cañas de pescar, un arco y flechas, y un montón de cosas que Kristoffer nunca había visto.

—Madre mía —dice Hans de nuevo, mirando por encima del hombro—. Podríamos sobrevivir al apocalipsis aquí...

—Sí —murmura Kristoffer, volviendo la mirada hacia el valle, donde las luces aún se mueven—. Solo espero que no tengamos que llegar a eso.

31

—¿Garfield? ¿Estás aquí abajo?

Rosa mira alrededor del cuarto de lavado, revisando todos los lugares donde Garfield suele estar: la secadora, la estantería de arriba, el alféizar de la ventana, la cesta de la ropa.

El gato no está. Pero está segura de que lo escuchó maullar desde aquí hace solo un segundo.

La puerta del garaje tiene una gatera, así que Garfield puede entrar y salir de la casa a su antojo. Pero normalmente solo sale por la noche. De todos modos, decide echar un vistazo al garaje.

Al abrir la puerta, la recibe el zumbido de la bomba de calor, y se detiene para observar el enorme vehículo que ocupa la mayor parte del garaje. Es una ambulancia. Rosa nunca había visto una de cerca antes, pero los colores la delatan, y además, el texto en la puerta lateral lo confirma.

A su cerebro le toma unos segundos asimilarlo. Su primer pensamiento es que alguien pidió ayuda. Pero no hay nadie al volante de la ambulancia, y Rosa estaba en la cocina con Helen. Mamá está en la sala viendo la televisión, y Linus y su invitado, Axe, todavía están dormidos. Ninguno de ellos parece haber llamado al 911—¿por qué lo harían?

Además, la puerta del garaje está cerrada, y hay charcos de agua embarrada alrededor de las ruedas, lo que indica que la ambulancia lleva un rato allí.

Rosa solo puede llegar a una conclusión lógica. Al parecer, Linus y Axe llegaron en la ambulancia anoche, y debieron haberla conducido ellos mismos. ¿Por qué estaría aún aquí si no? Lo que no entiende es por qué no usaron su propio coche. Podría haberse averiado, pero aun así, ¿cómo les habrían permitido llevarse una ambulancia a casa? No tiene sentido.

A menos, claro, que la hayan tomado sin permiso.

Rosa está casi segura de que eso fue lo que pasó. Y tampoco le sorprende que Linus haga algo así. Más de una vez lo ha pillado

mintiendo. Nunca le echa la bronca por eso, porque rara vez le miente a ella. Casi siempre es a mamá a quien le cuenta mentiras, y aunque eso le molesta a Rosa, no siente que sea su trabajo delatarlo. Además, mamá probablemente sepa, de algún modo, cuando Linus le está contando una historia falsa. No es tonta. Simplemente no quiere volver a estar sola. Con todos los hombres que ha tenido desde que el padre de Rosa se fue, Rosa no puede culparla. Y Linus, definitivamente, no es el peor.

—Miau…

Garfield la saca de sus pensamientos. Rosa va hacia la parte trasera de la ambulancia para encontrarlo sentado allí, en el suelo.

—Eh, amiguito —dice—. Aquí estás…

Ni siquiera la mira. Solo observa la puerta trasera de la ambulancia. Sus ojos están brillando, y su cola se mueve como cuando ve un pájaro desde la ventana.

—¿Qué pasa? —pregunta Rosa, mirando hacia la ambulancia. Al parecer, Garfield está fascinado por el extraño vehículo. O está captando algo que Rosa no percibe.

Se escucha un golpe desde dentro de la ambulancia. Rosa da un paso atrás. Al observarla, se da cuenta de que se balancea suavemente.

Solo entonces se da cuenta de que unos suaves ruidos provienen del interior del vehículo. El constante zumbido de la bomba de calor los había cubierto hasta ahora. Suena como si alguien estuviera gimiendo. Como si estuvieran despertando. O con dolor.

—Dios —susurra Rosa—. Alguien está herido.

Es una deducción natural. Después de todo, las ambulancias están destinadas a transportar personas enfermas o heridas. Así que, ¿por qué no iba a estar lastimada la persona que está adentro?

Aun así, cuando va a abrir la puerta, algo la hace dudar. Ha estado escuchando las noticias toda la mañana. Mamá bajó el volumen, esperando que Rosa no lo oyera. Pero como Aksel estaba usando su cuarto, tuvo que hacer los deberes en el salón, y no pudo evitar escuchar a los reporteros.

«No responden… incapaces de hablar… sonidos guturales… dificultad para moverse…»

Rosa conoce lo que son los zombis. Los chicos en la escuela están obsesionados con los monstruos y a menudo juegan a videojuegos durante el recreo. Los ha escuchado hablar de Resident Evil y Left 4 Dead. Los pocos clips que vio esta mañana de las personas infectadas en Torik le recordaron mucho a esos juegos.

Excepto, claro, que los zombis no son reales. Los virus sí lo son. Las enfermedades. Los contagios. Y Rosa sabe que tiene que ser cuidadosa.

Así que, en lugar de abrir la puerta, arrastra un taburete manchado de aceite y se sube a él, permitiéndole mirar por la ventanilla trasera.

Lo que ve le corta la respiración.

Incluso con la tenue luz del garaje, puede ver a la mujer atada a la camilla. Sus pies están apuntando hacia Rosa, y está intentando incorporarse. Sus ojos son como agujeros negros en su cabeza, y su boca está cubierta por una mascarilla de oxígeno, sujeta con correas de goma. Su mandíbula se mueve arriba y abajo, aparentemente chasqueando los dientes. Uno de sus brazos se ha soltado y está extendido hacia Rosa, con uñas puntiagudas que arañan el aire.

Por lo que parece una eternidad, Rosa solo se queda allí, mirando a la mujer. Y se da cuenta de dos cosas. Primero, los infectados son mucho más horribles de cerca y en la vida real que en las imágenes borrosas y lejanas de las noticias. Y segundo, definitivamente son zombis.

La mujer, al ver a Rosa, sacude la cabeza con entusiasmo, haciendo que la mascarilla se deslice a un lado, revelando su boca abierta, con hilos de saliva goteando de su barbilla. El movimiento también le permite liberar su otra mano, y se inclina hacia adelante, lanzándose hacia la puerta.

Rosa suelta un grito, y olvidando por completo que está sobre un taburete, gira para correr hacia la puerta. En su lugar, cae al suelo, golpeando su estómago con fuerza y perdiendo el aire. Su cabeza da vueltas por un segundo. Mientras trata de respirar y levantarse, el

dolor la hace encogerse en posición fetal, y trata de gritar por Helen, o mamá, o cualquiera, pero sus pulmones solo logran soltar un jadeo seco.

Rosa comienza a arrastrarse por el suelo, con cada movimiento su cerebro envía punzadas de dolor por su torso.

Sus oídos zumban, pero escucha un sonido detrás y mira.

La puerta trasera de la ambulancia está abierta, y la mujer cae de cabeza, aterrizando a solo un metro de Rosa. Inmediatamente gira la cabeza hacia un lado y va hacia ella.

Rosa no puede escapar a tiempo. No es posible.

En su lugar, se da la vuelta y comienza a patear frenéticamente a la mujer.

Los pies de Rosa, calzados solo con calcetines de lana, se detienen justo antes de alcanzar la cabeza de la mujer, y esta intenta atraparlos ansiosamente. Rosa lo intenta de nuevo, pero tiene apenas aire para respirar, y el sonido no puede competir con el zumbido de la bomba de calor, y mucho menos ser oído dentro de la casa.

La mujer agarra el pie izquierdo de Rosa e intenta morderlo de inmediato. Solo consigue arrancarle el calcetín. Se lo mete en la boca, lo mastica, luego sacude la cabeza con un gruñido de decepción. Vuelve a extender la mano hacia Rosa, gruñendo.

Es entonces cuando Rosa se da cuenta de que la mujer no puede acercarse más. Uno de sus pies aún está dentro de la ambulancia, su pierna está enredada en algo que parece un tubo.

Rosa se arrastra hacia atrás, clavando los talones en el suelo. Logra salir del alcance de la mujer y siente un gran alivio al pensar que podrá escapar.

En ese instante el tubo se rompe, y la mujer se arrastra hacia adelante con ansias.

Rosa se da la vuelta y se pone de rodillas cuando la mujer envuelve sus brazos alrededor de su cintura y hunde los dientes en su espalda baja.

Rosa grita de nuevo, esta vez el sonido es un poco más fuerte,

aunque no es lo suficiente para alertar a nadie. Se retuerce, tira de sí misma y trata desesperadamente de liberarse, golpeando las manos de la mujer, lanzando los codos hacia atrás. Pero nada funciona. La mujer se aferra a ella como un tigre a una gacela, mordiendo la espalda de Rosa. Siente cómo los dientes pellizcan su piel con cada mordisco.

De repente, algo vuela por encima de su cabeza. Es naranja, peludo, y emite un sonido chillón extraño que Rosa nunca había escuchado salir de Garfield. Escupe y sisea justo detrás de ella, y de repente está libre, cuando los brazos de la mujer la sueltan. Rosa se arrastra, se pone de pie y mira hacia atrás.

Garfield está sentado en la cabeza de la mujer como un gran peluquín torcido. Está bloqueando su visión y arañando su cuero cabelludo y frente. La mujer lo agarra y trata de quitárselo de encima. Garfield chilla de nuevo y clava las garras. Sin embargo, la mujer es demasiado fuerte, y logra zafarse, quedando con profundas marcas en su rostro por las garras del gato. Garfield ataca su brazo, pero a la mujer no parece importarle. Ya ha fijado su vista en Rosa de nuevo, avanzando.

Durante la lucha, cambiaron su posición, y Rosa ha perdido la oportunidad de llegar a la puerta. En su lugar, se levanta y tropieza en la parte delantera de la ambulancia. Abre la puerta del pasajero y se sube, cerrándola de golpe de inmediato.

Un segundo después, la mujer aparece fuera de la ventana. Gruñe, sisea y manosea el cristal. Rosa agarra el tirador y lo sostiene con fuerza, buscando el seguro. Pero la mujer parece no recordar cómo se abren las puertas de los coches, y ni siquiera intenta abrir la manilla.

Rosa asegura la puerta, luego se arrastra hacia atrás, mirando a la mujer con horror. Con la piel de la cara desgarrada, es una visión aún más espantosa. Presiona su boca contra el cristal, aparentemente tratando de morderlo, dejando una gran mancha grasienta.

Rosa descubre que finalmente puede respirar completamente de nuevo, lo que significa que puede gritar. Pero ahora está dentro de la ambulancia, y no está segura de que los demás puedan oírla.

En lugar de eso, extiende la mano hacia el volante, queriendo tocar la bocina. Pero ve algo aún mejor. Justo al lado del volante hay un interruptor marcado como SIRENA.

Rosa lo pulsa.

32

Aksel y Linus se miran el uno al otro durante un par de segundos más, mientras ambos comienzan a comprender.

—La ambulancia —dice Linus—. Mierda, me olvidé por completo de eso...

Aksel sale del dormitorio sin esperar a Linus. Corre por la casa, encontrando la cocina vacía.

Belinda entra desde la sala justo cuando él pasa por la puerta, con los ojos muy abiertos y confusos.

—¿Qué demonios? —dice en voz alta—. ¿Hay un incendio o algo?

Aksel no se molesta en responderle. Se dirige al garaje. De alguna manera, sabe que esto es una muy mala noticia. Y no solo para Linus, que tendrá que explicar qué hace una ambulancia destrozada en el garaje, sino porque esto es lo que su intuición le había estado advirtiendo. Puede sentirlo. Todas sus alarmas están sonando, compitiendo con las sirenas de la ambulancia, que ahora son ensordecedoras.

La puerta del garaje está abierta. Helen está de pie allí, habiendo dado un par de pasos hacia afuera. Parece estar congelada, con las manos sobre las orejas, mientras mira algo fuera de la vista de Aksel.

Al cruzar la puerta, lo primero que ve es que la puerta trasera de la ambulancia está abierta. Los equipos médicos, incluidos tubos intravenosos, están esparcidos por el suelo.

«Joder», piensa, sintiendo cómo el estómago se le revuelve. Nunca revisamos la parte trasera...

Luego se gira para ver lo que Helen está mirando. Una mujer, con una mascarilla de oxígeno alrededor del cuello y el tubo intravenoso colgando de su brazo, está intentando abrir la ventanilla del lado del pasajero, obviamente tratando de entrar. Al parecer, al notar la presencia de Helen y Aksel, gira la cabeza para mirarlos. Luego se dirige hacia ellos.

Aksel está a punto de correr de vuelta a la casa cuando Helen empieza a gritar. Supuso que ella también correría por su vida, pero

parece estar clavada en el lugar, incapaz de hacer otra cosa que mirar y gritar. No puede culparla. Es la primera vez que ve a un zombi de cerca, y aunque Aksel tuvo varios encuentros cercanos el día anterior, todavía está sorprendido por la apariencia horrenda de la mujer.

—¡Vamos! —grita, su voz apenas es audible por encima del bramido de la sirena y los gritos de Helen. La agarra del brazo y tira de ella. Helen tropieza, siguiéndolo sin apartar los ojos de la mujer zombi, que se va acercando.

Aksel está a punto de arrastrar a Helen hacia la puerta, y por un breve momento, realmente cree que lo lograrán. Es entonces cuando aparece Belinda en la entrada, tapándose los oídos, frunciendo el ceño mientras mira hacia la ambulancia. Su boca forma una extraña mueca y suelta:

—¿Qué...?

—¡Muévete! —grita Aksel, empujándola hacia atrás. Belinda mira más allá de él, ve a la zombi, y comienza a gritar.

—¡Belinda! —la voz de Linus aparece en la entrada también—. ¡Maldita sea!

—¡Retrocede! —grita Aksel, todavía intentando arrastrar a Helen, pero ahora el umbral está completamente bloqueado, y de repente siente que Helen tira en la otra dirección.

—¡Detente! —grita, girando la cabeza—. ¡Ven conmigo o...!

Se detiene cuando se da cuenta de que Helen no es quien está tirando. La mujer zombi ha agarrado su otro brazo, y por un breve momento, realizan un grotesca disputa por Helen, quien sigue gritando, pero el sonido ahora es más débil, y Aksel se da cuenta por la palidez de su rostro y sus ojos en blanco que está a segundos de desmayarse.

—¡Mamá! —grita Linus, empujando a Belinda a un lado, intentando pasar junto a Aksel—. ¡No, suéltala!

Pero ya es demasiado tarde. La zombi lleva el brazo de Helen a su boca y muerde la parte interna de la muñeca.

El dolor repentino hace que Helen vuelva a estar completamente

consciente, y comienza a gritar de nuevo, con más fuerza. Intenta tirar de su brazo, y lo logra, pero a costa de desgarrar su muñeca, mientras un gran trozo de piel y músculo queda colgando entre los dientes de la zombi. Luego empuja todo hacia abajo de su garganta con una mano, tragándoselo como una serpiente devorando una presa.

La sirena se ha detenido, pero ahora todos están gritando. Helen, Belinda, incluso Linus ha recurrido a un grito sin palabras mientras logra llegar hasta su madre. Para hacerlo, empuja a Aksel a un lado, lo que significa que por un momento, sus rostros están muy cerca, y Aksel siente un golpe en el estómago al ver la expresión de Linus. El chico grande y confiado se ha reducido a un niño asustado que ve cómo matan a su madre frente a él. Los instintos lo están impulsando, superando cualquier sentido de autoprotección, mientras rodea a su madre con un brazo y comienza a golpear a la mujer zombi con el otro.

Al principio, Aksel cree, o espera, que eso pueda funcionar. Al menos que Linus no se lastime por el estúpido acto heroico. La mujer zombi se sorprende mientras varios golpes fuertes le aterrizan en la mandíbula, el pómulo, la frente. Retrocede y suelta el brazo de Helen.

Pero entonces Linus cambia de táctica, levantando a su madre y dándole la espalda a la mujer zombi. Esto le da a la zombi la oportunidad de lanzarse sobre él, y Aksel ve cómo sus uñas se clavan en ambos lados de los hombros desnudos de Linus. Él grita de dolor y furia mientras la zombi le rasga la piel con líneas largas y sangrientas, antes de hundir los dientes entre sus omóplatos.

Linus gira, aún sosteniendo a su madre en lo que parece un agarre incómodo de un bombero, golpeando a la zombi, pero ella se aferra y lo acompaña en el movimiento. Linus intenta retroceder, pero pisa los pies de la zombi, y ambos pierden el equilibrio. Todos caen en formando un grupo de cuerpos entrelazados. Helen, agarrando lo que sea, atrapa la muñeca de Aksel, casi arrastrándolo con ellos. Por un instante, sus ojos se encuentran, y Aksel puede ver que Helen ha vuelto a sus sentidos, al menos en parte.

—Ayúdala —dice, con la voz debilitada por el dolor—. Ayuda a Rosa.

Entonces la mujer zombi se levanta y muerde la oreja de Helen, arrancándola de un mordisco. Helen grita, Linus grita y, aparentemente ignorando cualquier intento de no lastimarse, agarra a la zombi con una llave de estrangulamiento, permitiendo que ella le arañe el brazo, desgarrándole la piel.

Aksel mira hacia la puerta, viendo la espalda de Belinda mientras corre. Está a punto de seguirla, pero recuerda la súplica final de Helen.

En su lugar, se gira hacia la ambulancia. Y ve a la niña en el espejo lateral. Está sentada detrás del volante, mirándolo con enormes ojos aterrorizados.

Aksel corre hacia ella.

33

La cueva es aún más profunda de lo que Kristoffer pensaba.

Después de unos diez metros, gira a la derecha, luego se ensancha y se eleva, convirtiéndose en lo que mejor podría describirse como una sala. Las paredes se elevan muy alto, encontrándose en un punto en el techo donde hay una estrecha abertura que muestra un fragmento del cielo de la madrugada. Kristoffer siente una leve brisa descendiendo. No solo proporciona aire fresco a la cueva, sino que también significa que pueden encender un fuego aquí. Y parece que Ragnar ya lo ha hecho varias veces. En el centro de la cueva hay un círculo de piedras rodeando un montón de cenizas viejas. En la pared hay montada una litera de metal con muelles y colchones envueltos en plástico.

Al otro lado, hay estantes de acero con más cosas. Mucho de ello es comida de larga duración, y a Kristoffer le recuerda brevemente la despensa de Helda y Halgrim.

Hay una fila de barriles de plástico con agua, varias latas grandes de gasolina y lo que parece ser un generador de propano. Incluso hay una mesa con dos sillas, platos de acero, tazas, cuchillos y tenedores. En el suelo hay lo que parece ser un molino de viento desmontado, listo para ser llevado afuera y empezar a usarse. La cueva tiene todo lo necesario para sobrevivir durante meses, si no años.

—Esto es… extraordinario —murmura Kristoffer. Su voz resuena ligeramente.

—Me alegra que te guste —dice Ragnar, pasando junto a Kristoffer. Está ocupado desempacando todo lo que ha traído—. Hay algunas mejoras que hacer. Por un lado, necesitamos pensar en una letrina, para no tener que salir de la cueva. También, cuando llegue la primavera, caerá mucha agua de lluvia desde arriba. Tendremos que sellar la grieta o construir un sistema de canaletas. Más allá de eso, deberíamos estar bien.

—¿Cuánto tiempo tardaste en montar este lugar? —pregunta Hans, rascándose el brazo—. ¿En traer todas estas cosas hasta aquí?

—Años —responde Ragnar simplemente.

—¿Esperas que vivamos aquí hasta la primavera? —pregunta Ingrid, arrugando la nariz. Se dirige a Hans, pero lo dice lo suficientemente alto para que todos lo oigan.

—Ya veremos cómo van las cosas —murmura Hans—. Por ahora, creo que estaremos muy seguros aquí.

—Estos son los sistemas básicos —dice Ragnar, señalando alrededor de la cueva—. El agua potable no será un problema. Hay un arroyo cerca, y solo se congela en climas extremadamente fríos. Incluso si lo hace, podemos traer hielo y descongelarlo aquí. Tenemos comida para al menos dos meses. Deberíamos comenzar a cazar y recolectar de inmediato, eso sí. Hay que racionar los suministros tanto como sea posible. Tenemos electricidad si la queremos, pero personalmente no le veo mucho uso, salvo para recargar baterías. El propano no durará para siempre, pero probablemente podamos buscar más en Torik si lo necesitamos. Eso solo si el molino se rompe, claro. En cuanto al calor, prefiero encender un fuego, ya que nunca nos quedaremos sin madera. Tenemos mucho jabón, así que si queréis lavaros, podemos calentar un poco de agua. —Pone las manos en las caderas y los mira a todos, como preguntando sin palabras: «¿Alguna pregunta?»

—Solo hay dos camas —observa Ingrid.

—Está bien —dice Ragnar—. No dormiremos más de dos a la vez, de todos modos. Propongo que saquemos pajitas para ver quién descansa primero.

Todos se miran entre sí. Kristoffer realmente necesita dormir, pero puede decir que lo mismo le ocurre a Hans, y especialmente a Ingrid, que parece agotada.

Ragnar recoge un palo, se da la vuelta y lo rompe un par de veces. Luego extiende el puño. Kristoffer elige un trozo al azar. Ragnar se vuelve hacia Hans, dejándole tomar uno también. Luego Ingrid. Finalmente, Ragnar se queda con uno. Todos levantan sus trozos.

—Parece que la señorita y yo hemos sacado los más cortos —concluye Ragnar—. Kris y Hans, acomodaos, os despertaremos cuando…

—No —dice Hans—. Ingrid, necesitas dormir. Tomaré tu turno.

—Hemos sacado los palos —señala Ragnar—. Está decidido.

Hans sonríe nerviosamente.

—¿No puedo ofrecerme como voluntario?

—Creo que debemos respetar el resultado.

Hans gruñe y mira a Kristoffer en busca de apoyo.

—¿Qué pasa, estamos en cuarto de primaria? —Kristoffer suspira—. ¿De verdad importa, Ragnar?

Ragnar está a punto de responder cuando Ingrid lo interrumpe:

—Está bien. De todas formas, no puedo dormir. No creo que pueda dormir jamás en este sitio asqueroso. Además, necesito más comida. Estoy empezando a temblar otra vez —se da la vuelta y sale de la cueva.

—Ingrid, ¿estás segura? —le grita Hans.

Ella no responde.

—No te preocupes por ella —le asegura Ragnar, cuando Hans está a punto de seguir a su esposa—. Descansa, amigo. Buscaré algo de comer.

Kristoffer no puede evitar notar que Ragnar llama a Hans "amigo". La palabra no suena del todo natural viniendo del viejo. Pero sonríe para tranquilizar a Hans, y este parece querer confiar en él.

Hans Bosteza.

—Está bien. Bueno, estoy agotado, así que no voy a discutir.

—Buena elección. Voy a inspeccionar la zona y a colocar esto —Ragnar recoge una bolsa de plástico.

—¿Qué es eso? —pregunta Kristoffer.

—Sensores de detección electrónicos.

—¿Sensores de detección? —repite Kristoffer.

—Sí —Ragnar asiente—. Los colocaré por todas partes, cubriendo cada sendero transitable que lleve hasta nosotros. Se activarán si alguien o algo se acerca.

Kristoffer no puede evitar soltar una risa irónica.

—Hostias, Ragnar, pensaste en todo.

El viejo solo se encoge de hombros. Luego se da la vuelta y se va.

Hans y Kristoffer se miran.

—Supongo que no sois familia —pregunta Hans, quitándose los zapatos.

—¿Cómo lo has adivinado? —Kristoffer sonríe—. No, solo vivíamos en el mismo pueblo. Sabía que Ragnar estaría preparado, pero esto… —Mira alrededor y silba.

—Lo sé, es impresionante —bosteza Hans, desenrollando la manta gruesa en la cama de abajo—. Si mi vida no se hubiera puesto patas arriba, probablemente estaría más impresionado. Ahora mismo solo quiero dormir y dejar de pensar, ¿sabes? —Se tumba con un gruñido, los muelles protestan bajo su peso.

—Sé exactamente a lo que te refieres —dice Kristoffer, quitándose sus propios zapatos.

Mientras sube por la escalera, Hans ya se ha dado la vuelta, y Kristoffer puede notar que ya está quedándose dormido.

«No estoy seguro de poder seguir su ejemplo», piensa Kristoffer, deslizándose bajo la manta y acomodándose. «Pero lo intentaré».

Cierra los ojos.

Y se sume en un profundo sueño.

34

Aksel abre de golpe la puerta del conductor.

—¡Muévete! ¡Muévete al asiento de al lado!

Rosa se apresura a deslizarse hacia el asiento del copiloto. Desde allí, no puede ver la pelea que está ocurriendo, y de hecho, se siente agradecida por ello.

Vio a Linus ser mordido. Y a Helen. Vio la sangre brotar por todas partes. Y sabía lo que significaba. Una vez te muerden, no hay esperanza. Esa es la regla número uno con los zombis.

También vio a su madre, y sintió un gran alivio cuando ella se dio la vuelta y salió del garaje, alejándose del peligro.

—Mi mamá —dice Rosa, mientras Aksel gira la llave, arrancando la ambulancia—. Ella está...

—No te preocupes por ella —dice Aksel, acelerando el motor—. La recogeremos. Pero primero tenemos que largarnos de aquí. —Revisa los espejos, tirando de la palanca de cambios. Luego comienza a dar marcha atrás.

—La puerta —comienza Rosa—. No está...

—¡Agárrate!

La ambulancia choca la puerta interior del garaje, haciendo que la cabeza de Rosa se impulse hacia atrás contra el asiento. La ambulancia se detiene en seco cuando la puerta del garaje no cede. Instintivamente, Rosa busca el cinturón de seguridad mientras Aksel avanza de nuevo. Al lado de la ambulancia, Linus, Helen y la zombi siguen luchando. Rosa puede oír a Linus gritar, su voz está quebrándose. Luego, Aksel retrocede de nuevo, más rápido esta vez, y hay otro fuerte estruendo cuando chocan contra la puerta por segunda vez. Esta vez, Rosa está mejor preparada.

—Vamos —gruñe Aksel, mirando el espejo retrovisor.

Los neumáticos chirrían cuando la ambulancia empuja la puerta. Entonces cede, y de repente están afuera. Rosa mira la puerta rota, que sigue colgando de las bisagras por un lado. Echa un último vistazo a la horrible escena en el interior. Helen está simplemente tirada en el

suelo, sangrando por varias mordeduras, con los ojos cerrados. Linus está arrodillado sobre ella, llorando. Está sangrando casi tanto como su madre. La mujer zombi está junto a él, y parece haberse dejado de mover. Su cabeza, que descansa en el suelo, tiene una forma extraña, como una sandía que alguien pisó.

—Mierda, la mató —murmura Aksel, deteniéndose al final del camino de entrada—. La golpeó hasta matarla.

Como si Linus pudiera oírlos, levanta la cabeza y mira a través de la puerta rota. Sus ojos están llenos de lágrimas, pero Rosa está bastante segura de que la ve. Dice algo, luego se inclina sobre su madre y vuelve a llorar.

—Dios mío —susurra Aksel—. No hay nada que podamos hacer…

Rosa ya lo sabía. Y sospecha que él está hablando más consigo mismo que con ella.

Aksel sale hacia la calle, apenas fijándose en si pasa algún coche.

—Mi mamá —le recuerda Rosa.

—Sí, lo sé. ¿Tienes tu teléfono?

Rosa revisa su bolsillo, sacando su móvil.

—Llámala —dice Aksel, recorriendo el jardín delantero con la ambulancia—. Dile que salga. —Detiene la ambulancia frente al camino que conduce a la puerta principal.

Rosa navega por sus contactos con un pulgar tembloroso. Llama a su madre, llevándose el teléfono a la oreja. Suena tres veces.

—No estoy segura de que lo vaya a coger —le dice a Aksel—. Tal vez esté…

—No importa —dice Aksel, señalando—. Se ha dado cuenta.

Rosa ve a su madre salir por la puerta principal. Mira en dirección al garaje, como asegurándose de que la mujer zombi no haya salido por allí para sorprenderla. Cuando ve que el camino está despejado, corre hacia la calle.

Rosa abre la puerta, se hace a un lado y su madre salta dentro. Al percibir el aroma de su perfume, Rosa desea abrazarla y no soltarla nunca.

—Vamos —resopla su madre, y luego agarra la cabeza de Rosa con ambas manos, buscando su rostro—. ¿Estás bien, cariño? ¿Te ha hecho daño?

—Creo que… estoy bien —dice Rosa, mientras Aksel acelera por la calle.

—Gracias a Dios —dice su madre, abrazando a Rosa con tanta fuerza que le duele. A Rosa no le importa—. ¿Y tú? —le pregunta a Aksel.

—No me tocó —responde él, revisando los espejos, como si temiera que los estuvieran siguiendo—. Creo que estamos bien.

—¿Qué demonios ha pasado? —pregunta su madre, agitando los brazos, mirando a ambos—. ¿Por qué había una maldita ambulancia en el garaje? ¿Y quién era esa mujer?

—Nosotros trajimos la ambulancia —murmura Aksel—. Ayer. No nos dejaron ir. Huimos.

—Madre mía —murmura la madre, frunciendo el ceño—. ¿Así que la robasteis?

Aksel se encoge de hombros.

—Era la única forma de salir de allí.

—¿Y la mujer?

—Debe haber estado en la parte trasera todo el tiempo. No la oímos. Quizá no… no se había convertido aún. No lo sé. —Suspira, pasándose una mano por el pelo—. Mierda, la hemos cagado.

—Sí, desde luego —dice la madre, levantando la voz—. ¡Casi nos matáis a todos!

Aksel dice algo, pero Rosa ya no está escuchando. Se ha dado cuenta de un dolor punzante en la piel de su espalda baja.

—Oh, no —susurra.

—¿Qué pasa? —pregunta su madre, con alarma en la voz.

—Lo olvidé —dice Rosa, casi comenzando a llorar—. Creo que… creo que me ha… mordido.

35

No tiene ni idea de cuánto tiempo ha estado inconsciente. Podría haber sido media hora. O medio minuto.

Lo único que sabe con certeza es que le duele la cabeza.

Parpadea, abriendo los ojos con un gemido, y se encuentra en una posición incómoda. Está tumbada en el suelo duro, boca abajo, con su brazo derecho atrapado bajo algo pesado.

Cuando consigue levantar la cabeza, se da cuenta de que lo que pesa es su tío. Y está muerto. No hay duda de eso. La visión de él provoca una oleada de horror en Ella, reavivando su memoria.

Donde Ella chocó contra la pared, justo al lado de la puerta de cristal, Gunnar, en cambio, se lanzó directamente contra la ventana inferior de la puerta. Su cabeza entera atravesó el cristal, y sigue ahí tumbado. Su mandíbula y su cuello han recibido cortes irregulares. La sangre ha salido de su cuerpo, y lo que parecen litros de ella han formado un enorme charco en el suelo. Ha empapado su camiseta y el brazo de Ella.

«¡Infección!»

La palabra cruza su mente, y Ella inmediatamente empieza a luchar por liberar su brazo apresado. Pero algo la retiene. Algo que le está apretando la muñeca. Recuerda la cadena.

Ella no puede sacar la mano a menos que quiera arriesgarse a desgarrarse la piel—si es que no lo ha hecho ya. Así que usa su otro brazo para empujar a Gunnar hacia arriba. Pesa mucho, pero consigue inclinarlo lo suficiente como para sacar la mano. La cadena también sigue atada al brazo izquierdo de Gunnar. Ella comienza a forcejear con la cadena. Está pegajosa, llena de sangre, lo que no facilita las cosas. Una avalancha de dolor recorre su cráneo, pero apenas lo nota. El shock debe de estar manteniéndola en pie.

Se da cuenta de que Gunnar hizo un lazo con la cadena, y por eso no puede aflojarla. En su lugar, la desenrolla de su muñeca, lo que resulta mucho más fácil. De repente, está libre. Rápidamente, se arrastra y se pone en pie. Tropieza, casi cae, pero se agarra a la mesa

del comedor para mantenerse en pie.

Levanta el brazo, observando el desastre ensangrentado. Está completamente empapado en la sangre de Gunnar. La cadena está apretada alrededor de su mano, haciéndola palpitar. No puede saber si se ha clavado en su piel. Es imposible saber si algo de esa sangre es suya. Si lo es, no hay duda de que está infectada.

Necesito limpiarlo...

Ella se dirige hacia las puertas de cristal, caminando en semicírculo alrededor de su tío muerto. Empuja la otra puerta, saliendo a la cocina. Abre el grifo y pone la muñeca bajo el agua fría. La sangre no quiere salir fácilmente, así que se echa una buena cantidad de jabón de platos. Lavándose la piel con toda la delicadeza que puede, finalmente consigue desatar el nudo de la cadena, y las placas de identificación tintinean al caer al fondo del fregadero.

Se ha hecho un surco desagradable alrededor de su muñeca. Ella lo enjuaga lo mejor que puede y luego lo inspecciona de cerca. El dolor en su cabeza es tan fuerte que le provoca náuseas. Probablemente tenga una ligera conmoción cerebral tras haberse golpeado contra la pared, pero no puede preocuparse por eso ahora. Dándole vueltas a la mano una y otra vez, no puede ver ninguna abertura en la piel. Parece intacta. Su miedo disminuye un poco, y es capaz de respirar un poco más tranquila.

«Creo que estoy bien. Creo que estoy bien.»

Se inclina sobre el fregadero, sintiendo una oleada de mareo. Abre de nuevo el grifo y bebe un par de sorbos de agua. Ayuda un poco con las náuseas.

Es increíble que tanto Marit como Greta parezcan haber dormido durante todo el incidente. Recuerda a Gunnar gritando cuando lo apuñaló con la cuchara. Sin mencionar cuando atravesó la puerta de cristal, que debió de ser un ruido infernal. Pero es una casa grande, y ambas usan ayuda para dormir, así que, aparentemente, no oyeron nada.

Lo primero que le viene a la mente a Ella es llamar a su madre.

Recuerda que Gunnar lanzó su teléfono por el salón, y no tiene ni idea de si se rompió o no. Se da la vuelta para volver a buscarlo, cuando—

—¿Ella? ¿Qué demonios...?

La voz de su tía la hace congelarse.

Greta entra desde el pasillo, con el rostro una máscara de confusión y aturdimiento.

—¿Tú...? ¿Qué...? ¿Es eso sangre? —Su tía se acerca, y Ella no sabe qué decir ni qué hacer, cuando Greta nota la puerta de cristal rota, gira la cabeza y empieza a gritar.

36

Frena en seco. La ambulancia se detiene en medio de la calle.

Mira a la niña. —¿Dónde? —le exige. —Enséñame.

Rosa solloza, adelantándose en el asiento. Luego, con cuidado, se sube el jersey y se gira para mostrar su espalda.

Aksel ve un grupo de lo que parecen marcas de pellizcos o chupetones. La piel está claramente magullada, los colores rojo y azul contrastan bruscamente con la palidez del resto de la espalda de Rosa. Pero no está seguro de que la piel haya sido perforada.

—¿Qué pasó? —le pregunta Aksel a la niña.

Rosa traga con dificultad. —Me mordió a través del jersey.

—No está sangrando —dice Belinda, sonando aliviada y a la vez a la defensiva—. No hay sangre. Eso significa que no está infectada.

Aksel evita mirarla a los ojos, sacudiendo la cabeza lentamente. —No estoy seguro.

—Pero dijeron que no se transmitía por contacto —prosigue ella—. Tiene que ser a través de la saliva o la sangre.

—Todo lo que hace falta es una pequeña punción —murmura él—. No creo que podamos saberlo con certeza. Al menos por ahora.

Belinda sacude la cabeza con firmeza, mirando a su hija. —Está bien, cariño. Vas a estar bien. No hay sangre.

Rosa mira a Aksel, y él trata de poner su mejor cara de tranquilidad.

—Creo que tiene razón —dice él—. Creo que has tenido suerte.

Rosa parece perder todo el color del rostro. Aksel desearía poder decir algo más, algo reconfortante, pero tampoco quiere mentirle. La verdad es que simplemente tendrán que esperar y...

Una bocina suena desde atrás.

Aksel supone que es otro coche que quiere hacer que se muevan. Pero cuando se inclina para mirar por el espejo retrovisor, ve algo más. Sí hay un coche, pero está mucho más lejos de lo que esperaba, junto a la casa. Desde el camino de entrada salen Helen, seguida de cerca por Linus. Desde esta distancia, casi parecen estar bien. Lo que los delata es la camiseta rasgada y ensangrentada de Helen, y las

heridas por todo el torso de Linus.

Tambaleándose, salen a la calle, cuando un hombre mayor baja del coche. Parece que tiene la intención de ayudarlos, pero de repente cambia de idea. Sin embargo, para cuando se da cuenta del peligro, ya es demasiado tarde, y Helen lo ha agarrado. El dúo, madre e hijo, forcejea con el hombre hasta tirarlo al suelo.

—Dios mío —dice Belinda—. Deberíamos volver y ayudar.

—Definitivamente no —le dice Aksel con firmeza—. Solo nos matarían.

Dos personas salen de las casas vecinas, acercándose a la escena con cautela, y otro coche se ha detenido detrás del primero.

—Esto se convertirá en un caos en cuestión de minutos —dice Aksel, poniendo la ambulancia en marcha—. Es mejor que nos larguemos de aquí.

—¡Espera! —exclama Rosa.

—¿Qué pasa? —le pregunta Aksel, mirándola alarmado.

Aparentemente, la niña vio algo fuera de la ambulancia. —Garfield —dice, inclinándose sobre su madre para agarrar la manija.

—No, no abras la... —empieza Belinda, pero Rosa consigue abrirla unos centímetros.

—¡Garfield! —llama—. ¡Ven, chico!

Dos segundos después, el gato grande naranja salta al regazo de Belinda.

Rosa cierra la puerta, y mientras conducen, abraza a Garfield con fuerza, enterrando su rostro en su pelaje. —Gracias —le oye decir Aksel, mientras la niña comienza a llorar suavemente.

37

Está de nuevo en la despensa.

Pero al mismo tiempo, es consciente de que solo es un recuerdo.

El policía no está aquí. Pero Helda sí. Arañando. Gimiendo. Intentando entrar.

El agujero en la puerta es más grande de lo que Kristoffer recuerda. Lo suficientemente grande, de hecho, como para que Helda pueda meter toda la cabeza. Lo hace, sonriéndole a Kristoffer, con sus ojos negros brillando con malicia.

—Perdona por los huevos —dice.

—¿Los huevos? —pregunta Kristoffer, desconcertado.

—Sí. Los que trajiste. Hice que se te cayeran, ¿recuerdas?

Kristoffer solo recuerda vagamente haber traído los huevos. Parece que fue hace años. Cuando la vida aún era normal. Cuando todavía tenía un trabajo. Una casa. Gallinas de las que cuidar. Todo eso había desaparecido. Borrado de un plumazo.

—Es una pena —continúa Helda—. Romper todos esos preciosos huevos. Quiero decir, no debemos desperdiciar comida así, ¿sabes? Especialmente ahora que el mundo está a punto de acabar.

—Estás muerta —le informa Kristoffer. —No necesitas comida.

—Eso es cierto —concede Helda—. Pero tengo hambre. Todo el tiempo. —Se lame los labios con una lengua espumosa, y luego le lanza una amplia sonrisa.

Kristoffer da un par de pasos alejándose de la puerta. Nota que sus zapatos hacen sonidos que no coinciden en absoluto con la despensa. Y cuando mira a su alrededor, se da cuenta de que se ha transformado en una cueva.

—Pero tienes razón —continúa Helda, su sonrisa desvaneciéndose —. Estoy muerta. Tenía cáncer. ¿Lo sabías?

—Sí, lo leí en el diario de Halgrim —murmura Kristoffer—. Lo siento.

—Está bien. No fue lo que me mató. Fue otra cosa. O alguien.

Kristoffer siente cómo su pecho se contrae al recordar.

—La criatura. La cosa que vive dentro de la colina.

Helda parpadea.

—Exactamente. Es mejor que te mantengas alejado, créeme. ¿Aún tienes el diario?

—No, lo... lo dejé en mi casa.

—¿Recuerdas su nombre? ¿El de la criatura?

Kristoffer niega con la cabeza.

—Es importante —le dice Helda, con una expresión seria. Sus ojos negros lo perforan—. Tienes que recordar su nombre, Kris.

—¿Por qué?

—Porque ahora eres la única persona en el mundo que sabe sobre ella, ahora que Halgrim y yo estamos muertos.

—Sí, pero... ¿por qué importa cómo su nombre?

—Si no sabes su nombre, ¿cómo piensas luchar contra ella?

—¿Luchar contra ella? —repite Kristoffer, retrocediendo aún más—. Oh, no. No voy a luchar contra ella. No pienso volver allí.

—Es una pena —dice Helda, inclinando la cabeza como Kristoffer la ha visto hacer tantas veces cuando estaba viva—. Entonces esto nunca terminará.

Kristoffer siente claustrofobia. Siente ganas de huir, pero la única salida de la despensa o cueva o lo que sea es a través de la puerta que vigila Helda.

—¿Podrías apartarte, por favor? —le pide Kristoffer—. Me gustaría irme.

—Oh, Kris —dice Helda en un tono condescendiente—. Siempre me caíste bien. No, no puedes irte, hijo. Al menos, no todavía. Tengo a alguien que... —Helda gira la cabeza para mirar hacia atrás—. Oh, ya está aquí. Te dejo con ella. —Le lanza una última sonrisa, y se aparta.

Durante varios segundos, Kristoffer solo mira el agujero en la puerta, esperando a ver quién aparecerá. Espera oír pasos que se acercan, pero ahora todo está en completo silencio.

De repente, un rostro aparece deslizándose desde un lado. Solo está allí un momento, luego desaparece. Y vuelve a aparecer desde el otro

lado, pasando por la abertura una vez más.

Kristoffer observa horrorizado cómo Ingrid se balancea de un lado a otro. Sus ojos lo miran sin verlo. Está muerta. Pero no es un zombi. Está realmente muerta. Y por la forma en que su rostro está azul, y cómo se balancea de un lado a otro, Kristoffer se da cuenta de que se ha ahorcado.

—Oh, no —susurra. Entonces—

38

—¡Gunnar! ¡Gunnar! ¡Dios mío!

Greta se desploma de rodillas. Coloca las manos sobre la espalda de Gunnar y se inclina sobre él como una musulmana rezando.

Con los hombros sacudiéndose, alterna entre sollozos y preguntas:

—¿Qué ha pasado? … Dios, ¿qué ha pasado?

Ella se encuentra acercándose más. No quiere mirar a Gunnar.

—Lo siento mucho —murmura.

Greta no la oye. Solo sigue llorando.

Ella pasa a su lado, entrando en el salón. Escanea el suelo y ve su teléfono junto a la pared del fondo. Camina hacia él, sintiéndose como si se moviera en un sueño, lo recoge y activa la pantalla. Está rajada, pero parece funcionar. Busca el número de su madre y la llama.

—¿Qué has hecho?

Ella se gira para mirar a su tía.

Greta ha levantado la cabeza. Sus ojos están rojos, hinchados y llenos de odio. Respira rápido, tragando aire entre sollozos.

—¿Qué le has hecho a mi marido?

—Yo… yo no… no fui yo quien… mira, él intentó… —Ella no parece capaz de formular una explicación que Greta pueda entender. Así que simplemente se encoge de hombros—. Lo siento mucho…

—¿Lo sientes? —pregunta Greta, con los labios temblorosos—. Lo has matado, Ella… ¡Has matado a Gunnar! ¡¿Y lo sientes?!

—Escucha, por favor, él estaba infectado…

Greta ni siquiera la escucha.

—¡Lo mataste! ¡Lo mataste!

—¿Ella? —La voz de su madre en su oído le llena de alivio—. ¿Todo bien?

—Mamá, lo siento, yo…

Ella se corta al notar que la pierna de Gunnar se está moviendo. Da una sacudida, luego otra. A primera vista, cree que es Greta quien la está moviendo, pero está ocupada llorando y regañando a Ella.

Su madre dice algo que Ella no es capaz de escuchar. También

ignora la voz de Greta. Lo único que percibe son las piernas de Gunnar, mientras la otra también comienza a moverse.

Una sucesión rápida de pensamientos cruza por su mente. La voz calmada discutiendo con la voz aterrada.

«¡No está realmente muerto!»

«Sí lo está. Pero está volviendo».

«¿Cómo es posible? ¡La infección no lo mató, murió por pérdida de sangre!»

«No importa. Estaba en su sistema, y ahora lo está reanimando. Tienes que advertirle».

—Greta —dice Ella, bajando el teléfono—. Aléjate de él...

—No me dices qué hacer —gruñe Greta, con su rostro lleno de desprecio—. Lo mataste, asesina...

—¡Aléjate de él! —repite Ella, acercándose—. ¡Es peligroso! ¡Es contagioso!

Como si estuviera de acuerdo, Gunnar deja escapar un sonido gorgoteante y húmedo, e intenta levantarse. Es difícil, porque el cristal roto sigue clavado en su cuello, y tiene que levantar la cabeza para que el vidrio se deslice hacia fuera. Lo hace con un sonido pegajoso, salpicando más sangre en el suelo. Se pone a cuatro patas y emite otro gruñido burbujeante, saliva ensangrentada cayendo de su boca.

—¡Oh, gracias a Dios! —exclama Greta, agarrando los hombros de Gunnar y ayudándolo—. ¡Gracias a Dios, cariño! ¡Estás vivo!

—¡No, no! —grita Ella mientras se acerca aún más—. ¡No, aléjate de él!

Por supuesto, ya es demasiado tarde. Greta no está prestando atención a sus advertencias. Sonríe entre lágrimas y ayuda a Gunnar a darse la vuelta. Lo abraza con fuerza. Gunnar gira la cabeza, no es fácil, ya que casi ha sido decapitado, y Ella ve sus ojos.

Están completamente negros. Como si hubieran sido reemplazados por bolas de billar.

Entonces abre la boca y hunde los dientes en el cuello de Greta.

39

Solo habían avanzado dos manzanas cuando ocurre lo que no debería pasar:

Un coche de policía que aparece de la nada está conduciendo detrás de ellos.

—Oh, mierda...

—¿Qué? ¿Qué pasa? —pregunta Belinda, levantando la vista de su teléfono.

—La policía —murmura Aksel, vigilando el coche patrulla en el espejo. Hasta ahora, no le han hecho señales para que se detenga. Pero definitivamente les están siguiendo. Tal vez los estén escoltando. Pensando que van de camino al hospital con un paciente.

Entonces recuerda que las puertas traseras de la ambulancia están abiertas, y repite:

—¡Mierda!

—Eso es bueno —dice Belinda—. Nos ayudarán. Detente.

Aksel le lanza una breve mirada.

—Estamos conduciendo una ambulancia robada.

—¿Y qué? Estoy segura de que no les importa una mierda un robo de coche ahora mismo, con lo que está pasando.

Aksel no está tan seguro. No solo es un ladrón de coches, técnicamente es un fugitivo de las autoridades. Pero no tiene opción: El coche de policía enciende las luces dos veces, y el mensaje es inconfundible.

—Detente —dice Belinda de nuevo—. Tenemos que decirles lo que pasó.

Aksel reduce la velocidad y se detiene en la acera. Tiene licencia de conducir desde hace años, y solo una vez lo han parado. Fue alrededor de Navidad, la época del año en que mucha gente conduce borracha, y tuvo que soplar en uno de esos alcoholímetros. Por suerte, no había bebido ni una sola cerveza esa noche.

Esta es una situación muy diferente. El policía que sale del coche y se acerca a la ambulancia no lleva un alcoholímetro. En su lugar, su

mano descansa casualmente sobre algo en su cinturón. Lleva guantes, así que Aksel no puede ver qué es, pero sospecha que es su arma reglamentaria. Es una mujer de mediana edad, de cabello gris y tiene ojos azules penetrantes. Es alta y delgada, y parece alguien con quien no deberías meterte.

Se detiene junto a la ventana de Aksel, toca el cristal una vez y hace un movimiento circular en el aire. Aksel encuentra el botón y baja la ventanilla.

La policía no dice nada al principio. Simplemente los observa a todos: Aksel, Belinda, la niña. Aksel casi puede leer en su cara cómo analiza la situación, barajando distintas explicaciones para lo que haya ocurrido. No tiene ni idea de qué decir, así que simplemente espera.

Es Belinda quien rompe el silencio.

—Tiene que ayudarnos. Estuvimos en un... incidente. En el 114 de la calle Odín. Hubo heridos. Tiene que enviar a alguien allí.

—Acabamos de recibir la llamada —le informa la policía con calma. Su voz tiene ese tono que siempre suena un poco ronco y tenso. Como si hubiera estado de fiesta anoche—. Estamos de camino. Mientras tanto... —Asiente hacia el panel de control de la ambulancia—. Apague el motor, por favor.

Aksel lo hace.

—¿Les importaría decirme qué hacen en una ambulancia registrada en Torik?

Aksel se da cuenta de por qué les seguía. Obviamente estaba comprobando las matrículas.

—Es un poco... una historia larga —dice, evitando la mirada helada de la policía.

—Mi novio robó la ambulancia —suelta Belinda—. Estaba retenido allá arriba, por el hospital. No teníamos ni idea, lo acabamos de descubrir hace diez minutos. Fue entonces cuando ocurrió todo.

—¿Es usted su novio? —pregunta la policía a Aksel.

—No —murmura Aksel, dándose cuenta de que Belinda acaba de

exonerarlo hábilmente del robo de la ambulancia, cargándole toda la culpa a Linus. «¿Por qué no pensé en eso?», se pregunta.

—Él sigue allí —dice Belinda—. Él y su madre, Helen. Ambos están... han estado... Oh, Dios... —Rompe a llorar. Aksel nota que la niña le pone una mano en el muslo a su madre para consolarla.

—¿El nombre de su novio? —pregunta la policía, completamente impasible.

—Linus... Linus Langeland —solloza Belinda—. También había una mujer allí. No sé quién era... ninguno lo sabemos. Estaba dentro de la ambulancia. Estaba infectada.

Esa última palabra finalmente consigue que las cejas de la policía se levanten un poco.

—¿Se refiere al virus de Torik?

—¡Sí! —exclama Belinda, mirando a la policía con sinceridad—. Sí, me refiero a eso. Por eso tiene que enviar gente a la dirección que le acabo de dar. Pero tienen que tener cuidado. ¡Por favor!

La policía ya ha dejado de escuchar. Se ha alejado unos pasos y ha sacado una radio de su bolsillo del pecho. Está hablando por ella, en voz baja y rápida.

—Confirmada la revisión del vehículo robado. Los sospechosos afirman que la situación en la calle Odín involucra a personas infectadas. Se recomienda extrema precaución, repito: extrema precaución. Por favor, alerta al personal médico, consideren establecer un perímetro de seguridad... —Una voz masculina responde al otro lado, e intercambian algunas palabras más. Luego la policía termina la llamada y mira a Aksel. Él nota que no vuelve a acercarse.

—Suba la ventana, señor. Luego saque las llaves del encendido y tírelas por la puerta. Ciérrela de inmediato.

—¿Qué va a pasar? —pregunta Belinda, inclinándose hacia adelante para mirar a la policía—. ¡Por favor, tiene que ayudarnos!

El teléfono móvil de la policía comienza a sonar. Lo saca, revisa la pantalla, luego mira a Belinda y le dice:

—Se quedarán aquí hasta que lleguen los paramédicos. Tenemos

que revisar la ambulancia y a vosotros tres. Asegurarnos de que estáis bien. —Contesta la llamada y se aparta, diciendo:

—¿Ella? ¿Todo bien?

—Se refiere a si estamos infectados —dice Aksel, subiendo la ventana—. Nos están reteniendo.

—Se incorpora de un salto.

Mirando a su alrededor en la cueva, la encuentra iluminada por una fría luz azul que desciende desde arriba. En la litera de abajo, Hans sigue roncando.

Ingrid, piensa Kristoffer, recordando la horrible pesadilla. Salta de la cama y corre hacia la salida.

En el exterior, entrecierra los ojos ante la luz.

La hoguera casi se ha reducido a cenizas. Hay muchas cosas desempacadas y esparcidas. Parece que Ragnar estaba sentado aquí hace poco, arreglando algo. Pero ya no está. Ingrid tampoco.

—¿Ragnar? —llama Kristoffer, su voz ronca por haber estado durmiendo—. ¿Ingrid?

Se da la vuelta, mirando en todas direcciones, pero no ve ni a Ragnar ni a Ingrid. Un pájaro canta en algún lugar. Una ligera brisa se levanta, haciendo crujir las hojas de hiedra. Entonces capta otro sonido. Es un gruñido de esfuerzo. Cerca. Cuesta arriba.

Kristoffer rodea la entrada de la cueva y escala las rocas. Hay otra pequeña explanada justo encima de la entrada de la cueva, y ve a Ragnar sentado allí. Está de rodillas, de espaldas, inclinado sobre algo en el suelo. Ese algo es Ingrid. Está tumbada de espaldas, sin moverse.

—Oh, mierda —exclama Kristoffer, corriendo hacia Ragnar—. ¿Qué ha pasado?

Ragnar finalmente parece notar a Kristoffer, y se echa hacia atrás, girando la cabeza. Se pasa la mano por la barba, y Kristoffer se da cuenta de que está sudando y sin aliento.

—Yo... Dios mío... llegué tarde...

Kristoffer se detiene en seco al ver a Ingrid. Su rostro se ve casi exactamente como en su pesadilla. Excepto que mucho peor. Está obviamente muerta. Y también es obvio que la causa fue asfixia. Sus ojos están desorbitados, mirando al cielo. Sus mejillas aún están rojas y llenas de sangre, su boca entreabierta. Hay un tinte azulado en su rostro y cuello.

—¿Qué... pasó? —pregunta Kristoffer con la respiración entrecortada.

Ragnar se limpia la nariz con el dorso de la mano.

—Debe haber sido... shock anafiláctico... Al principio pensé que se estaba atragantando con algo, pero... —Sacude la cabeza—. Por mucho que soplara en su boca, no podía hacer que respirara... Dios, mío... —Ragnar se pone de pie. Está visiblemente afectado tras haber intentado hacerle la reanimación a Ingrid.

—Su insulina —oye decir Kristoffer—. Hans dijo que podría enfermarse gravemente si no la tomaba...

Ragnar asiente.

—Supongo que eso, junto con el esfuerzo de caminar hasta aquí, fue lo que lo provocó. Joder, si solo la hubiera oído antes...

—Pero ¿cómo... cómo pudo...? Quiero decir, ¡parecía estar bien! ¿Dijo en algún momento que se encontraba mal?

Ragnar sacude la cabeza.

—Ni una palabra. Solo se fue a hacer sus necesidades y... lo siguiente que sé, la encontré aquí arriba, arañándose la garganta.

Kristoffer mira de nuevo a Ingrid, y ahora nota los moretones en su piel, justo debajo de la mandíbula. Debió de apretar su cuello con tanta fuerza que dejó esas marcas.

De repente, una sensación de irrealidad le invade. Siente que no está realmente allí. Como si solo fuera su cuerpo el que está de pie, en la ladera. Rodeado de un paisaje increíblemente hermoso. A sus pies yace una mujer que estaba viva la última vez que la vio. Ahora, está tan muerta como las rocas que los rodean.

«Algo no encaja aquí», le dice un pensamiento. Kristoffer no está seguro de lo que significa. Tiene que ver con el sueño. La sensación de fatalidad que le dejó sigue ahí, ahora mezclada con el horror de ver a Ingrid muerta de verdad, y se pregunta si sigue dormido, si esto es simplemente otra fase de la pesadilla, una que se siente aún más real que…

—¿Hola?

Se sobresalta al oír la voz de Hans, llamando desde la entrada de la cueva.

—¿Ingrid? ¿Kris? ¿Dónde estáis?

Kristoffer mira a Ragnar. Ragnar solo mira a la mujer muerta, respirando fuerte por la nariz. Luego murmura:

—No se lo va a tomar bien.

—¿Hola? —vuelve a llamar Hans—. ¿Ingrid?

Kristoffer traga con dificultad, mirando los ojos vidriosos de Ingrid. No puede evitar sentir que Ingrid está tratando de decirle algo. De comunicarle lo que vio justo antes de colapsar en el suelo y dejar de respirar. De alguna manera, siente que es importante que lo sepa.

«Algo no está bien aquí», insiste el pensamiento una vez más. Kristoffer lo cree, pero no puede lidiar con ello. No ahora. Así que lo deja para más tarde. Ahora tiene algo más a lo que enfrentarse. Hans.

Mira de reojo a Ragnar.

—¿Se lo dices tú... o se lo digo yo?

41

Ella ni siquiera intenta ayudar a Greta. Se da cuenta de inmediato de que no tiene sentido. Su tía morirá en cuestión de segundos, y luego regresará, igual que su difunto esposo, que sigue devorándole el cuello.

«Realmente es una infección zombi», piensa Ella distraídamente. «No están en una fase avanzada de alguna enfermedad... están muertos».

Greta parece finalmente haberse dado cuenta de que Gunnar no le está devolviendo el abrazo, sino que la está devorando viva. Intenta gritar y comienza a forcejear, pero él es mucho más fuerte, y ya le ha desgarrado la garganta.

Solo hay una salida del salón, y es justo pasando junto a su tía y su tío. Ella da media vuelta, sin apartar la vista de ellos. Luego se desliza por la abertura y vacila brevemente.

A la derecha está la puerta principal, la salida.

A la izquierda están las escaleras, Marit.

«No puedo subir allí», piensa Ella, sabiendo que si lo hace, no será posible bajar de nuevo. Al menos no utilizando las escaleras. Para cuando despierte a Marit, Gunnar habrá terminado con Greta y sin duda se dirigirá escaleras arriba.

Pero tampoco puede dejar a su prima. La idea de que siga durmiendo plácidamente, mientras sus padres muertos suben por las escaleras, entran en su habitación y la despiertan atacándola... es demasiado horrible.

Así que Ella gira a la izquierda. Se da cuenta de que puede moverse mejor. Parece que el shock está abandonando su cuerpo, lo que le agradece. Sube las escaleras de tres en tres, dirigiéndose directamente a la habitación de Marit. Entra de golpe y enciende la luz. A medias espera que Marit se levante; debe de estar despierta, ¿cómo ha podido dormir con todo el alboroto de abajo? Pero increíblemente, Marit sigue bajo la manta, roncando suavemente.

Ella cierra la puerta detrás de sí, lamentando no haber encontrado

la llave, y de repente recuerda el teléfono en su mano.

—¿Mamá? —pregunta, llevándoselo al oído—. ¿Sigues ahí?

—¡Ella! —responde su madre al instante—. Dios, ¿qué está pasando?

—Es Gunnar —susurra Ella, mientras Marit empieza a moverse. La luz es lo que finalmente la está despertando—. No tengo mucho tiempo, mamá. Gunnar estaba infectado. Está muerto. Pero no del todo. Atacó a Greta, y ambos vienen a por nosotras. Marit y yo estamos arriba. Intentaré que salgamos de aquí. Tendremos que saltar por la ventana. Por favor, mamá, llama a la policía.

A su madre, que no es ajena a las emergencias, le lleva dos segundos reaccionar.

—Estoy llamando ahora mismo. Sal de esa casa y corre lo más lejos que puedas. Luego llámame en cuanto estés a salvo. ¿Entendido?

—Entendido —dice Ella, terminando la llamada y guardando el teléfono en el bolsillo.

Marit está sentada, entrecerrando los ojos hacia Ella. Se quita uno de los tapones de los oídos.

—¿Qué pasa, Ella? ¿Por qué estás levantada? Si solo son las cinco y media… —Entonces, al ver la sangre en la ropa de Ella—. ¿Qué demonios ha pasado?

Ella escucha un gemido a través de la puerta. Pasos arrastrándose subiendo las escaleras.

«¡Mierda! Ya vienen», piensa mientras se dirige a la cama de Marit.

Se inclina, agarra a Marit por los hombros y la mira directamente a los ojos.

—Escucha, y escucha muy bien, Marit. Nuestras vidas dependen de ello…

42

Otra ambulancia llega en menos de quince minutos.

La policía, una mujer que ha estado esperando en su coche, hablando por teléfono con una expresión muy seria, sale a recibirlos. Hablan brevemente antes de que los paramédicos comiencen a preparar su equipo. Llevan trajes de protección completos. Dentro de las casas, varias caras curiosas han aparecido, siguiendo la escena con atención.

«Malditos fisgones», piensa Aksel, deseando hacerles una peineta.

—Parecen justo como en las noticias —comenta Rosa, mientras los paramédicos se acercan a la ambulancia.

La chica ha estado callada hasta ahora. Aksel la ha estado vigilando. Buscando gotas de sudor en su frente. Comprobando el color de sus mejillas. Cualquier brillo inusual en sus ojos. Ella parece estar bien, solo un poco agotada y conmocionada, lo cual no es sorpresa, considerando lo que sucedió en la casa. Si muestra algún signo de fiebre, Aksel saltará de inmediato. No le importa si eso significa que la policía le disparará. Prefiere eso a quedarse allí con alguien infectado.

Pero hasta ahora, la chica parece estar bien.

—Por favor, abra la puerta, señor —le dice uno de los paramédicos a Aksel, con la voz amortiguada por la máscara.

Aksel obedece y está a punto de salir.

—¡No, quédese donde está! —casi grita el médico, retrocediendo—. No salga del vehículo, señor.

—De acuerdo, lo que usted diga —Aksel vuelve a mirar hacia adelante. La ambulancia se ha enfriado, y hace aún más frío ahora que la puerta está abierta. Rosa, a pesar de estar sentada junto a su madre, también está temblando—. Pero, ¿pueden darse prisa? O quizás darnos unas mantas, si esto va a tardar un rato.

—Por supuesto. ¡Mantas, por favor! Ahora necesito hacerles unas pruebas. Revisaré sus signos vitales, les tomaré la temperatura, les haré unas preguntas. Luego tomaré una muestra de sangre, una muestra de piel y un frotis de garganta. Todo será prácticamente

indoloro, y les pido que cooperen.

—Por supuesto —asiente Belinda—. Haremos lo que nos pidan. Pero les aseguro que no estamos infectados. No tenemos fiebre ni nada.

—Eso está genial —dice el paramédico.

«No te cree», piensa Aksel. «Y tiene razones para no hacerlo».

Otro paramédico abre la puerta del pasajero, entregándoles mantas dobladas. Aksel se envuelve una alrededor de los hombros. Entonces comienzan las pruebas. El paramédico le ilumina los ojos con una linterna, le pasa un hisopo de algodón por la boca, le raspa la piel en varios puntos y le extrae sangre del brazo izquierdo. Le entrega un termómetro, instruyendo a Aksel que lo coloque dentro de la mejilla. Le toma la presión arterial, el pulso y escucha sus pulmones. Durante todo el proceso le hace una serie de preguntas.

—¿Ha estado en contacto con alguien infectado? … ¿Tiene cortes, raspaduras o heridas? … ¿Tiene la piel descolorida en alguna parte de su cuerpo? … ¿Ha experimentado alguno o todos estos síntomas...?

Llega otro coche patrulla y los policías intercambian algunas palabras en medio de la calle. Los curiosos comienzan a congregarse en la acera, pero los policías les hacen marcharse, lo cual Aksel agradece.

Belinda pasa por el mismo examen y luego es el turno de Rosa.

Cuando le preguntan si tiene cortes o heridas, ella duda, luego abre la manta y se sube la camiseta.

Hay un breve momento de silencio, mientras todos miran las marcas en la parte baja de la espalda de la chica. Podría ser solo su imaginación, impulsada por el miedo, pero a Aksel le parece que las marcas son más grandes y más oscuras ahora.

Así es como funcionan los moretones. Se oscurecen durante unos días, luego se desvanecen. Su piel no está verde. Estaría verde si estuviera infectada.

Aún así, no puede convencerse del todo. Y los paramédicos, obviamente, también están muy preocupados, aunque hacen todo lo posible por actuar con normalidad. Estudian los moretones de cerca,

raspan la piel a su alrededor y terminan la revisión.

Cierran las puertas de la ambulancia, conversan entre ellos durante unos minutos, también hablando con los policías. Luego uno de ellos vuelve a la puerta de Aksel, abriéndola solo un poco.

—Bien, hasta ahora, son buenas noticias. Ninguno de ustedes muestra signos de infección...

—Gracias a Dios —suspira Belinda, sonriendo a Rosa—. ¿Ves? Te dije que estabas bien.

—Pero aún necesitamos esperar el cultivo de sangre.

—¿Cuánto tiempo tomará? —pregunta Belinda.

—Días —murmura Aksel.

El paramédico asiente.

—Efectivamente tarda unas cuantas horas. Pero nos aseguraremos de que estén bajo observación. Así que, por favor, salgan y síganme... —Se hace a un lado, dejando que Aksel salga de la ambulancia—. Los llevaremos al centro médico para observación.

Aksel sabe lo que significa "observación médica", y en ese momento, casi sale corriendo. Incluso ve toda la escena desarrollarse en su mente. Él, lanzándose fuera de la ambulancia, apartando al paramédico, corriendo calle abajo. Los oye gritar para que se detenga. Incluso podrían abrir fuego. No es algo que la policía haría normalmente, pero en esta situación, con todo lo que está pasando... ¿quién sabe?

Pero está demasiado agotado para correr. Ya ha pasado por un infierno.

El policía se acerca y le pide que coloque las manos detrás de la espalda. Aksel obedece. Está absolutamente seguro de que lo llevarán a algún tipo de detención. De nuevo. Y esta vez, está seguro de que se tomarán la seguridad mucho más en serio.

Lo que significa que puede que nunca vuelva a salir con vida.

* * *

¿Quieres leer las notas de Halgrim y descubrir qué ocurrió?

Consigue la precuela gratuita, *Draug*, ahora.

Solo disponible en

nick-clausen.com/draug-es

O continúa con el libro 3:

nick-clausen.com/cada3